
La Biblia de los Caídos
TOMO 3 DE LOS TESTAMENTOS DEL GRIS Y DE SOMBRA
FERNANDO TRUJIL
Lectulandia

Un asesino y un hombre sin alma, una confrontación cuyas consecuencias se ramificaron más de lo que nadie fue capaz de prever.

Aún a día de hoy, a menudo reflexiono sobre cuántos sucesos derivaron de semejante choque de voluntades, sobre cómo habrían discurrido los acontecimientos de no haberse producido esta lucha o de haber sido otro el desenlace.

Sin embargo, he aprendido que es inútil especular sobre alternativas que nunca ocurrirán. Y mi deber es relatar los hechos tal y como sucedieron.

Esto es lo que pasó…

Ramsey

Fernando Trujillo Sanz

Tomo 3 de los Testamentos del Gris y de Sombra

La Biblia de los Caídos - 9

ePub r1.1
Titivillus 06-06-2024

Título original: *Tomo 3 de los Testamentos del Gris y de Sombra*
Fernando Trujillo Sanz, 2018

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



La Torre de Cristal, con doscientos cuarenta y nueve metros de altura, era el mayor rascacielos de Madrid y de España. En la última planta se extendía un jardín vertical, el más elevado de Europa. Eso era lo público y visible para el mundo corriente, pero encima se habían construido tres plantas más que la visión de los menores no podía percibir.

En el medio de la última planta, una runa ocupaba el centro de la estancia allí situada. Se había grabado en el suelo con el alma de tres magos que invirtieron seis meses en completarla. Aquella runa era de vital importancia para los magos y una de sus peculiaridades era que no se podía trazar a menos de cincuenta metros del suelo.

Normalmente, la runa era el único elemento en esa sala; sin embargo, ahora había un objeto nuevo que ni siquiera pertenecía a los magos, un espejo de cuerpo entero con el marco de bronce, que descansaba en la pared del fondo. Frente al espejo, a seis metros de distancia, una unidad de magos se hallaba en formación.

Alineados a la perfección, separados por la misma distancia, mantenían la espalda recta y los ojos en el espejo. Vestían túnicas holgadas para una plena libertad de movimientos, sujetas a la cadera por un cinturón de tela, anudado al lado derecho. Las túnicas cubrían sus armaduras de cuero, finas y ligeras, ceñidas a la piel. Cada uno portaba una lanza más alta que cualquiera de ellos. La punta de la lanza era ancha y aplastada, similar al as de picas de la baraja francesa, con el fin de tener espacio para pintar las runas que la ocasión requiriera.

Asyna era la única maga que no estaba en formación ni portaba arma alguna. El único pelo que se podía encontrar en todo su cuerpo era el de las

pestañas, ningún otro le parecía de utilidad. No se afeitaba ni recurría a ningún tratamiento para librarse del vello. Sencillamente, no permitía que creciera. Era un rasgo habitual, aunque no obligatorio, en los magos que no tenían trato con los menores. Asyna era una maga pura, criada como tal desde que nació. No tuvo que modificar su vida ni reeducarse siendo adolescente o adulta como sí les había ocurrido a tantos otros que no habían tenido la suerte de saber quiénes eran desde su concepción.

A sus ciento dieciséis años, Asyna lucía el aspecto de una menor de cuarenta que se mantuviera en plena forma.

—Recargad —ordenó.

Los magos deslizaron la lanza hacia atrás para acercar la punta a las manos y la giraron de modo que la parte plana quedara hacia arriba. Se movieron a la vez, en perfecta sincronía. Repasaron la runa que reforzaba la punta del arma y volvieron a alzarla y colocarla sobre el hombro izquierdo.

Terminaron todos al mismo tiempo. Asyna estaba satisfecha. Al principio, cuando le informaron de los miembros que integrarían su unidad, se mostró escéptica. Había representantes de los linajes más influyentes, lo que manifestaba que las familias no terminaban de fiarse unas de otras. Pero sus dudas resultaron infundadas. Eran magos puros, después de todo, disciplinados y adiestrados. No se produjo el menor altercado o rencilla, y todos y cada uno se compenetraron desde el primer momento.

Llevaban dos días custodiando el espejo. Sin comer ni dormir, atentos, con el cuerpo, la mente y el alma preparados para cumplir con su cometido.

—El tiempo ha expirado —anunció Asyna.

Una maga abandonó la formación para adelantarse hasta el espejo.

Los demás permanecieron en sus puestos. La maga se arrodilló y extendió el dedo índice, que deslizó sobre el suelo. La yema del dedo dejaba un rastro, una fina estela que ensombrecía las losas según iba trazando la runa con su propia alma. La última línea, de acuerdo a lo planeado, terminaba en el espejo y establecía la conexión.

La runa reaccionó al contacto, pero el resultado distó mucho de ser el esperado. Saltó un chispazo y la maga salió despedida hacia atrás, resbalando varios metros sobre el suelo. El resto de los magos de la formación apretaron las lanzas y apuntaron al espejo, cuya superficie arrojaba destellos y se ondulaba.

Asomó una pierna de mujer a través del cristal, seguida de la cadera, el pecho y el resto del cuerpo. La visitante observó a los magos presentes con indiferencia. Vestía informal, lo que provocó el rechazo de Asyna nada más verla.

—No se toca —dijo la recién llegada—. Es de mala educación curiosear.

Asyna se acercó a la mujer.

—Llegas tarde.

—¿Tú eres la máxima autoridad presente? No te conozco, preciosa.

—La máxima responsable en lo que a seguridad se refiere —aclaró Asyna —. ¿Nombre?

—Vela. ¿Todos estáis siempre tan tiesos? Relájate, jefa de seguridad, que no muerdo.

—¿Cuántos vampiros forman tu escolta?

—He venido sola, no necesito escoltas. ¿Es un error? Tal vez debería haber traído a más de los míos viendo que habéis intentado manipular el espejo. Si alguien vuelve a tocarlo, le clavaré mis colmillos en los ojos.

Asyna no se inmutó.

—No es mi cometido negociar contigo. Aquí cumplirás las normas o te expulsaré.

—¿Qué eres, un robot? —Vela repasó la formación de magos que la rodeaban—. Acabo de llegar y me encuentro a un maldito escuadrón de magos, armados con lanzas y apuntándome; y con que habéis intentado manipular el espejo para acceder a nuestro territorio. Puedo ser encantadora, graciosa y un montón de cosas más, pero no te equivoques. —Vela abrió los labios para que vieran crecerle los colmillos—: no vais a sobrevivir si pretendéis engañarme.

Los magos dieron un paso al frente. Asyna alzó la mano y todos se detuvieron al instante.

—Te advierto que no estás en disposición de amenazar a nadie, vampiro.

Vela endureció la expresión.

—¿Quién ha ordenado esto?

La respuesta vino del centro de la estancia, de detrás de la formación de magos.

—Es el protocolo, Vela.

De una pequeña nube de humo sobre la runa central salió Erik y caminó hacia el espejo. La formación de magos se dividió para dejarle paso y retomó la posición en cuanto Erik les sobrepasó.

—Así que esto es cosa tuya, Erik —dijo Vela—. ¿Por qué no me sorprende? ¿Lo organizaste todo para poder estudiar el espejo?

—No sé a qué te refieres —repuso el mago—. Traer el espejo fue una petición tuya. Me ofrecí a mantener esta reunión en vuestro territorio.

—Para poder estudiarlo. ¿Me tomas por tonta?

Erik mostró las palmas de las manos en gesto apaciguador.

—Estás sacando conclusiones precipitadas, Vela.

—Demuéstralo. Retira a ese miniejército o no habrá negociaciones.

Erik miró a Asyna.

—No es posible —respondió ella.

—No puedo alterar el protocolo de seguridad aunque quiera —explicó Erik a Vela—. En nuestra torre no corremos riesgos. Tendrás que confiar en mí o invitarme a seguirte a través del espejo. Te acompañaré solo, para que no tengas la menor duda respecto a mis intenciones.

—Disculpe, señor —intervino Asyna—. No puedo aceptarlo. También soy responsable de su seguridad y no consentiré que vaya sin protección.

Erik asintió.

—La decisión es de ella —le dijo a Vela—. Como te decía, Asyna está al mando en lo que a seguridad se refiere. Pero ahí termina su autoridad. Yo hablo en nombre de los magos y mi deseo es que nos entendamos.

—No me encandilarás con palabras, mago —repuso Vela—. Y tú, Asyna, o como te llames, ordena a tus esbirros que dejen de apuntarme con las lanzas o esta reunión terminará antes de empezar. Ya he sido demasiado paciente con vosotros.

Vela alargó las uñas al tiempo que retiraba los brazos hacia atrás y flexionaba las rodillas. Asyna se apresuró a colocarse delante de Erik para

escudarlo.

—¡Atención!, —ordenó a los magos—. ¡Que Vela no dé un paso más!

Vela bufó, retiró el labio superior… Y cayó de rodillas al suelo con un gemido.

—¡Basta!, —ordenó Erik—. ¡Deteneos! ¡Asyna, ordénaselo!

Asyna obedeció, levantó el puño derecho. Los magos mantuvieron la posición sin retirar las lanzas.

Vela tuvo que apoyar las dos manos en el suelo. Se le aceleraba la respiración por momentos, profirió un alarido que resonó en toda la torre. Empezó a manar humo de su espalda, de los brazos, de las piernas. Estaba envuelta en una nube negra cuando se desplomó en el suelo.

—¿Qué le habéis hecho?, —gritó Erik—. ¡Exijo una explicación! ¡Asyna!

—¡Señor!

—Te ordené que no la tocarais.

—Hemos cumplido la orden, señor —respondió Asyna—. No tengo ni idea de qué le ha pasado, pero no hemos sido nosotros.

Erik se pasó la mano por el cabello con gesto pensativo.

—No es la mejor manera de iniciar las negociaciones. —Gruñó—. A menos que… Sombra.

—¿El asesino que nunca falla? —Asyna conocía de oídas a ese vampiro.

—Vela y Sombra mantienen un vínculo —asintió Erik—. Si ha sucedido lo que creo, Sombra ya no podrá presumir de ser infalible.



1

—Gris, tronquito, me estoy mareando. ¿Por qué no lo matas de una vez y me llevas al médico?

El miedo, una de las emociones mejor conocidas por Diego, se desvaneció en cuanto el vampiro quedó atrapado, mientras el Gris permanecía en pie, delante de él, imponente, vigilante, sin pestañear siquiera. Y un poco guarro, también. Seguía sin darle un buen lavado a la gabardina.

El sol teñía de amarillo las copas de los árboles de aquel maldito bosque. Faltaban minutos para que Sombra se convirtiera en un montón de basura humeante. Varias runas habían hundido el suelo unos dos metros alrededor del vampiro. Aquel malnacido estaba metido en un agujero a la espera de un buen bronceado. Frente al agujero aguardaba el Gris, con el cuchillo en la mano y la cabeza inclinada. El flequillo plateado colgaba sobre el rostro inexpresivo.

El Niño sintió que el suelo se amortiguaba bajo sus pies.

Se sentó en una roca para no caer. Cuando perdía sangre, se le nublaba la vista.

—Esto no tiene por qué acabar así —dijo el vampiro. El Gris no contestó —. No somos tan diferentes.

—Solo hay un final posible —replicó el Gris.

—¿Vas a suplicar, chupóptero?, —se burló Diego.

—No es mi estilo —contestó Sombra y volvió a dirigirse al Gris—. En realidad, apelo a tu sentido común. No me gustaría tener que matarte.

El Niño alzó la vista y el sol le deslumbró. Durante varios segundos su visión quedó salpicada de manchas amarillas.

—El tipo le echa huevos o es idiota perdido.

—Yo he oído que matar es lo que más te gusta —dijo el Gris.

—Yo he oído algo similar de ti —repuso Sombra—. Nos parecemos más de lo que crees.

—Yo creo que no nos parecemos en nada.

—Ambos somos solitarios. A los dos nos arrebataron algo. Los dos hemos muerto, pero aquí estamos. No somos dueños de nuestro destino. Ansiamos recuperar nuestra vida y ser libres. Tú también tienes a alguien que te presiona, en contra de tus deseos. Ambos somos odiados y temidos. Mucha gente quiere matarnos.

La voz del vampiro era casi hipnotizadora. Diego se dio cuenta de que había algo seductor en sus palabras, algo que le invitaba a creerle.

Miró al Gris, que seguía impasible. Eso le tranquilizó. Si de verdad el vampiro contaba con alguna habilidad de persuasión, el Gris sería inmune, seguro.

Diego se acordó de una vez en que intentó sacarle una sonrisa al Gris bombardeándole con los mejores chistes que conocía, algunos un poco guarros. Desistió pasada una hora, porque se le quedaba la boca seca. Nada, ni una mueca; era imposible alterar su estado de ánimo.

Así que Sombra podía decir lo que le diera la gana, que no conseguiría nada.

—Lo del padre Jorge no fue personal —prosiguió el vampiro—. Me ordenaron matarlo. Respondo ante otros vampiros.

—Ante quien te convirtió, imagino. —Adivinó el Gris—. Una mujer, de acuerdo a tus preferencias sexuales antes de tu conversión. Sí, te he investigado.

—Veo que sabes más de lo que… Entonces, entenderás que nunca quise matarte.

El sol cayó sobre los hombros del Gris. Ninguna sombra se proyectaba donde debería.

—No miento para salvarme —dijo Sombra—. ¿Ves miedo en mis ojos?

—La vista no es mi mejor cualidad.

—Yo me encargo de esto. —Diego se acercó al borde del agujero—. Pues no, no parece asustado, la verdad. Yo estaría acojonado. Definitivamente es tonto perdido.

—Solo queríamos llamar tu atención. —Sombra ignoró al Niño—. Maté a un hombre que no se puede matar, que se reencarna. El padre Jorge ya habrá nacido de nuevo.

—Y casi acabas conmigo —dijo el Gris.

—Un efecto colateral muy desafortunado que yo no pretendía. Ningún vampiro te quiere muerto. Solo quieren…

—Debiste haber calculado mejor las consecuencias. Por tu culpa, ahora Mario Tancredo tiene un alma bendecida por un ángel.

—¿En qué te afecta eso a ti? Eres un hombre inteligente y se puede razonar contigo. Te estoy ofreciendo un trato con un vampiro de los más importantes. Considéralo. Un aliado así no se puede rechazar porque hayamos tenido unos pequeños roces.

—Es tarde para eso —dijo el Gris—. Has matado a mucha gente, como al inocente cuyo ataúd ocupaste para llegar hasta el padre Jorge. Me has amenazado y estoy harto de que traten de matarme. Consideraré el trato del que me hablas, y me ocuparé de ello. Pero a mi manera. Podría pasar por alto esos pequeños roces, pero hay algo que has omitido y que no voy a tolerar. Considérate un mensaje, por si alguien más tiene la feliz idea de presionarme en el futuro.

—¿Qué es lo que he omitido y que tanto te ha ofendido?

—Mordiste al Niño.

—¡Eso! —Se envalentonó Diego—. El muy cabrón igual me ha pegado algo. Por favor, dime que te cepillas los dientes después de morder a alguien.

—Apártate, Niño —ordenó el Gris. El sol bañaba ya sus botas, llegaba hasta un palmo del borde del agujero en el que se encontraba el vampiro—. Quizá tengas tanto control como para no matarlo, pero corriste el riesgo y le

mordiste. Cuando se sepa cómo has muerto, quienquiera que planee presionarme en el futuro por medio del Niño se lo pensará dos veces. Eso incluye a los vampiros que pensaron en doblegarme por ese método tan creativo.

—¿Es tu última palabra?, —preguntó Sombra. El Gris asintió—. Así sea, entonces.

Diego había retrocedido por si se chamuscaba cuando Sombra ardiera bajo los rayos del sol. Por eso le impresionó verlo salir del agujero con un salto ágil y veloz, directo hacia el Gris, quien lo esperaba con el puñal por delante, bajo el sol. El Niño nunca había visto a un vampiro suicidarse de una manera más estúpida.

El cuchillo del Gris se hundió en el pecho de Sombra. El vampiro ni siquiera hizo amago de desviar el arma con uno de sus brazos, al contrario, los tenía extendidos, con el pecho completamente descubierto. Sombra se convirtió en una antorcha humana cuando la luz incidió en él. Y entonces cayó sobre el Gris.

La gabardina fue lo único que no prendió. El abrazo de fuego de Sombra envolvió al Gris, que soltó el cuchillo y trató de librarse del vampiro. El cabello ardía en llamas, también los puños, con los que golpeaba sin cesar, pero Sombra no se soltaba. Y ninguno de los dos gritaba.

Rodaron por el suelo, todavía abrazados. El Gris lanzaba puñetazos cada vez más débiles, Sombra se mantenía aferrado a él. Al chocar contra una roca, se separaron.

El Niño agarró una rama con las dos manos y corrió hasta ellos.

El Gris trataba de apagar el fuego que lo devoraba. Su rostro era una masa deforme, negra y roja, asquerosa. El vampiro se había arrastrado hasta la sombra de un árbol y luchaba por ponerse en pie. De su pecho sobresalía el mango del cuchillo del Gris. Diego le atizó en la cabeza con todas sus fuerzas. La rama, tan gruesa como uno de sus brazos, se quebró. Diego se dijo que la mordedura le había dejado muy débil. El vampiro le empujó con una mano deforme y humeante, y el Niño cayó al suelo. Se levantó para agarrar otra rama.

—Morirá… —susurró Sombra—. Si no… le curas… solo tenía que llevarlo fuera de la sombra, para que el sol terminara de cocinar a ese bastardo, o retenerlo allí hasta que los rayos alcanzaran la parte en la que se

encontraba. Podía hacerlo. Sombra apenas se tenía a cuatro patas y era obvio que no le quedaban fuerzas o le habría matado en lugar de empujarlo.

Entonces el Gris gimió. Diego volvió la cabeza y lo vio tendido en el suelo, inmóvil, vomitando humo por todos los poros del cuerpo.

Escupió a Sombra, maldijo y corrió junto al Gris.

Si la gabardina también hubiera ardido, habría sido imposible tocarlo. El Niño se arrodilló, tuvo que cubrirse la nariz y la boca con el jersey para no tragar humo. También tuvo que cerrar los ojos, que le lloraban sin parar a causa del escozor. Se obligó a permanecer junto al Gris hasta curarlo por completo, aunque acabara intoxicado por el humo.

Tosía sin parar, cegado, cuando sintió un cosquilleo en las manos y… el Gris se levantó.

—Gracias, Niño. Quédate aquí.

Diego intentó ponerse en pie, pero las piernas le fallaban, así que se quedó tendido de espaldas. Aún tosía, aún le lloraban los ojos. Unos pasos se acercaron. No podía ver de quién se trataba.

—Soy yo, Niño.

—¿Qué ha pasado? No veo nada, joder.

—Escapó.

El Niño quería blasfemar, pero ni para eso le quedaban fuerzas. Se frotó los ojos y al fin pudo abrirlos.

El Gris estaba de una pieza, con el pelo y la piel intactos, excepto por las cicatrices que le causaban las runas que se grababa en el cuerpo, las únicas heridas que Diego no podía curar.

Por desgracia, no podía decirse lo mismo de su ropa.

—Tío, tápate con la gabardina, ¿no? Abróchatela, al menos, que se te ve la tranca ahí colgando. Qué asco.



2

La tumba era una más, sencilla, alineada con tantas otras en el cementerio. A pocos metros se extendía una hilera de árboles. Sobre la lápida, descansaba una foto de una mujer que sonreía a la cámara.

—Ahí, en el centro —dijo un hombre con la voz quebrada, cuyos rasgos eran demasiado parecidos a los de la mujer de la fotografía como para pasar por alto el evidente parentesco.

Una niña, que mostraba rasgos demasiado parecidos, se acercó y depositó sobre la tumba, donde le había indicado el hombre, un ramo de flores. Luego se sorbió los mocos.

—¿Quieres decir algo?, —preguntó el hombre. La niña sacudió la cabeza —. Ella puede oírnos, cariño.

—¿Y nos ve?

—Por supuesto. Y siempre estará contigo.

—Yo no puedo verla —dijo ella, muy triste.

—Es pronto. Hace poco que nos dejó y el dolor lo enturbia todo. Pero se te pasará. Verás a mamá, te lo prometo. Cuando sueñes, cuando cierres los ojos y pienses en ella, la sentirás dentro de ti.

—¿Tú puedes verla?

Era obvio que la pequeña era demasiado joven para comprender aquellas palabras, pero el hombre sonrió. La chiquilla estaba más concentrada en si realmente podría ver de nuevo a su madre que en la pena que sentía. Eso era

bueno. Aquellas tres frases eran las únicas palabras que había pronunciado durante la última semana, en la que perdió a su madre.

—La veo con toda claridad. Te está mirando ahora mismo.

La chiquilla dio una vuelta alrededor de sí misma.

—Mamá, ve al cielo y espérame. Al cielo, mamá, no te quedes en este sitio. No me gusta. No me gustan las tumbas, no…

El hombre se agachó junto a ella.

—Ya está, cariño, se ha ido. Ha hecho lo que le pediste. No te preocupes, no volveremos aquí si no quieres.

—¿Nos vamos ya? Tengo la cabeza caliente.

Él asintió.

—Resguárdate del sol bajo aquel árbol. Yo voy enseguida. Déjame un momento para despedirme.

La pequeña se alejó y tomó asiento bajo el árbol, apoyando la espalda contra el tronco.

—Yo la cuidaré —murmuró él, a solas—. Estará bien. Te queremos. Haz lo que te ha pedido tu hija, si eso es posible. Volveremos a vernos.

La niña profirió un alarido. Él se volvió con el corazón acelerado.

La pequeña chillaba descontrolada, se alejaba del árbol gateando.

Entonces la vio retroceder, a pesar de que se agarraba al suelo.

Corrió los escasos diez metros que lo separaban de ella.

—¡Los muertos! ¡Ayúdame!

Le tendía la mano, berreaba. Comprendió a quiénes se refería la niña cuando se fijó en la mano que la sujetaba por el tobillo. Aquella mano salía de la tierra. Debía de ser una alucinación, porque tenía la piel desfigurada y ennegrecida, desollada en los nudillos, donde el hueso quedaba a la vista. Un nuevo tirón destrozó la esperanza de que se tratara de una visión.

El llanto de la pequeña le inyectó fuerzas. Descargó una patada sobre la muñeca de aquella mano infernal. No surtió el efecto deseado, así que insistió mientras se repetía que no estaba pateando a un muerto que trataba de salir de su tumba. Los muertos no existen. Debía haber otra explicación.

El hombre decidió pisar el brazo. Funcionó, porque sonó un crujido y la mano quedó torcida y debilitada, aunque los dedos no soltaban el tobillo de la niña. Ya no le afectaba el horror de enfrentarse a un cadáver en un cementerio. Solo le importaba salvar a la pequeña y ahora que había quebrado la muñeca del muerto estaba convencido de que podía lograrlo, la protegería, como le había prometido a su madre.

Levantó el pie de nuevo, resuelto a patear el brazo hasta partirlo.

Pero falló. Algo que le empujaba desde abajo lo desequilibró. La tierra se combaba y se agrietaba, ganaba altura, alzándole a él y a la chiquilla. El hombre cayó sobre la mano del muerto, que al fin soltó a la niña. De la tierra salió otro brazo que lo aferró a él, y una cabeza deformada a la que le faltaba la piel desde el pómulo derecho hasta la mandíbula. El cadáver se irguió como una pequeña montaña de tierra.

La niña rodó hacia abajo y se golpeó la cabeza contra el tronco del árbol.

El pánico se apoderó del hombre, que lanzaba manotazos y patadas a cualquier parte, gritando descontrolado, pero sin librarse de la mano que lo atenazaba. El muerto terminó de salir y se sacudió la tierra de encima sin soltarlo en ningún momento. Era espantoso, deforme, una mezcla de carne reseca, hueso y tierra pegada.

—¡Deja a la niña! Hazme lo que quieras, pero a la niña no. ¡Por favor!

El monstruo volvió la cabeza hacia él.

—Lo siento —dijo. La voz era ronca, pero el tono no resultaba amenazador. Le produjo una sensación extraña—. Habéis tenido mala suerte, eso es todo.

El hombre trató de golpearlo en el pecho, por pura desesperación.

—Por favor, mi sobrina no te ha hecho nada… Te lo suplico.

—¿Tu sobrina?

El monstruo se había quedado quieto.

—Sí, mi sobrina. Mi hermana, la madre de la niña, murió y su padre hace mucho que las abandonó a las dos. Soy todo lo que le queda. Tómame a mí, pero déjala a ella.

—Tu sobrina… —repitió el monstruo, pensativo—. De acuerdo. Vas a hacer lo que te diga. Después, la convencerás de que ha sido una alucinación.

Y tú nunca, jamás, hablarás de esto con nadie. ¿Lo has entendido?

—Sí, sí, por supuesto.

El muerto tiró de él y acercó la cara a la del hombre.

—Hablo en serio. Si no haces lo que digo, volveré a por ti.

—Lo haré. No diré nada. ¡Lo juro!

El monstruo asintió, satisfecho.

—Tienes que beber mucha agua e ir inmediatamente a un hospital.

—¿Qué? No entiendo que…

—Enseguida lo entenderás.

Aquella cabeza horrible se cernió sobre él. En su boca crecieron dos colmillos resplandecientes. Era imposible no verlos porque le faltaba la mitad del labio superior. El hombre intentó separarse, sin éxito. Notó dos aguijonazos en el cuello que le paralizaron.

Después escuchó algo, como un sorbido, y prefirió no saber qué estaba sucediendo.



Un árbol muerto dominaba el centro de un claro rodeado de vegetación, en medio de un cementerio, un lugar apartado al que solo unos pocos podían llegar. Las ramas de aquel árbol eran largas y retorcidas, y proyectaban sombras enroscadas. De una de aquellas ramas pendía un candil en el que ardía un fuego entre verde y azulado.

Un gran número de acontecimientos extraordinarios habían sucedido a los pies de aquel árbol, algunos imposibles de explicar.

—Eres un auténtico cabronazo, ¿lo sabías?

Diego apoyó las manos en el tronco del árbol muerto, se arqueó y vomitó una cantidad enorme en relación al tamaño de su cuerpo menudo. Después tosió, blasfemó, se frotó los ojos, que aún le lloraban. Luego se enderezó, para encogerse de inmediato y volver a vomitar.

Algo más tarde, jadeando, asqueado, se pasó el dorso de la mano por la boca.

—Lo que más me jode es que ni siquiera hueles la pota que acabo de echar, ¿verdad? —El Niño dio un paso atrás con la nariz tapada—. Eres un cabrón.

—Se te pasará pronto. Relájate —dijo el Gris.

Se recostaba contra una roca a unos pasos de distancia. Sacudió la gabardina, de la que todavía salía humo.

—¿Qué tal si dejas de menearla?

—La gabardina se tragó el fuego del vampiro, por eso no me quemé demasiado, pero me cuesta mantener el humo dentro. No te preocupes tanto por…

—¿Crees que me preocupo por esa gabardina cochambrosa? No, tío, no te hagas el tonto. Me la pegasteis bien, tú y Álex. Seguro que os partisteis de risa cuando me metieron en la cárcel para enviar el puto mensajito al juez.

—No habría salido bien si lo hubieras sabido. Tenías que ser natural, Niño, o no…

—¡Y un huevo! Además, ha salido cojonudo, ¿no? —Diego estiró el cuello tanto como pudo—. ¿Se te olvidaron estos dos agujeros que tengo aquí? A ti no te ha mordido el cuello un tío. ¡Es asqueroso! Y me duele, joder. Vaya una mierda de plan.

—No debiste curarme. Debiste matar al vampiro.

—¿Qué? —El Niño se quedó paralizado—. ¿He oído bien? ¿Eso era una disculpa? ¿Un «gracias» por salvarte el pellejo? No, qué va. Encima vas a echarme la bronca. Que te den por…

—No tendremos una oportunidad tan buena como la que dejaste escapar, Niño.

—¡El Niño lo hizo bien!, —gritó Álex.

Salió de entre dos rocas de varios metros de altura, semienterradas en la vegetación, situadas en el borde del claro. Se acercaba sin prisa.

—El que faltaba —bufó Diego.

—Lo hiciste muy bien, Niño.

—¡Pues claro que sí! Pero eres un cabrón, Álex, como el de la gabardina. Esta os la guardo, payasos, ya lo veréis…

—No estoy de humor para charlas, Álex. —El Gris se levantó en medio de una nube de humo—. No quiero oír que…

—El Niño te salvó, idiota —le interrumpió Álex—. Hizo lo correcto, no tienes derecho a quejarte ni a culparlo por nada.

—Bien dicho, guapito de cara. Oye, ¿y tú cómo lo sabes?

—Llegué justo al final y os vi —respondió Álex muy deprisa.

—¿En serio? —Se escamó Diego—. ¿Y lo de ayudarnos no se te ocurrió?

Álex, que hasta ese momento no había apartado la vista del Gris, volvió el rostro hacia el Niño. No había el menor rastro de amabilidad ni dulzura en su expresión.

—Perseguí al vampiro cuando huyó, mientras curabas al Gris. Lo he estado buscando hasta ahora.

El Gris dejó de sacudir la gabardina; ya no salía más humo.

—Habría resistido mientras rematabas al vampiro, Niño —insistió—. Puedo con eso y con mucho más. Pero no confiáis en mí. Ninguno de los dos.

Diego iba a decir algo ofensivo y descarado, pero una mirada de Álex consiguió que mantuviera la boca cerrada. No había muchas personas capaces de lograr la proeza de callar al Niño.

Álex rodeó el árbol muerto.

—Podíamos haberlo matado. —Se lamentó el Gris.

—Ya lo has hecho —dijo Álex—. Sombra está herido de gravedad y tiene las horas contadas.

—Pareces nuevo, tío —dijo el Niño—. Y no me pongas más caras de esas. Los vampiros se regeneran, por eso son tan jodidos de matar.

Álex negó con la cabeza.

—Se curará todas las heridas, incluida la puñalada en el corazón, pero no las quemaduras del sol. Está agonizando y necesitará años para recobrarse. Lo encontraremos mucho antes.

Diego se dio cuenta.

—¡Es verdad! ¡El sol! Los ángeles no la cagan cuando echan maldiciones… El chupasangre solo ha ganado tiempo. Pero… ¿Y los otros?, —dijo, asustado—. Pedirá ayuda a sus amiguitos con colmillos, ¿no?

—No lo hará —dijo el Gris—. Para empezar, Sombra es un solitario y también muy orgulloso.

—Lo que tú digas, pero cuando un chupóptero está a la barbacoa, se traga el orgullo y un cazo entero de mierda si es necesario, y pide ayuda.

—Tendría que admitir sus fracasos ante su dueña. Sombra es joven y seguro que desea la libertad. Que sepamos, es el único que mantiene lazos con su familia humana. Es fácil adivinar cómo le castigarían. Incluso es probable que los vampiros consideren que es por culpa de su lado humano que no ha logrado su objetivo. Sombra estará evitándolos, estoy convencido, no pondrá en peligro a su familia. Se ocultará.

—¿Cómo logrará que su dueña no se entere?, —preguntó Álex.

—Lo desconozco. Pero a él le preocupa más que a mí que nos encontremos con otros vampiros.

Una voz distante les cogió por sorpresa a todos.

—Tal vez deberías empezar a preocuparte más.

Se volvieron los tres al mismo tiempo. Mario Tancredo caminaba despreocupado. Descendía por la rampa que conducía al mausoleo medio derruido donde guardaban su equipo, como las estacas y los ingredientes para las runas. Vestía el mismo traje con el que le habían visto ofrecer la rueda de prensa.

Diego fue el que más se extrañó. Cada vez llegaban más individuos a un lugar que se suponía que nadie podía encontrar. Pero lo peor era la expresión del Gris. Era obvio que no había advertido la presencia de Mario hasta que había hablado.

—Lo tenías todo a tu favor, ¿me equivoco? —Tancredo se sentó en una roca cerca del Gris—. La trampa funcionó, pero no lo has matado. Habría apostado por ti, la verdad, por aquel que puede hacer lo que nadie más puede.

—Esto no ha terminado aún —repuso el Gris.

Mario se limitó a encogerse de hombros.

—¿Política? —Soltó el Niño—. ¿En serio? ¿Pero es que no tienes ni un puto gramo de decencia? Yo pensé que te comprarías una isla paradisíaca o algo así. Los corruptos no tenéis vergüenza.

—Ya no soy el hombre que conocisteis cuando tuve aquel problema con mi… hijastra.

—La recuerdo. Menudo bicho. Tenía una voz asquerosa y babeaba, y daba un miedo que te cagas.

El Niño echó un buen vistazo a Mario y tuvo que admitir que, en efecto, no era el mismo hombre. Parecía un poco más alto, más erguido, su piel lucía mejor tono, su voz sonaba más agradable, su postura corporal irradiaba seguridad… Incluso le pareció menos feo.

La bendición de Mikael en su alma le había sentado bien al muy cabrón.

—Muchas cosas han cambiado desde entonces —dijo Mario—. Yo, más que ninguna otra. Ha sido de un modo poco convencional, cierto, pero la bendición del ángel que grabó la runa en tu alma y que te ata a la maldición fluye por todo mi ser. ¿Entiendes las implicaciones, Niño?

Diego no las entendía del todo. Por no decir que no tenía ni la más remota idea de a qué se refería el corrupto, pero de pronto decidió que lo averiguaría. Se concentró, reflexionó sobre ello mientras se acariciaba el lunar de la barbilla.

—No le des falsas esperanzas —amenazó el Gris.

Mario Tancredo frunció los labios.

—¿Falsas?

El Niño se dio por vencido.

—¿De qué coño estamos hablando?

—Mario insinúa que puede librarte de tu maldición —aclaró el Gris. A Diego se le iluminaron los ojos—. No le creas. Intenta manipularte y quiero saber por qué.

—¿Algún problema con que intente ayudar al Niño?, —preguntó Mario.

—Más de uno —contestó el Gris—. Tú no ayudas a nadie sin un motivo. La bendición de Mikael podría no durar mucho tiempo. Los centinelas tienen que renovar sus propias bendiciones con frecuencia, por ejemplo.

—Ellos no las reciben directamente de un ángel, sino de los obispos, y tampoco las reciben directamente en su alma.

—Te aprovechas de que el Niño es muy sensible. Cuando fracases, suponiendo que llegues a intentarlo, el Niño se va a llevar un golpe demoledor. Y el que tendría que aguantarlo sería yo.

Mario miró a Diego y luego al Gris. Una sonrisa indeterminada asomó en su rostro.

—Lo proteges. —Dedujo el millonario—. Cuidas de él más de lo que cabría esperar de un hombre sin alma.

—Eh, eh, corrupto, de eso nada —protestó el Niño—. Hace un rato el triste de la gabardina era una hoguera viviente y aquí el menda es quien le curó. ¿Quién protege a quién, listillo?

—Y esa podría ser la explicación —prosiguió Mario—. Proteges a quien puede curarte. Quien, por cierto, no podría seguir haciéndolo si la maldición se rompiera. ¿Me equivoco?

Aquello no tenía ningún sentido, en absoluto. El Gris no le condenaría al infierno solo para que pudiera curarlo. No, no lo haría, de ningún modo. Sin embargo…, sonaba lógico… Y Mario resultaba tan convincente…

—¡Mierda! —Soltó Diego—. ¿Puedes quitarme esta puta maldición o no? Y habla claro, tronco, que ahora no estás en campaña electoral.

—Te está liando, Niño —dijo Álex—. No le sigas el juego.

Diego esperaba la respuesta del corrupto.

—No puedo —dijo Mario—. Pero podría intentarlo, estudiar tu caso y dar con la solución.

—Eso está bien. ¿Y qué haces aquí perdiendo el tiempo? Venga, a estudiar, coño, y, en cuanto lo sepas, me das un toque. ¡Vamos! Que no tengo todo el día.

—Ya le has oído —dijo el Gris—. Has fracasado. Alégrate. No soportarías al Niño ni una semana a tu lado.

—¡Eso me ofende, joder! No, espera, no me ofende… Pero debería, ¿no? Era como un insulto o era… Tanta cháchara me está confundiendo.

—No he venido por él, sino por ti, Gris —dijo Mario—. Lo sabes muy bien.

—La respuesta es la misma —intervino Álex—. Lárgate.

De nuevo apareció esa sonrisa indeterminada en la cara de Mario.

El magnate observaba con mucha atención a Álex, durante tanto tiempo que Diego llegó a considerar que el corrupto estuviera sopesando pasarse a la otra acera.

—Vaya, vaya… —murmuró Mario—. Ahora entiendo la tumba que he visto al venir. No me di cuenta la primera vez. Eres bueno —añadió, mirando al Niño de reojo.

—¿Yo? Pues claro que soy bueno. Soy cojonudo. Eh, tíos, el corrupto es más listo desde que le bendijeron. A ver si aprendéis de él, es un tipo que sabe reconocer el talento.

Mario volvió a centrarse en Álex.

—No lo sabe, ¿verdad? Tranquilo, sé guardar un secreto.

—¿Me amenazas?, —preguntó Álex, en un tono que a Diego le pareció de lo más amenazador.

Allí estaba pasando algo que al Niño se le escapaba.

—¡Ya basta!, —berreó—. No sé de qué va todo esto, pero me tenéis harto. ¿Quién es el bueno? ¿Quién no sabe qué? ¿Qué secreto es ese? ¿Y qué tal si alguien me lleva al médico? ¡Me ha mordido un vampiro!

Álex se acercó a Diego.

—No dejes que te manipule. Eres más listo que él.

—Ya lo sé. Pero ¿qué ha dicho de la tumba?

—Todos tenemos nuestros secretos, Niño. Tú no me has contado todos los detalles de la maldición, ¿verdad?

—Ahí me has pillado —admitió Diego.

—Ahora es Álex quien trata de protegerte, Gris —dijo Mario—. Pero yo no he venido a atacaros a ninguno.

—Has venido a por mí —dijo el Gris—. Déjalos a ellos al margen.

—Ya te lo dije, únete a mí. No imaginas lo que está por venir.

—¿A cambio de, supuestamente, quitarle la maldición al Niño? Tendrás que ofrecer algo más.

—También puedo ayudarte a ti.

Un silencio se prolongó durante demasiado tiempo.

—Miente —susurró Álex—. No tiene ni idea.

—¿Y tú sí?, —preguntó Mario—. ¿Y tú, Gris? ¿Cuándo fue la última vez que seguiste una pista sobre el paradero de tu alma? Vas por ahí metiéndote en líos, no avanzas y no llegarás a ninguna parte.

—Y tú sabes algo que me ayudaría a encontrarla —dijo el Gris, escéptico.

—De momento, solo tengo una teoría. Mira las cosas que puedes hacer, que nadie más puede. Alguien te robó el alma para que fueras así, para que pudieras hacer algo que de otro modo sería imposible.

Averigüemos de qué se trata y así daremos con el responsable.

—No hables en plural —dijo el Gris—. Has insinuado que podrías encontrar mi alma y quitarle la maldición al Niño sin concretar absolutamente nada, solo con medias verdades y paja. Todas tus palabras se traducen en nada. Seguimos exactamente igual que antes de tu visita. No me cabe duda de que serás un excelente político.

—Te ofrezco una guía, un camino, una dirección que seguir, que es mucho para alguien que está tan perdido como tú. Además, extiendo mi ayuda a tus amigos. El problema es que lo quieres todo resuelto. Entiendo que la esperanza no signifique nada para ti, pero eres responsable de otras personas. Si fuera rencoroso, lamentaría haberte ayudado con el vampiro.

—¿Qué?, —se escandalizó Diego—. ¿Pediste ayuda al corrupto?

—Hicimos un trato —puntualizó Mario—. Yo he cumplido.

Ahora devuélveme lo que es mío y te dejaré en paz.

—El vampiro no ha muerto —dijo el Gris.

—Ese no es mi problema. Yo colaboré para que pudieras tenderle la trampa. Si no la has sabido aprovechar, es cosa tuya. —Mario extendió la mano—. Dame lo que acordamos.

—No.

—Esa página es mía. Me la robaste cuando estuvisteis en mi casa. Devuélvemela.

—Tu bendición es un pago más que suficiente. Y es gracias a mí.

—Bobadas. En todo caso, se la debería al vampiro por acabar con el santo. No te creas tan especial, Gris. Ha sido un cúmulo de circunstancias lo que nos ha llevado a esta situación, no una decisión tuya. Además, no sabías que la bendición persistiría en mi alma cuando me la devolviste, por tanto no puedes adjudicarte el mérito. Es más, apuesto a que no me habrías devuelto mi alma de haber sabido lo que pasaría. Es tu última oportunidad de hacer lo correcto.

Mario alargó un poco más la mano.

—No —repitió el Gris en el mismo tono.

Mario ni se inmutó. Ni siquiera Diego se atrevió a decir nada.

Estaba sucediendo algo entre el Gris y Mario, a pesar de que ninguno de los dos se movía. Se notaba en el ambiente, en cierta tensión que presionaba el claro del cementerio. Mario Tancredo le tendía la mano al Gris. El Gris se mantenía inmutable.

Al final, Mario retiró la mano.

—Entiendes que no volveré a ofrecértela.

—Lo entiendo.

Mario dio un paso adelante.

—Has roto tu palabra conmigo —dijo en un tono claramente amenazador —. He venido de buena fe. Os he ayudado cuanto he podido y tú me has rechazado a pesar de nuestro acuerdo. —El Gris siguió sin decir nada—. Repasad esta conversación, caballeros. Veréis que no os he mentido y han sido vuestras inseguridades las que os han impedido confiar en mí. Os guardáis secretos entre vosotros mismos y el recurso fácil y patético es culparme a mí de vuestros problemas. Formáis un grupo disfuncional que no acabará bien. Recordadlo cuando nos volvamos a ver porque acabáis de ganaros un nuevo enemigo.

Se dio la vuelta sin esperar una respuesta y se alejó.

Diego cavilaba sobre lo que significaba ser un «grupo disfuncional». No sonaba bien, pero prefería asegurarse antes de lanzar una réplica demoledora que cerrara la boca al corrupto, porque nadie ofendía a su grupo. ¿Qué habría contestado Plata? A Plata nadie le dejaba con la palabra en la boca; claro que él buscaba algo con más estilo que aludir a lagartos voladores que escupían fuego.

El Niño se preguntó en qué cuerpo andaría ahora su amigo, lo que le llevó a pensar en Sara, que también estaba ausente. Luego tendría que ponerlos a los dos al día, claro. Sara estaría en una de sus citas, tonteando con Erik. Diego tardó menos de un segundo en planear una extorsión perfecta: no le contaría nada a la rastreadora a menos que ella le hablara de su romance con el mago. Sí, estaba mal, era su intimidad, pero nadie es perfecto, y su intención era asesorarla, por supuesto. Sin su experto consejo, Sara fracasaría en su relación porque era demasiado tímida. Ese tema le llevó a pensar en Nilia, a quien había visto desnuda no hacía mucho allí mismo, en el cementerio. El Niño se percató entonces de su erección y cambió de postura. Separó los pies y se acomodó la entrepierna con la mano derecha, todavía absorto en sus pensamientos, que ahora exploraban las posibles razones para que los brujos fueran tan guarros y no se lavaran. Eso no era higiénico. Los hombres lobo tampoco se lavaban cuando estaban en forma de chucho gigante, según tenía entendido, pero le sonaba que eso era porque los perros no sudan, jadean como idiotas para regular el calor corporal. También pasó de refilón sobre un trabajo que tenía que presentar en el instituto y que por supuesto ni había empezado. Tendría que copiarlo de alguna parte. Qué pereza…

—He tomado una decisión y punto. —Gruñó el Gris.

Discutía con Álex. El enfrentamiento entre esos dos le había traído de vuelta a la realidad. Y así, de repente, por pura inspiración, encontró la réplica perfecta.

—¡Que te den por el culo, corrupto!, —gritó hacia el bosque.

Álex y el Gris le miraron. Diego sonrió orgulloso.

—Ya se ha marchado, Niño —dijo el Gris.

—Tu decisión ha sido equivocada —dijo Álex retomando la discusión—. Aún estamos a tiempo de arreglarlo.

—No me he equivocado. No hay más que hablar.

—¡No! —Álex apretó los puños. No era frecuente verle perder la compostura—. Mario no es un cualquiera. Tiene dinero, influencia, contactos… No es un enemigo que nos convenga. No tenías por qué humillarlo de ese modo.

—¿Querías que le entregara la página?

—De ningún modo. —Álex parecía asqueado ante la idea—. Pero podíamos haberle hecho creer que lo haríamos o haber negociado algo a cambio o buscado un pretexto. Cualquier cosa menos ponerlo en nuestra contra por tu estúpido orgullo.

El Niño carraspeó.

—Hay algo chungo en todo esto. —Aportó—. A mí no me la pega cualquier imbécil y tengo la impresión de que el corrupto no mentía. Lo sé, a mí también me da asco y eso, pero creo que ha sido sincero con nosotros. No puedo evitarlo, es lo que pienso. ¿Me odias por decir eso, Gris? Te juro que…

—No te odio, Niño.

—Incluso el Niño se ha dado cuenta de que has metido la pata.

El Gris se pasó la mano por el cabello.

—Mario Tancredo es peor y más peligroso de lo que creéis ninguno de los dos. Lo sé, aunque no puedo explicar cómo lo sé.

—¿Me vas a decir que es una intuición?, —se burló Álex—. A mí eso no me sirve. De hecho, las intuiciones del Niño respecto a quién miente y quién no son de lo más fiables.

—Es algo más que una intuición —aseguró el Gris—. Quizá parte de la bendición de Mario consista en ser más convincente. Yo también he notado el cambio. Considéralo, Álex, puede que te haya engatusado.

—De acuerdo. Lo considero. Eso implicaría que tú eres inmune a su encanto debido a que no tienes alma, ¿me equivoco? Muy conveniente para que no cuestionemos ninguna de tus decisiones.

Álex y el Gris se enfrentaban a menudo, era parte de su relación.

Luego siempre llegaban a un acuerdo y todo se arreglaba, aunque a Diego no le gustaba presenciar sus peleas. En aquella ocasión, Álex estaba siendo más duro de lo habitual. Su tono era demasiado incisivo.

Era el momento adecuado para ejercer su liderazgo en el grupo y tratar de suavizar la tensión entre ellos.

—Parecéis dos gilipollas peleando por una tía. Qué vergüenza, joder. Venga, que hay un montón de pibitas por ahí para todos. Daos un abrazo, coño, y vamos a por ellas.

—¿De qué estás hablando, Niño?, —preguntó el Gris—. Era una metáfora. ¿Tú tampoco la has pillado, Álex?

Álex sacudió la cabeza.

—Es culpa mía —dijo el Gris—. Intentaré explicarlo mejor. Tuve el alma de Mario Tancredo, antes y después de que la bendijera Mikael. Yo… Sé que no puedo confiar en él… Es una sensación… No puedo ser más concreto, lo siento.

—Te creo —dijo Álex en tono conciliador—. Pero de verdad, Gris, tenemos que considerar la posibilidad de que no interpretes adecuadamente esa sensación, intuición o lo que sea.

—Ya no hay marcha atrás.

—Aún podemos…

—No podemos. Hay algo que no os he contado. No puedo devolverle la página porque no la tengo.

—¿Cómo es posible? —Se alteró Álex.

—Mikael me la quitó —explicó el Gris—. Cuando me absolvió, en el momento en que bendijo el alma de Mario Tancredo. No me estaba salvando, al menos esa no era su única intención. Me robó la página de La Biblia de los Caídos.

—¡Putos ángeles! —Diego estampó el puño contra la palma de su mano —. Qué asco me dan, en serio.



El más leve movimiento le infligía un dolor atroz.

Sombra se cubría el rostro deforme con un jersey con capucha que le había robado a un hombre en el cementerio. Tuvo que hacer un colosal esfuerzo de voluntad para dejarlo vivo, por esa niña que era su sobrina, y no sorber hasta la última gota, aunque ni con la sangre de cien adultos podría recobrarse de las heridas que el sol le había causado.

Necesitaba reposo, uno largo, de un año como mínimo. Y para eso tenía que ocultarse donde nadie lo encontrara.

Se agazapaba tras un árbol en las afueras del cementerio. El día se había nublado, lo que en circunstancias normales resultaba suficiente para deslizarse de una sombra a otra y salir de allí. Sin embargo, en su estado actual, apenas toleraba la luz indirecta. Esperó algo más de tiempo, hasta que reunió fuerzas para arrastrarse debajo de un coche. Podía aguardar a la noche, debería hacerlo, pero no podía arriesgarse a que el Gris fuera en su busca.

Hasta el Niño podría matarlo ahora.

La rueda de una moto se detuvo junto al coche bajo el que se ocultaba, a poca distancia de su cabeza. Sombra esperó, contuvo el aliento, relajó todos los músculos tratando de aliviar la ansiedad.

No vio aquellos dedos grandes hasta que el coche se elevó un par de palmos. Una mano enorme lo agarró por el cuello y lo sacó fuera.

Lo sujetaba en el aire un viejo de grandes proporciones, vestido de motorista, con una melena larga y grisácea, y varios tatuajes. Era mucho más fuerte que una persona normal, eso era obvio. El motorista lo arrojó contra un árbol. Sombra se desplomó sin aliento.

No tenía ni idea de quién o qué era su atacante. Juraría que nunca había visto a ese tipo antes. Puede que la explicación estuviera en alguno de sus crímenes pasados, alguien que deseara vengarse por medio de aquel extraño motorista. Si ese era el caso, quienquiera que lo hubiera enviado había tenido demasiada suerte, porque no podía haber escogido un momento mejor para acabar con él.

El motorista volvió a levantarlo del suelo con una mano.

—Tú eres No-luz —dijo—. Quieres matar a Hombre vacío.

Sombra no supo cómo reaccionar. Le costó entender la referencia al Gris y su carencia de alma.

—¿Quién eres?, —susurró Sombra, indefenso—. ¿Y Hombre vacío?

—No lo sé.

—¿Y Brad Pitt?

—¿Qué?

Algo molestó al motorista, que lo sacudió sin esfuerzo. Sombra notó cien agujas de dolor mientras lo zarandeaba aquel viejo.

—¿Dónde?

Sombra vio con claridad su propia muerte a manos de aquel mastodonte medio loco. Porque lo único que tenía claro era que esa cabeza no funcionaba bien. Acabaría despedazado por un viejo chiflado porque no podía decirle dónde encontrar a uno de los actores más populares del mundo. No tenía sentido… Y sí lo tenía al mismo tiempo. Ya había oído hablar de un viejo motero que iba por ahí preguntando por Brad Pitt, pero no recordaba dónde… ¡Su hermano!

Esteban le había contado una situación idéntica a la que él estaba viviendo ahora. Solo que el motero asaltó a Esteban con esa pregunta en los juzgados, justo después del juicio a Diego. Juicio que había orquestado el Gris para que, a través de Esteban, le llegara a Sombra el mensaje de que había descubierto su identidad y por tanto a su familia.

Pero recordar aquello no lo ayudó a descubrir el modo de tratar con el motorista.

—Juro que te lo diría si lo supiera —respondió Sombra a la desesperada.

—No-luz no sabe —bufó el motorista.

Sombra terminó con la cara estrellada en el suelo. El viejo le había soltado y al parecer se alejaba, porque las fuertes pisadas sonaban cada vez más distantes. Sombra no se sentía capaz de realizar ningún movimiento, pero debía intentarlo. Rodó sobre el hombro, y luego otra vez, hasta regresar de nuevo bajo el coche del que le había sacado el motorista.

Se quedó allí tendido, recobrando el aliento, magullado. El motorista no tendría problemas en localizarlo si decidía regresar, pero ya no podía ir a ninguna parte. Si había ido en busca del Gris, no lograría…

Sombra vio al viejo a cierta distancia, junto a un taxi. El motorista se inclinó hacia delante y, al enderezarse de nuevo, un tipo salió despedido por los aires. Sombra supuso que sería el dueño del taxi. Tal y como cayó al suelo, no estaría en condiciones de conducir.

Le asaltó la duda de si el viejo también le había preguntado por Brad Pitt antes de arrojarlo a varios metros de distancia.

Sombra no entendía nada.



Diego vació media botella de agua oxigenada sobre los orificios que le había dejado el vampiro. Probablemente bastaba con un poco para limpiar la herida, pero no iba a arriesgarse a contraer una infección. A saber a qué clase de chusma habría mordido el asqueroso de Sombra.

Se estremeció por el escozor y la náusea al pensar en los dientes de Sombra penetrando en su delicado cuello. Luego soltó una maldición cuando se le empapó la camiseta.

Las tiritas estaban en una estantería polvorienta. Nadie limpiaba nunca el mausoleo, que ya de por sí no era más que una estructura ruinosa, agrietada, que no seguiría en pie de no ser por las runas que la sostenían y que solo el

Niño repasaba de vez en cuando. Había cortinas de telarañas en el interior y a saber cuántos bichos repugnantes correteando por el suelo y las paredes. El musgo se filtraba por las grietas. El sitio estaba hecho una pocilga.

—Deberíamos contratar un servicio de limpieza —se quejó Diego mientras retiraba el envoltorio de las tiritas. Se las colocó en las heridas y salió a toda prisa de aquel lugar decrépito.

Una pequeña extensión llana se abría desde la entrada. Al final de aquella extensión había lápidas y tumbas descolocadas, sucias y rotas.

A la derecha había una rampa que descendía al centro, donde reposaba el árbol muerto. El Gris, sentado entre las tumbas, se vendaba la mano con la que empuñaba el cuchillo.

—¿Y eso para qué?, —bufó el Niño—. Te he curado, ¿no? No puedes tener ni un rasguño en la mano.

—Tenemos que encontrar al vampiro, Niño.

—¿«Tenemos»? No me jodas que te conozco. —Diego miró alrededor—. ¿Cómo lo hace Álex para escaquearse? Yo no soy el pringado del grupo, coño. Prefiero ir a buscar a Sara.

—Sara vendrá sola. Ya le he enviado un mensaje.

—Y tú, ¿qué? ¿A tocarte los huevos mientras yo busco al Colmillos?

—Tengo que ir a la iglesia.

—¿A la iglesia? —El Niño suavizó su expresión de repente—. Déjame ir contigo, Gris, por favor. Ya sabes que me encanta la iglesia. ¿Quieres que suplique? Está bien. Te prometo que…

—No, tú irás a otro sitio. Hay que encontrar a Sombra o nos dará caza una vez se recupere, cuando menos nos lo esperemos. Irá a por ti, Niño, porque puedes curarme.

—Buen intento, pero no voy a ir por ahí yo solo para que me chupetee otra vez.

—Es de día y en su estado es del todo imposible que te cause ningún daño. Pudiste matarlo, ¿recuerdas? No supone ninguna amenaza. Ahora. Si le damos tiempo…

—Vale, lo pillo. ¿Y dónde esconderá el culo ese cobarde?

—En un lugar seguro, donde nadie pueda hacerle daño.

—¡Los brujos!

El Gris asintió.

—Eso quiero que compruebes. Además, en las zonas de los brujos tampoco podría atacarte.

—Haberlo dicho antes, tío. Voy para allá.

A Diego le gustaban aquellos diminutos marranos que tenían de todo, menos gusto por la higiene y el menor sentido de la moda a la hora de vestir. Por fin un encargo que no le tocaba las narices.

—Una cosa más, Niño. Necesitamos dinero.

—¿Y tengo que ir yo?

—Te viene de camino.

—¡Bah! No quiero discutir. Tienes suerte de que yo sea un tipo de puta madre. Saluda a los curas de mi parte.

Descendió por la rampa, dejó a un lado al árbol muerto y pasó junto a una de las enormes rocas que crecían en el borde del claro.

Aquella roca terminaba en punta a varios metros por encima de su cabeza. Había otros dos peñascos de similares tamaños y forma a continuación, y uno mucho más grande en el lado opuesto del cementerio.

Como casi todo en aquel lugar, la roca tenía grietas, musgo y estaba medio cubierta por hiedra y otras enredaderas. A partir de aquel punto empezaba el bosque, frondoso, impracticable y en penumbra, que había que atravesar para salir de allí. Diego lo aborrecía. Casi siempre tropezaba, se llevaba arañazos, en ocasiones se perdía y tardaba demasiado en salir. Lo había cruzado incontables veces, pero no había manera de recordar con exactitud el camino de aquel condenado laberinto.

El Niño se encontró una sorpresa en una roca.

—¡Mira quién aparece!

—Te esperaba. —Álex apenas movió el cuello para mirarlo.

—¿Vienes a ayudarme? Sería toda una sorpresa, para variar.

—No como imaginas.

—Lo suponía. A ver, ¿qué marrón vas a enchufarme?, que te conozco.

—No puedes hacer lo que te ha pedido el Gris.

—¿Estabas escuchando?

—No quería que supiera que iba a hablar contigo a sus espaldas.

—¡Un secreto, no! Te lo pido. Se me escapará y luego te cabrearás y…

—Cálmate, Niño. Tienes que buscar al vampiro, como te ha pedido, pero si está allí, no puedes decírselo.

El Niño caviló unos segundos.

—Está bien, no lo pillo. Vas de listillo, ¿no?

—Piensa, Niño. ¿Qué haría el Gris si le dijeras que Sombra está allí?

—Pues matarlo, claro. Espero que le raje el cuello. El muy cerdo me mordió, ¿se te ha olvidado ya?

Álex suspiró.

—Matarlo. Sigue pensando sobre ello.

Diego lo hizo. Imaginó el mugriento cuchillo del Gris cortando el cuello del vampiro. No veía cuál podía ser el inconveniente. Luego se le cruzó la imagen de Nilia con los dos cuchillos que le había dado el Gris. En su mente, pasó de los cuchillos a las tetas, y luego más abajo, a la cintura y luego…

—¡Niño! Te has quedado embobado. ¡Despierta! ¿Lo entiendes ya?

—Por supuesto —dijo orgulloso—. Digo, no, no tengo ni pajolera idea.

—El Gris irá a por Sombra allí donde esté. No respetará la tregua de los brujos.

—¡Mierda! Es verdad.

Nadie podía ejercer la violencia en el territorio de los brujos.

—Me informarás a mí, así yo podré mentirle si el vampiro está allí. Y, en ese caso, tendremos que pensar en un modo de sacarlo porque el Gris no atenderá a razones.

—Es más cabezón que tú, macho —convino Diego—. Aunque no me va mucho eso de mentirle…, pero, por otra parte, un líder tiene sus responsabilidades con el grupo que está a su cargo, aunque sean todos una panda de ingratos que no reconocen las cualidades tan cojonudas que tengo.

Bien, lo pensaré y te… ¡Eh! —Álex había desaparecido—. Este mamón cada vez es más sigiloso.

Diego se sorprendió cuando se vio fuera del bosque. Se había distraído con el plan de Álex y con la idea de que el Gris no respetaría la tregua. También se puso de mal humor al caer en la cuenta de que Álex, de nuevo, se había librado de hacer algo. Y se inquietó al descubrir que el día estaba nublado.

Caminó hasta la salida del cementerio, donde, por fortuna, un taxi acababa de dejar a un pasajero. El Niño corrió hasta la puerta y se metió dentro.

—Vamos, tío, tengo prisa.

El taxista se volvió para mirarlo.

—¿Vas solo, chico?

—Ya te digo, venga, pisa el pedal, tronco, que tengo asuntos muy importantes de los que ocuparme.

El taxista frunció el ceño, poco convencido.

—¿Qué te ha pasado en el cuello?

—Un mordisco, ¿qué pasa? Yo no te pregunto por qué eres tan feo, ¿no?

—Eres demasiado joven para estar solo en un cementerio —suspiró el taxista—. ¿Llevas dinero?

—Pues claro que… —Diego metió las manos en los bolsillos y no encontró nada—. Puedo pagarte, tío. En cuanto me lleves con los brujos te daré…

—¿Brujos? Largo de aquí.

—Que no, que no estoy pirado. Te prometo que…

El taxista endureció la mirada y cerró el puño.

—¿Prefieres que te eche yo?

—¿Vas a pegar a un niño? Tienes suerte de que no tenga ganas de cagar porque te iba a dejar un regalito que lo flipas.

—¡Se acabó!

El taxista se bajó malhumorado y abrió la puerta de atrás. Diego retrocedió asustado. El hombre se agachó, le agarró por las piernas y tiró con

fuerza. El Niño se aferraba a la otra puerta con las manos, pero notaba cómo cedían los dedos. No resistiría mucho. Le costaba entender por qué aquel tipo se había cabreado tanto, y lamentaba no haber grabado una runa en el asiento que dejara olor a vómito para que se fastidiara, por capullo.

Al final se le soltaron las manos y se vio arrastrado a lo largo del asiento trasero. El pánico comenzó a dominarlo. Entonces, cuando ya tenía los pies fuera del coche, vio cómo el cuerpo del taxista se elevaba y caía un par de metros más lejos.

—¡Brad Pitt!

—¿Harley?

Allí estaba el viejo motorista. No sonreía, pero parecía contento de verlo. Diego se abalanzó sobre él y lo abrazó con fuerza.

—Tío, qué alegría de verte. ¿Has traído la moto?

Harley asintió, estiró el brazo derecho para señalar la Harley Davidson que estaba a unos pasos de distancia. El taxista se levantó con dificultad, miró a Harley y retrocedió.

—¿Qué querías hacerme, capullo? —Fanfarroneó Diego—. A mi colega no le gusta la jeta que tienes.

El taxista se metió en el coche a toda prisa y se marchó haciendo chirriar las ruedas sobre el asfalto.

—Harley, macho, creía que habías muerto cuando el Gris te soltó ese hostión y te tiró por la ventana. ¿Dónde has estado?

—Estaba con No-luz.

—¿Qué? Se me olvidaba que eres un poco rarito. Pero molas, con los tatuajes y esas pintas. Venga, vámonos. ¿Puedo conducir yo?

El Niño se sentó en la moto de un salto. El hombretón dio dos largas zancadas, lo agarró por el cuello de la sudadera, lo levantó y lo dejó sobre la parte de atrás del asiento.

—De acuerdo, conduces tú. Pero dale caña, ¿eh?

La moto rugió, una, dos veces, acompañando los golpes de muñeca de Harley sobre el acelerador. Luego se puso a circular a menos de treinta kilómetros por hora.

—Me gustaría llegar antes de tener tu edad, abuelo —protestó Diego—. Aprieta, coño, vamos a fardar con esta burra. Espero que me vean las pibitas.

—¡Pibitas!, —dijo Harley.

—Eso es. Pero a este paso no vamos a conseguir ninguna. Tío, acelera, que parece que acabamos de salir del geriátrico. ¡Nos ha adelantado un autobús! ¡Harley!

—¡Pibitas!

—Que sí, pero dale al… ¡La mano! ¡Gírala! Los nudillos hacia arriba. Más. ¡Más! ¡Mierdaaaaaaaaaa!

La melena de Harley sacudió la cara de Diego al ganar velocidad.

Aquellos pelos eran como latigazos, y se le metían en la boca. Tras un considerable esfuerzo, consiguió agarrar toda la melena de Harley con una mano, justo en el momento en que…

—¡La vieja! ¡Harley, está en rojo! La madre que te…

Pasaron a un palmo de la espalda de una anciana que se apoyaba en un bastón y no dio muestras de haber sabido lo cerca que había estado de que la embistieran un motorista y un niño en una Harley Davidson.

—¡A la derecha! Tío, no ves el coche azul. ¡No! ¡No pases entre los dos! ¡Izquierda! No quiero verlo… Maldición, así me da más miedo todavía. ¿Hemos pasado? ¡La farola, Harley! Perdóname, Plata, porque si sobrevivo voy a estrangular a este bastardo con mis propias manos y luego pienso…

—¡Pibitas!

En un banco, dos chicas jóvenes los miraban. Una de ellas les señalaba con los ojos abiertos.

—Ey, lo has pillado, tío. —El Niño las saludó con la mano. Una de ellas le respondió de igual modo—. Si es que las vuelvo locas. Más despacio, Harley, que las pibitas se quedan atrás. No, no gires o te… ¿De qué nos sirve llamar la atención de las churris si no nos paramos? Al menos hay que pedirles el teléfono. ¿Me oyes, abuelo? Seguro que en tu época tambiendfdgdgfdh…

Diego se estampó contra la espalda de Harley cuando la moto frenó casi en seco. El golpe lo aturdió.

—¿Y ahora qué pasa? Aquí no hay pibitas.

—Tengo pis.

—¿Te has meado encima?

Harley se bajó la cremallera en medio de la carretera. El Niño se apresuró a detenerlo.

—¿Pero qué haces? Tío, guárdate la manguera que, por cierto, debe de tener una pinta asquerosa. ¡Mis ojos! ¡Te la he visto! ¡Te la he visto!

—¡Mamá, un viejo se está desnudando en la calle delante de un niño!

Era la voz de una niña que los señalaba a unos metros de distancia. La pobrecilla habría quedado totalmente traumatizada si hubiera tenido la desgracia de ver lo que el motero tenía entre las piernas.

—¡Harley! Tenemos que irnos antes de que avisen a la poli. ¡Guárdate la… cosa esa! Te llevaré a un sitio guay para mear.

Diego dio gracias a Dios, mientras lo veía subirse la cremallera, por haberlo convencido. Subieron a la moto y se largaron a toda prisa.

Esta vez el Niño prefirió no mirar cómo conducía Harley. Le dijo dónde debían ir y enterró la cabeza en su melena gris. La pega era que aquel cabello viejo y desgastado no desprendía el mejor de los olores.

Al menos llegaron rápido al cementerio en el que Sombra le había atrapado. El Niño iba a recoger el dinero con el que le habían pagado para matar a Mario Tancredo y conducirle a una trampa. Un plan que había acabado con esas tiritas en su cuello.

Pasó junto a la tumba en la que Diego había pegado un moco la noche anterior. El moco seguía allí y se sintió mal por ello. Recogió una hoja del suelo y lo retiró de la tumba.

—Perdona, colega. No estuvo bien.

—Sitio guay.

Harley se plantó encima de la tumba y…

—¡No! ¡Espera!

Demasiado tarde. Vertió un chorro amarillo y caliente sobre la lápida del pobre difunto. Para colmo, el Niño había vuelto a ver lo que no quería en las manos regordetas del viejo motorista.

—¡Al menos date prisa! Joder, Harley, ¿te has bebido una puta piscina?

Se fueron sin poner remedio. No había disculpa ni compensación a una ofensa tan degradante.

—Demos gracias de que no tuvieras ganas de cagar —murmuró el Niño.

Pasaron el árbol y se acercaron al lugar donde estaba enterrado el dinero. Un escalofrío recorrió a Diego al recordar al vampiro.

Miró alrededor.

Se tranquilizó un poco al tener consigo a Harley. Aquel viejo tan grandote imponía más que el esmirriado del Gris.

Señaló el punto en el que había que excavar. Justo ahí fue a sentarse el viejo motero.

—Cansado.

—No me jodas… ¡Harley, muévete! Pon el culo en otra parte. Eso es. Ahora a cavar, justo ahí. ¡NO te sientes otra vez! Cavar, hacer un agujero. La madre que te… Mira así. ¿Ves cómo quito la tierra? Ahora tú. No te hagas el tonto… Esto es increíble.

Le tocó al Niño cavar solo, como siempre. Al parecer Álex no era el único experto en esquivar el trabajo. Puede que Harley no fuera tan estúpido como parecía. Se limitó a observarlo y a decir de cuando en cuando «pibitas». Aprendía pocas palabras, pero las repetía mucho.

Cuando terminó de desenterrar el dinero, el Niño estaba muy ofendido. De no ser por la moto, habría dejado allí tirado al muy desagradecido. Harley tampoco le dejó conducir en esta ocasión.

—¿Cómo es que no nos para la poli si no llevamos casco?, —preguntó Diego mientras se agarraba a la melena de Harley para no caerse—. ¿Tienes suerte?

El viejo no contestó y al Niño no le pareció que la suerte fuera la respuesta. Estaba rodeado de botarates, a cada cual más raro. Harley encajaría de maravilla en su grupo de tarados.

Al menos llegaron a la tienda de los brujos sin incidentes.

—¡Hola, enanos! —Soltó el Niño abriendo la puerta de una patada—. ¡Ya he llegado, pequeños marranos con alergia al jabón! ¿Qué pasa? ¿No hay nadie?

La roñosa tabla que hacía de mostrador estaba desatendida y nadie vigilaba la mercancía expuesta en las estanterías. El Niño habría jurado que nunca había visto la tienda sin uno de sus pequeños comerciantes merodeando por alguna parte. Harley pasó de largo, sin mostrar interés, directo a la puerta que conducía a las escaleras que descendían a las zonas más interesantes de los dominios de los brujos, como la taberna.

Diego se mordió las ganas de agenciarse unas cuantas estacas e ingredientes ahora que no había nadie. Se frotaba las manos temblorosas mientras se pasaba la lengua entre los labios. Era realmente tentador. Así que ni siquiera fue consciente de cómo alargaba el brazo lentamente hacia una estaca que era una pasada.

—Una elección excelente, Niño, propia de clientes con buen gusto. ¿Deseas que la envuelva?

Una brujilla detrás del mostrador le observaba con atención.

—¡Ajá! ¡Te he pillado, enana! —Gruñó Diego—. Estabas escondida para ver si mangaba la estaca.

La chiquilla se sorprendió y se llevó las manos al pecho. Los ojos llenos de lágrimas le brillaron.

—Solo quería atenderte —dijo con la voz quebrada—. Mi deber es cuidar de los clientes y yo no acusaría a nadie de robar, porque eso implicaría que yo misma sería capaz de idear algo tan mezquino como un hurto.

—Un momento. —Diego volvió sobre las palabras de la bruja—. ¿Quieres decir que si yo pensaba que tú pensabas que yo iba a robar es porque yo pensaba en robar?

—Estoy convencida de que tú no pensarías eso.

—¡Eso lo dices para que no piense que en realidad piensas que yo pensaba robar!

—Pienso que no.

—¡Ya basta!, —rezongó el Niño—. Me duele la cabeza.

—¿Una aspirina?

—No, que me la cobras. —Diego dejó una bolsa sobre el mostrador. La madera crujió un poco y apareció algo de tierra que se desprendía de la bolsa —. Aquí hay un montón de pasta y quiero liquidar nuestra deuda, ya sabes,

me he retrasado un poquito, pero, mira, aquí traigo el dinero. ¡Porque yo no soy un asqueroso ladrón!

Los ojos de la niña se posaron en un billete que asomaba y se quedó sin aliento.

—No puedo hacerlo —dijo muy seria.

—El qué.

—Cancelar la deuda.

—Me estás calentando, enana, te lo advierto.

—En la tienda, solo transacciones comerciales —recitó la bruja—. Los asuntos de índole financiera deben tramitarse en la sala correspondiente. Un brujo cualificado en dichos menesteres te atenderá encantado —añadió señalando una puerta.

La sala correspondiente resultó ser un espacio bastante oscuro, porque la luz apenas se filtraba a través de la guarrería que cubría las ventanas. Había un mueble lleno de archivadores de los que sobresalían papeles arrugados y amarillentos y una mesa cubierta de polvo con dos sillas. Y eso era todo. Ningún brujo cualificado en ningún menester.

El Niño apartó con repugnancia las telarañas que pendían del marco de la puerta.

—¡Eh! ¡Enanos!

La misma bruja que le había atendido en la tienda llegó en ese momento con aire serio, tomó asiento y le invitó a hacer lo mismo señalando la otra silla con un gesto elegante de la mano.

—¿En qué puedo servirte?

—¿Tú? —Diego dejó la bolsa en la mesa y se sentó de mala gana—. ¿Me estás vacilando?

—En absoluto. Es indispensable respetar el protocolo para garantizar a los clientes que todo se realiza de acuerdo a…

—Corta el rollo. No pienso repetirte otra vez toda la movida. Aquí está la pasta. Tenemos una deuda, un crédito de esos, y queremos cancelarlo. Seguro que tu cualificación de los cojones te dice lo que hay que hacer. El dinero que sobre lo metes en mi cuenta.

El Niño se alejó a grandes zancadas.

—No es suficiente —dijo la chiquilla a sus espaldas.

Diego suspiró antes de darse la vuelta. Y se quedó callado. El dinero estaba apilado en montones del mismo tamaño a lo largo de la mesa. La bruja sonreía.

—¿Ya lo has contado?

—Estoy muy cualificada para las finanzas.

La muy bruja tenía que haber usado una runa que él desconocía.

No podía haberlo contado y ordenado en los pocos segundos que había tardado en cruzar la sala. En otras circunstancias, el Niño se habría maravillado y habría indagado sobre la posible runa, pero ahora estaba preocupado.

—Eso es mucha tela, niña, mira los montones. ¿Cómo que no llega para cubrir la deuda?

—Para la deuda, sí.

Diego soltó el aire de golpe.

—Me habías acojonado. ¿Por qué me das estos sustos, enana?

—Para los intereses no es suficiente.

—Mamones… ¡No! No me enseñes el contrato que ya os conozco. ¿Tanto dinero debíamos?

—La deuda se remonta a más de diez meses.

—¿Y qué? —Se sulfuró el Niño—. Hace tres meses que nos contenemos en los gastos porque estamos tiesos. ¡Estoy seguro de que es un error!

La niña se colocó unas gafas demasiado grandes para su pequeña cara y mostró un papel enrollado.

—Aquí mismo tengo el desglose. Estacas, ingredientes…

—Sí, sí, eso son herramientas de trabajo indispensables.

La bruja desenrolló el documento más deprisa hasta que se detuvo.

—Aquí tengo el detalle de los productos y servicios varios —informó—. Una suma considerable en pornografía: revistas, películas…

—Eso también debería estar en «herramientas indispensables» —la interrumpió el Niño—. Sigue. ¿Qué más?

—Veintisiete consolas para videojuegos.

—No sabía por cuál decidirme, así que pillé una de cada y el Gris se las carga cada vez que las toca, así que no es culpa mía.

—Productos de belleza tales como cremas antiarrugas, colonias, diferentes acondicionadores capilares, secadores y otros utensilios por un importe de…

—¡Eh! ¿Crees que esta cara y este cuerpo se mantienen solos? Sigue.

—Ropa talla niño por valor de…

—Ya, ya, otro indispensable.

—Masajes y otros servicios relajantes…

—¡Mi trabajo es muy estresante! ¡Un líder necesita relajarse! ¡Está bien! Veo que no llegaremos a ninguna parte. Como jefe debo responsabilizarme y tomar una decisión al respecto, no vaya a ser que esos mamones cuestionen mi liderazgo. A ver… Piensa, Diego, piensa… ¡Lo tengo! Solicitamos otro crédito para cubrir los intereses y, de paso, para tener algo de pasta que gastar. ¡Todo arreglado! Luego vendrá el Gris a firmar los papeles.

—Es precisa una consulta previa antes de aprobar un nuevo crédito a un cliente que no ha saldado el anterior.

A Diego le recorrió una descarga muy parecida a las que sufría al decir una mentira.

—¿Una consulta? Es el Gris. Es un cliente la hostia de bueno y ¿tienes que consultarlo?

—El protocolo exige que…

—Eres demasiado pequeña para que te explique por dónde me paso el protocolo. Negociemos. Es lo que os gusta, ¿no? Lo que se os da bien. Y para eso ningún brujo tiene que consultar nada.

—Correcto —asintió la chiquilla—. ¿Qué ofreces?

El Niño se rascó el lunar de la barbilla.

—¡Mis historias!

—Discúlpame, pero no estoy segura de entenderte.

—Ahora me explico, enana. No os contaré una mierda de mis aventuras nunca más, ¿lo pillas? Ni una puta palabra. A menos que soltéis la pasta para que podamos vivir esas aventuras. ¿Qué te parece?

Fue la primera vez que el Niño vio a un brujo dudar. La pequeña se quedó callada, pensativa, arrugaba la frente y se frotaba las manos con impaciencia. De pronto sacó una estaca pequeña y empezó trazar runas sobre un papel. Los símbolos aparecían y desaparecían a una velocidad formidable. Diego no entendía aquellas runas.

La bruja terminó, guardó la estaca y miró al Niño.

—Acepto el acuerdo.

—Así me gusta.

Diego le lanzó un beso y giró sobre los talones.

—Quiero una de tus historias —exigió la chiquilla.

El Niño se quedó quieto.

—Ahora no puedo.

—Tiene que ser ahora.

—¡Estoy en una misión secreta! —Ahora.

Diego se dio la vuelta una vez más.

—Joder con la enana. Si es que tampoco me ha pasado nada fuera de lo normal últimamente. Mejor voy a pasar aventuras y así tengo algo que contarte.

—Ahora.

—Qué pesadita. En fin, vamos a ver qué le cuento yo a esta que no sea aburrido… Ah, sí, mira, ¿ves mi cuello? Me ha mordido un vampiro, pero también me besó una puta, sin pagar, se entiende. Así que una cosa compensa la otra.

Luego…

—Espera un segundo —pidió la bruja.

El suelo comenzó a vibrar. Cuando el temblor aumentó de intensidad, Diego temió que fuera el inicio de un terremoto. Las puertas se abrieron de golpe y entró un montón de brujos corriendo con los pies descalzos. También salieron de los cajones, de detrás de las cortinas, de cuadros que se

desplazaron a un lado y de un millar de lugares diferentes. Una ola de niños sucios pasó alrededor de Diego y se fueron sentando frente a él, en perfecto orden, los más pequeños al frente, los más altos al fondo. Se colocaron todos en silencio y le observaron con atención.

El Niño se encogió de hombros.

—No puedo defraudar a mi público —carraspeó—. Está bien, enanos, ahí va la historia. Imaginad a una niña más fea que vosotros que tenía un demonio dentro…



El camarero, joven y torpe de movimientos, se disculpó por cuarta vez, de una forma demasiado edulcorada que dejaba entrever un interés más allá de cumplir con su trabajo.

—Le prometo que no sé por dónde entra —dijo agachándose para coger al gato—. Lamento las molestias. Ignoro por qué siempre viene a por usted.

—No te preocupes —dijo Sara, que no quería mirar al gato, de pelo negro y ojos verdes—. No es culpa tuya.

Sara lo había dejado encerrado en casa antes de salir para acudir a su cita. Aun así, se lo había encontrado en la parada del autobús y, después de asegurarse de que el animal no entrara en el vehículo, frente a la puerta del restaurante. Aquello le hizo pensar sobre si era o no el mismo gato. Sabía que el Gris tenía más de uno. Pero, de no ser el mismo, ese detalle significaba que el Gris sabía a dónde se dirigía, y eso no le parecía posible. En ese momento, decidió esquivar al gato y entrar, pues estaba decidida a no mezclar su vida personal con los asuntos del mundo oculto. Sin embargo, el felino reapareció junto a su mesa y ya no podía dejar de pensar en el Gris y sus asuntos, aunque de una manera menos amable. La segunda vez se irritó seriamente y tomó

nota mental de exigirle al Gris que no se entrometiera en su vida privada. No tenía ningún derecho. Y ella no estaba obligada a contestar la llamada hasta que no quisiera. Y no quería porque ahora tenía algo más importante de qué ocuparse: ella misma.

Luego, tras cuatro visitas sucesivas del gato, se dio cuenta de que su enfado había tomado un nuevo rumbo. Llevaba mucho esperando y daba la impresión de que se iba a quedar plantada. Las anteriores citas habían fluido, sintió que ambos habían conectado. No encontraba una sola razón para que las cosas se torcieran de aquel modo. Seguramente estaba dramatizando, pensó mientras esperaba respuesta a los mensajes que le había enviado por teléfono.

—Más vale que estés agonizando en un hospital después de un terrible accidente —murmuró.

Se le cayó la copa de la mano. El vino manchó sus pantalones. El maldito temblor de la mano había vuelto y no lo podía controlar. Eso sí era culpa del Gris. Nunca podría olvidar que tuvo que decapitar a un hombre para salvarle la vida en aquella casa en la que estuvieron encerrados.

El camarero, que regresaba en ese momento, se apresuró a limpiarle la pierna con una servilleta.

—Está bien —dijo ella, molesta—. Solo son unas gotitas de vino.

—Puedo traer un producto que tenemos en la cocina para las manchas que…

—¡Estoy bien!

Lo dijo demasiado alto. Se le escapó. Sara se sintió mal de inmediato, bajó la mirada.

—Es un imbécil —dijo el camarero.

—¿Cómo?

—Su novio, o quien la haya dejado plantada. Hay hombres que no saben lo que…

—¿Por qué asumes que se trata de un hombre?

Se le ocurrió de repente, y funcionó. El camarero se alejó levemente ruborizado. Y ella se quedó sola con sus pensamientos, ninguno de los cuales le agradaba en aquel momento. Tardó en comprender que la principal causa

de su malestar era el plantón, no el Gris o su gato, lo que significaba que la cita era más importante para ella de lo que había supuesto.

—¡Mamá, un viejo se está desnudando en la calle delante de un niño!

Una niña, que mantenía abierta la puerta del restaurante, le hacía gestos a su madre para que saliera a mirar. Varias personas se levantaron de las sillas y estiraron el cuello hacia el ventanal que daba a la calle.

Sara se dejó llevar por la curiosidad. Efectivamente, había un hombre mayor, grande, con pinta de motero que… ¡Harley! ¡No había muerto! Estaba allí, en medio de la calle y tenía en las manos su… Sara cerró los ojos en un acto reflejo. Entonces, recordó que la chiquilla le había dicho a su madre que el viejo se desnudaba delante de un niño.

Mientras se apresuraba hacia la puerta imaginaba quién lo acompañaba. Era la clase de escena que acostumbraba a protagonizar Diego, incapaz de no armar jaleo dondequiera que fuese. Se tropezó con una pareja que entraba justo en ese momento. Sara pronunció una disculpa y salió tan rápido como pudo.

Pero el Niño y Harley acababan de irse. Alcanzó a verlos tomar una curva a demasiada velocidad. El Niño iba colgado de las melenas grises de Harley. No llevaban la dirección del cementerio. Se preguntó si tendrían un nuevo caso, dónde estarían el Gris y Álex, y… No quería pensar en ello. Daba igual de qué se tratara, acabarían matando a alguien. El temblor de la mano reapareció. Sara la enterró en el bolsillo, maldijo su incapacidad para apartar sus pensamientos de ellos. Si se llegara a enterar de que al Niño le había sucedido algo y que ella no había estado para intentar evitarlo… No quería ni imaginar el impacto que le causaría una noticia semejante. El Gris, Álex y sus intrigas ya no le interesaban, pero no podía desprenderse de Diego sin más.

—Maldito seas, Niño —susurró mientras se acercaba a la carretera en busca de un taxi.

Debería irse a casa a planear cómo se iba a vengar del plantón. En lugar de eso, era consciente de que lo más probable era que acabara enredada en otra de aquellas misiones de las que nunca salía nada bueno.

No se sorprendió al encontrarse con el gato negro en el interior del taxi. Lo acarició, se maravilló del verde de sus ojos. No podía evitar que le gustara, a pesar de lo que significaba aquel felino. Lo tomó en sus brazos.

—Voy con el Niño —susurró en su oreja.

El animal frotó la cabeza contra su barbilla y siguió con el ritual gatuno de petición de mimos: se arqueó, ronroneó de modo sonoro, le clavó las uñas en la pierna mientras se retorcía de gusto en sus brazos.

Cuando se detuvieron en un semáforo, Sara bajó la ventanilla. El gato saltó fuera con agilidad y sigilo. Lo vio deslizarse entre los coches que estaban aparcados y desaparecer por el hueco de una alcantarilla.

El resto del trayecto hasta la tienda de los brujos se le pasó en un suspiro, absorta en las propiedades de los gatos del Gris. No se preocupó por si el Niño estaba allí hasta que cruzó la entrada. No se le ocurría otro lugar donde buscarlo. En el peor de los casos, allí sabrían su paradero.

El brujo de la tienda se negó a proporcionarle información sobre Diego, por tratarse de un cliente importante para ellos, cuya confianza no podían traicionar.

—Soy su amiga —explicó Sara—. Es un crío así, bajito, con un lunar en la barbilla, bocazas… Es imposible que no sepas de quién hablo.

El brujo se limitó a encogerse de hombros.

Sara bajó a la taberna, segura de que andaría por allí montando algún escándalo.

No importaba la hora, siempre había gente en aquel lugar. La rastreadora tuvo cuidado de no leer a nadie cuando, inevitablemente, se vio zarandeada por varias personas de camino a la barra. No quería ser indiscreta ni meterse en un lío. Y tampoco tenía el menor interés en entablar conversación con ningún cliente.

Un brujo regordete se subió a un taburete y la observó desde detrás de la barra.

—¿En qué puedo servirte?

Sara todavía miraba a su alrededor, tratando de localizar al Niño, aunque sin éxito.

—Un refresco, por favor.

Le sirvieron una de aquellas bebidas extrañas, de color púrpura, con una capa de espuma que manaba humo. Estaba fría, y muy buena.

Tuvo ganas de preguntar acerca de los ingredientes, pero ya había aprendido que los brujos no se lo dirían.

—¿Aquí se puede comer algo?

La bebida le había abierto el apetito y como se había saltado la comida por culpa del plantón, el estómago le rugía.

—Naturalmente —contestó el brujo un tanto ofendido—. Sígueme.

El brujo, a pesar de su cuerpo redondo, se deslizó con facilidad entre los clientes. Sara tuvo problemas para no perderlo de vista. Se acordó de la primera vez que tuvo que seguir al Niño por las calles del Rastro.

En una pared, el brujo repasó una runa. Aparecieron dos puntos de luz a la altura del suelo trepando por el muro; trazaban dos líneas paralelas que se unieron en el centro tras dibujar un arco. Quedó delimitada una zona que se volvió medio transparente. El brujo invitó a Sara a pasar primero.

La rastreadora no sintió nada al atravesar lo que hacía un instante había sido una pared sólida. El otro lado parecía un reflejo de la taberna. El mismo espacio, el mismo estilo, la misma iluminación. La única diferencia era que allí había mesas para comer, de madera gruesa, redondas. Eran las mesas más limpias que Sara había visto en las dependencias de los brujos. Si se esforzaba, hasta podría establecer semejanzas con un restaurante de verdad. Aunque los clientes no ayudaban en eso, resultaban demasiado diversos. Algunos llevaban trajes elegantes y otros estaban medio desnudos. Sara se acomodó en una esquina apartada.

Aceptó la recomendación del brujo que la atendió y probó un plato cuyo único ingrediente reconocible era el arroz. Le encantó, incluso se olvidó de preguntar si tenían vino normal y corriente.

Mientras disfrutaba del almuerzo, se fijó en que los brujos que se encargaban del restaurante llevaban todos guantes de látex.

Con el estómago lleno y calentito se sintió mejor. Habría sido perfecto si un eructo nauseabundo no hubiera retumbado cerca de ella.

Se le revolvieron las tripas.

El puerco era una aberración, un tipo grande que comía sin el menor atisbo de educación. Metía la cara entera en el plato de arroz, sorbía y eructaba. Era como ver a un cerdo gigante vestido como un motero.

Un momento…

—¡Harley! ¡Eres tú!

Sara corrió a sentarse a su lado. Harley no le prestó atención, había vuelto a sumergir la cara en el plato de arroz. La rastreadora tuvo que esperar hasta que la sacó.

—Creía que estabas muerto.

—Estaba con No-luz.

—¿Y el Niño? Lo vi contigo. ¿Ha venido también?

—Niño sucio.

Harley extendió el brazo y agarró a un brujo que pasaba a su lado.

Lo alzó como si fuera un muñeco y lo acercó a Sara.

—Ese no. Suéltalo, Harley. Me refería a Diego. —El motero se quedó inexpresivo—. Ya sabe: bajito, con un lunar en la barbilla, pelo castaño…

—¡Brad Pitt!

Sara había olvidado ese detalle.

—Sí, ¿sabes dónde está? No temas, soy amiga suya. ¿Me recuerdas, Harley? —Por un momento temió que sucediera lo mismo que con Plata—. ¿Sabes quién soy?

—Pibita. —Harley le guiñó un ojo.

—El Niño no es una buena influencia, Harley. No te recomiendo que imites sus expresiones. ¿Dónde está el Ni… Brad Pitt?

—Con los sucios. Arriba.

Sara se marchó de inmediato. Subió las escaleras de dos en dos. Y se dio cuenta de que se había perdido. Había salido por una puerta normal, no atravesando la pared, como al entrar en el comedor. Ahora veía puertas por todas partes que no le sonaban de nada.

Preguntó a un brujo que se acercó con un farol en la mano.

—A la derecha, luego subes dos puertas, izquierda, todo recto, subes y ahí está la tienda.

En algún momento se despistó y olvidó las instrucciones, aunque al final, sin saber cómo, logró dar con la tienda.

—Nada de demonios, ni vampiros, ni fantasmas, ni ninguna otra criatura de mierda. —Era la voz del Niño, que provenía de la sala de al lado—. Eso

fue lo más jodido que me ha pasado últimamente. Para que entendáis lo dura que es mi vida.

Sara descorrió una cortina guiada por la voz de Diego. Había al menos treinta brujos sentados en el suelo y sobre algunos muebles, en completo silencio, observando al Niño, que gesticulaba de manera exagerada mientras les contaba algo que mantenía su atención. La rastreadora decidió esperar a que concluyera porque le había mordido la curiosidad de saber qué era aquello tan terrible que le había sucedido al Niño.

—Bueno, ¿qué? ¿Os ha molado, enanos?

Una bruja pequeñita levantó la mano.

—La última historia no daba miedo.

—¿Cómo te atreves? —Se ofendió Diego—. Bah, ¿qué sabréis vosotros? Cuando le hayáis visto la chorra arrugada a un viejo gigante en mitad de la calle, entonces hablamos. ¡Y se la tuve que ver dos veces! Anda y que os den a todos. No apreciáis las tremendas dificultades por las que… ¡Sara!

—¡Niño!

—Se acabó, enanos. La próxima vez os contaré cuando un nigromante, feo de cojones, me disparó en toda la jeta. —Diego se acercó a la rastreadora con gesto enfadado. Los brujos se dispersaron en silencio—. Desagradecidos… ¿Cómo lo llevas, tía?

—¿En qué andas metido ahora, Niño?

—¿No te has enterado? Pues verás… Eh, no, no, de eso nada. Primero dale a la lengua y cuéntame lo de tu cita. —Diego chasqueó la lengua y le dio un toquecito con el codo—. Alguien se lo ha pasado bien, ¿eh? ¿Qué tal es el mago en la cama?

—¡Niño!

—¿Qué pasa? Por Dios, no me digas que eres una de esas estrechas que no se acuestan con alguien hasta que…

—No pienso contarte nada de eso —le cortó la rastreadora.

Diego se cruzó de brazos.

—Pues yo tampoco.

Parecía realmente ofendido. Sara contuvo una carcajada.

—Quiero tener vida privada, ¿lo entiendes? No quiero mezclarla con lo que hacemos nosotros. Solo intento ser feliz. Te he echado de menos, Niño.

Sara abrió los brazos. Diego no tardó ni medio segundo en rodearla con los suyos.

—¡Yo también quiero que seas feliz! ¡Lo juro! Solo dime si te trató bien.

La rastreadora le apartó con brusquedad.

—¿Te ha mordido un vampiro?, —preguntó mirándole el cuello—. ¿Y qué pinta Mario en todo esto?

—¡Me has engañado!, —protestó el Niño—. ¡El abrazo era solo para rastrearme!

—Es cierto que te echaba de menos. —Se defendió Sara—. Vamos, no te enfades. Sabes que me lo ibas a contar de todos modos. Y solo he visto una parte de una conversación que tuviste con el Gris y con Álex.

—Bueeeeeeno, está bien. —Cedió Diego. Sara ya había anticipado que el Niño, en realidad, se moría de ganas de hablar—. Te lo contaré, pero solo porque eres tú, ¿eh? Y si luego digo que las tías sois cotillas, no te rayes conmigo. Llevo todo el día rajando. Una bruja perversa me ha manipulado para que les contara algunas batallitas. ¡Y yo también quiero que me cuenten historias!

—¿Qué quieres saber?

—Quiero saber dónde se ha metido el pirado de Plata.



3

Ahora Sombra apestaba.

No le había quedado más remedio que meterse en un contenedor de basura y enterrarse bien hondo entre la inmundicia. La paliza que le había propinado el motero le había restado fuerzas para ir más lejos, y ahora no podría enfrentarse ni a un bebé desnutrido. Para continuar, debía esperar a la puesta de sol. No podía imaginarse soportando de nuevo la luz del día, aunque fuera indirecta.

El tormento físico que padecía era muy superior al hedor allí dentro. Estaba hecho un ovillo en el fondo, cubierto de residuos podridos y excrementos, en contacto con la piel quemada, ardiendo.

Corría un gran riesgo al quedarse tan cerca del cementerio. El Gris podría encontrarlo y acabar con él, pero no tenía otra alternativa.

Su capacidad para moverse era tan reducida que consideró la idea de dejar que el camión de la basura lo recogiera cuando viniera por la noche y lo alejara de aquella parte de la ciudad.

Aquel motero le había llenado de confusión. Sombra no podía pensar con claridad a causa del dolor, pero tenía que ser un miembro del grupo del Gris. Lo contrario implicaría una casualidad demasiado grande porque era obvio que no se trataba de un ser humano corriente.

Sombra contaba con enemigos, sin duda, había cometido suficientes asesinatos como para motivar alguna venganza. Pero de ser ese el caso, sería demasiada suerte que el motero le hubiera encontrado justo después de que el

sol lo hubiera dejado medio muerto. No, esa hipótesis no lo convencía. Debía de tratarse de alguien relacionado con el Gris. Sin embargo, había investigado a su grupo y ese viejo no había aparecido en ninguna de sus pesquisas. Y luego estaba el hecho de que el motero no había aprovechado la oportunidad de eliminarle. Lo cierto era que ese hombre no parecía estar bien de la cabeza; la pregunta sobre Brad Pitt estuvo completamente fuera de lugar. Tendría que informarse mejor sobre él y, cuando se restableciera del todo, matarlo. El Gris era bastante peligroso por sí mismo como para añadir sujetos de los que no sabía nada.

Un par de veces se abrió la tapa del contenedor y le cayó más basura encima. Pero faltaba poco para la puesta de sol, lo sentía, todos los vampiros contaban con esa capacidad de percepción, el mecanismo de supervivencia más elemental para ellos.

Algo chocó contra el contenedor, que se tambaleó con violencia.

Un segundo golpe lo volcó. Sombra logró quedarse en el interior, al borde, mientras las bolsas de basura rodaban hacia fuera. Escuchó pasos. Le habían encontrado. Si no, se trataba de otra increíble coincidencia. El Gris había sido concienzudo y había triunfado. No importaba qué miembro de su equipo hubiera dado con él, ahora no podría hacer frente a nadie. Nunca pensó que moriría de aquel modo tan humillante, entre los desperdicios, apestando, indefenso.

Asomó el rostro de un hombre con camisa azul que olfateaba con insistencia. Soltó varios manotazos para esparcir la basura a los lados hasta que agarró la pierna de Sombra.

—¡Ajá! Una buena nariz es algo indispensable.

Tiró con la fuerza suficiente para arrastrar a Sombra fuera. El sol estaba muy bajo ya, y el propio contenedor proyectaba una sombra muy alargada sobre él. El vampiro decidió que antes de morir soltaría un último mordisco. No caería sin luchar.

Justo cuando Sombra trataba de levantarse, el hombre le cayó encima, sobre el estómago.

—¡Maldición! —Gruñó aquel tipo. Luego agarró al vampiro por el cuello —. Disculpa mi torpeza. ¿Dónde está? ¡Dímelo!

Sombra se había quedado sin aliento y aún lo tenía encima de su estómago, por lo que no podía hablar. No obstante, estaba tan asombrado que,

aún de otro modo, se habría quedado mudo. La camisa azul del hombre era parte de un uniforme de policía. De su cinturón colgaban una pistola y una porra negra.

—¿Dónde ha ido? —Se impacientó el policía—. Reconozco el olor del fuego de dragón a kilómetros de distancia. Y esas quemaduras… Te atacó, ¿verdad?

Sombra había oído hablar de Plata, aunque nunca se había tropezado con él o, mejor dicho, con uno de los cuerpos que iba ocupando. Podría haber pensado que se trataba de un chiflado, pero su peculiar obsesión con los dragones permitía su inequívoca identificación. Acostumbraba a seguir al Gris, según tenía entendido, pero no parecía un miembro del grupo como el resto. Además, se había convertido en su única esperanza de salir vivo de allí.

—El dragón… huyó.

—Condenada bestia. —Rumió Plata—. ¿En qué dirección se marchó?

Alzó la cabeza hacia el cielo como si aún fuera posible verlo volando por la zona.

—Fuera de la ciudad… A las montañas… Te llevaré.

—Excelente, amigo mío, excelente. —Se relamió Plata—. Ven, por aquí. —Levantó a Sombra de un tirón y casi de inmediato desplegó un paraguas—. El sol no debe darte en esas quemaduras tan horribles. Suerte que tenía un paraguas, ¿verdad? Puedo prepararte un ungüento especial para aliviar el dolor. Lo inventé yo mismo. Solo necesito orina de…

—Estoy bien —se apresuró a decir el vampiro—. El dragón escapará si no…

Plata lo estrujó contra su pecho, cosa que dolió más de lo que cabía esperar.

—Qué noble sacrificio el tuyo. Anteponer la caza de la bestia a la propia sanación. Bien, vamos allá. Mi coche está ahí mismo. Confieso que se me daban mejor los carruajes, las persecuciones a galope tendido. Ah, qué tiempos. Pero no te preocupes que me he adaptado a la era moderna. Entra, vamos. Irás más cómodo en la parte de atrás. ¡Uy! Perdón, creí que habías agachado la cabeza.

Sombra se desplomó en el asiento trasero del coche de policía. Y hubiera perdido un par de dedos como mínimo si no hubiera retirado la mano a

tiempo cuando Plata cerró la puerta. Se movía como un borracho. Resbaló dos veces mientras rodeaba el coche patrulla para llegar al lado del conductor, una de ellas se agarró a un espejo retrovisor y lo arrancó. Se le cayeron las llaves antes de poder arrancar y se golpeó la cabeza contra el volante cuando se agachó para recogerlas. El vampiro se preguntó si llegaría vivo a alguna parte con aquel sujeto al volante.

Plata requirió varios intentos para arrancar el coche, intercalados con maldiciones a los artilugios modernos y alabanzas a los caballos como medio de transporte. Cuando lo logró, se topó con el problema de meter la marcha, y después, se caló el coche y se apagó el motor.

—Estoy excitado por la caza del dragón y no se me había ocurrido antes —se reprobó a sí mismo.

Entonces dibujó una runa en el salpicadero y el motor se puso en marcha con suavidad. La frustración de su rostro dio paso a una expresión de felicidad.

—¡Allá vamos!

Pisó el acelerador. El coche salió marcha atrás y chocó contra el contenedor de basura. Pintó algunos trazos más. A sabiendas de que no podía hacer nada al respecto, Sombra cerró los ojos y se tumbó, cubriéndose con el paraguas. Su suerte dependía del que probablemente era el peor conductor del mundo y prefería no mirar.

El trayecto estuvo colmado de pitadas de otros vehículos, bandazos bruscos de un lado a otro, chillidos de peatones y tumbos colosales. Plata parloteaba sin cesar sobre el dragón que perseguían, ajeno al caos que su manera de conducir generaba a su paso. Hablaba de vender las escamas, los cuernos y organizar un festín con carne de dragón una vez lo hubiera cazado.

Sombra, resignado y dolorido, decidió aprovechar el tiempo para evaluar sus posibilidades. Su mayor preocupación no era el Gris en aquellos momentos, sino Vela, su dueña. Sin duda habría percibido su dolor y sabría que algo se había torcido. Le sorprendía que aún no hubiera ido en su búsqueda. Cabía la posibilidad de que pensara que Sombra había logrado someter al Gris y que interpretara el dolor como el resultado de una pelea entre ellos. Aunque dudaba que Vela no hubiera reconocido el tormento que producía la luz del sol. O tal vez estaba muy ocupada con un asunto de la mayor importancia, aunque no se le ocurría cuál. De cualquier modo, aquella situación no tardaría en cambiar. Vela lo encontraría a menos que se ocultara

y, una vez que supiera lo sucedido, mataría a su familia como represalia. Le había dicho a Sombra en numerosas ocasiones que debía romper su nexo con los humanos, a lo que él se había negado. Ahora ella terminaría con ese problema por la vía rápida.

Sombra necesitaba tiempo para poder avisarlos, debía esconderse para que Vela se entretuviera buscándolo a él y no a su familia. Al mismo tiempo tenía que evitar al Gris, que no perdería la oportunidad de rematarlo. Estaba desesperado. Y solo había un lugar en el que no lo encontrarían.

Le dio a Plata las indicaciones para que lo condujera al único sitio en el que nadie buscaría a un vampiro.



—Gracias por venir, Gris —saludó el cura—. Por favor, pasa.

Se retiró de la puerta y le invitó a entrar en la parroquia con un gesto lleno de respeto. El Gris avanzó en silencio con la gabardina ondeando a su espalda, impasible a la deferencia del sacerdote. Había más curas en el interior, formando un pasillo que llevaba hasta el altar en el centro, donde aguardaba un obispo flanqueado por dos centinelas.

Reconoció a Edgar. El otro era una mujer joven que no le sonaba de nada.

Al Gris no le gustaba aquel aire ceremonial. Cada uno de los curas sostenía una vela que iluminaba el camino por el que avanzaba. No se dejó engañar por tanta cortesía. No recordaba una sola vez que hubieran tenido atenciones para él en una iglesia. Lo más probable era que los curas representaran aquella escena para que el Gris estuviera controlado en todo momento y no pudiera deambular por el lugar a su antojo.

Se detuvo a dos pasos del obispo y sus centinelas. El protocolo era arrodillarse o puede que besar la mano al obispo, no estaba seguro. Y le daba

lo mismo. Volvió el rostro hacia Edgar.

—Bienvenido, Gris —comenzó el obispo—. Se agradece tu presteza en acudir ante nosotros. Tengo un mensaje para ti de la máxima importancia. Si me permites…

—No lo permito —atajó el Gris sin mirarle siquiera.

El obispo se quedó visiblemente sorprendido. Se irguió para recobrar la compostura.

—El mensaje proviene directamente de Mikael —informó.

—Mayor razón para ignorarlo.

El Gris seguía con la atención puesta en Edgar. El obispo ardió de indignación.

—¿Cómo te atreves? Has acudido a nuestra llamada, luego sabías que…

—He venido a hablar con él. —El Gris señaló a Edgar—. No contigo. —Ahora sí miró al obispo—. No eres nadie para mí. No me importa a quién creas representar o servir. No nos conocíamos, así que era necesaria una presentación para que sepas a qué atenerte conmigo. La presentación ha terminado.

Era probable que nadie le hubiera hablado así en toda su vida. Los obispos eran los únicos que trataban directamente con los ángeles, salvo contadas excepciones. Gozaban de toda clase de privilegios, de reconocimiento y, sobre todo, de respeto. Había quienes pensaban que eran elegidos directamente por Dios para ocupar esos puestos. Una estupidez que solo los idiotas se podían creer. Entre esos idiotas siempre había alguno más susceptible de lo normal, que interpretaba como un insulto incluso elevar la voz ante un obispo, o calificar de herejía un trato como el que el Gris le había dispensado en su propia iglesia, después de haber sido invitado y recibido en persona por él.

El idiota, en esta ocasión, resultó ser la centinela. La mujer dio un paso hacia el Gris de inmediato. La gabardina negra se onduló por el lado derecho y al acto un cuchillo desgastado y sucio apareció a dos centímetros del cuello de la mujer. El Gris lo sostenía mirando al obispo.

Edgar se acercó.

—No lo hagas, Gris. Me obligarás a detenerte.

—Tú decides —le dijo el Gris al obispo, quien se mostró reacio a hablar y mantuvo los labios apretados, sopesando las posibilidades—. Te lo pondré más fácil. —El Gris retiró el cuchillo y lo ocultó en el interior de la gabardina —. Me voy y Edgar me acompañará. Sigue así de callado y no habrá problemas.

La centinela no le quitaba el ojo de encima. El Gris se giró y se marchó. Algunos curas dieron un paso atrás cuando pasó entre ellos.

Edgar lo siguió un instante después.

—Me pones en un compromiso, Gris —le dijo cuando le alcanzó.

Se desviaron a la derecha y bajaron por unas escaleras.

—Detesto todo ese ritual y no tengo intención de tratar con el obispo, así que espero que haya captado el mensaje.

—De eso no me cabe duda —dijo Edgar—. El mensaje…

—No hablemos de Mikael, Edgar. He venido por ti, porque me has dicho que era importante. Deja al ángel fuera de esto.

—Lo siento. —Se lamentó el centinela—. Pero me cuesta entenderlo. Te salvó, Gris, te absolvió cuando no había ningún santo para hacerlo.

—Y no quieres saber por qué lo hizo.

—Sí quiero.

—No, no quieres. Para empezar, no me creerías. Ya hemos pasado por esto y ninguno convencerá al otro respecto a los ángeles. Yo lo acepto, pero si insistes por ese camino no podremos entendernos más.

Entraron en una pequeña biblioteca de techo bajo.

—Yo también acepto tus opiniones, Gris, lo sabes, aunque no las compartamos.

—Pues entonces, dejémoslo. Tu Dios y tus ángeles no tienen nada que ver conmigo. Te estoy protegiendo. Si supieras lo mismo que yo, tal vez tu mundo se desmoronaría.

—De acuerdo, pero…

—Aquí no —le cortó el Gris—. No me fío de este lugar.

Señaló un espejo que ocupaba la mitad de la pared opuesta a la entrada. Edgar sacudió la cabeza.

—No estoy seguro de que debamos.

—Aquí no hablaré —dijo tajante el Gris.

El centinela sacudió la cabeza.

—Está bien.

Se acercó al espejo. Con una estaca repasó la superficie, siguiendo el trazo de una runa. El Gris observó con atención cómo el espejo se volvía transparente y dejaba a la vista un corredor al otro lado.

Entraron y el espejo se opacó tras ellos. El corredor parecía un túnel revestido de mármol con el techo abombado. No se correspondía ni en los materiales ni en las dimensiones con la parroquia que había al otro lado del espejo. En realidad, que el Gris supiera, no se correspondía con ninguna construcción realizada por el hombre. Lo que parecía mármol no lo era en realidad. Se trataba de un material que provenía del entorno de los ángeles y no era posible manipularlo sin que ellos lo consintieran.

Pasaron ante varias puertas, algunas dobles, todas altas, hasta que Edgar abrió una de ellas y le invitó a entrar.

—No debiste tratar así al obispo —dijo el centinela—. ¿Se te ha ocurrido que hay gente que te odia y no tiene nada que ver con tu peculiar situación? No lo pones fácil para hacer amigos.

El Gris permaneció de pie frente una mesa de piedra.

—Yo no puedo tener amigos. No es culpa mía.

—Y no te importa.

—Tampoco eso es culpa mía.

No había ventanas. Unas antorchas ancladas a las paredes iluminaban más que cualquier sistema eléctrico. Debía de ser natural, porque el Gris no proyectaba sombra alguna. Permaneció de pie, inquieto. No le gustaba aquel lugar.

Edgar tampoco tomó asiento, paseaba.

—Hay un problema con el padre Jorge. El Gris no esperaba hablar de eso.

—Mío no.

—Indirectamente, te afecta. —Le contradijo el centinela—. Hace poco lo entregaron en una iglesia, pero de un modo… inesperado. Todavía es un bebé,

aunque se desarrolla mucho más deprisa que un humano corriente. El problema es que quien nos lo trajo fue un demonio.

—No veo qué relación tiene todo eso conmigo.

—Es el mismo demonio que te enseñó a tomar almas.

—¿Nilia? No le debo nada, ni ella a mí. Y no sé quién es su amo, si es lo que quieres que te diga.

—No es eso. Y sé que no me lo dirías si lo supieras. —Edgar se aclaró la garganta—. Los santos han deliberado y van a expulsar al padre Jorge. Han decretado que no es de confianza.

—¿Y te sorprende?

—Conozco tu opinión sobre los santos, pero esto es diferente. Le repudiarán y sabes que…

—No, Edgar, no vayas por ahí. Jorge no es asunto mío y los santos tampoco. Les vendrá bien aprender de sus estupideces.

—El padre Jorge murió porque prefirió quedarse por si le necesitabas.

—Yo no se lo pedí. Y, viendo que sobreviví sin su ayuda, está claro que cometió un error.

—Pero su intención…

—Yo le conocía mejor que tú, Edgar. Me martirizaba con sus sermones cada vez que me confesaba. Intenté convencerlo mil veces de que yo no era lo que él creía. No tengo un destino glorioso ni hay un plan divino que me guía. Eso sirve de material para los cuentos. Sabes perfectamente lo que he hecho y lo que me queda. No es culpa mía que Jorge fuese idiota. A lo mejor, esta vez, cuando crezca, por fin entiende cómo funciona el mundo real.

—Él creía en ti, Gris. No tienes consideración con alguien que, equivocado o no, se dedicó a ti por completo.

—Eso es una mentira perversa que no pienso aceptar. Jorge se dedicaba a lo que pensaba que yo represento, no a mí. Nunca le importé yo por quién soy o podría ser si recupero mi alma. Solo le importaba la existencia de un ser sin alma y sus implicaciones. Se habría dedicado a ti, si te hubieran robado la tuya. Asúmelo. Era un interesado más, como todos, como yo mismo. Que crea percibir a Dios lo convierte en más imbécil todavía que nosotros, porque yo

no veo que así le haya ido mejor, así que de qué le sirve ese sentido tan maravilloso.

—Él puede renacer.

—Para mí eso sería un inconveniente, no una ventaja.

—Es evidente que me equivoqué al acudir a ti. Pensaba que como ya has pasado por esto con otro santo… ¿Por qué el padre Jorge es diferente?

—Eso fue una excepción que no se repetirá. En aquella ocasión, no te vi tan preocupado cuando los santos se negaron a ayudar a uno de los suyos. Te devuelvo la pregunta, ¿por qué el padre Jorge es diferente? No te molestes. ¿Sabes?, no te he mentido, pero esto es personal. Óyeme bien: personal. No se lo perdonaré a los santos por mucho que me confiesen y no ayudaré a Jorge. Yo no he creado ese problema y no voy a solucionarlo. Tú también estabas allí, Edgar, y tampoco ayudaste en aquella ocasión.

—No me culpes, sabes muy bien por qué no pude intervenir.

—Y no te culpo, solo quiero que entiendas por qué no voy a involucrarme en esto.

—Te entiendo, pero no lo comparto. No puedo.

Por eso funcionaba su relación, porque se entendían mutuamente.

—Me sorprende verte tan abatido por este asunto —dijo el Gris—. Tal vez seas de las pocas personas que ayudaría por voluntad propia, pero, conmigo, el padre Jorge correría más peligro. Olvídalo y… Un momento. Vas a hacerlo tú, ¿verdad?

—Esta vez será diferente por la supuesta vinculación del padre Jorge con Nilia, incluso han llegado a pensar que por eso te confesaba, para llegar hasta ella.

—Absurdo.

—Lo sé, pero los demás santos no piensan igual. No pueden matarlo, pero algo traman y yo tendré que salvarlo.

—Mikael no te lo perdonará y lo sabes. No lo hagas, Edgar, o serás tú quien acabe muerto o algo peor. Conozco a ese ángel mejor de lo que crees.

—No te ofendas, pero tú ves las cosas desde tu particular situación y no puedes aceptar lo que no eres capaz de comprender. Yo sí creo en los ángeles

aunque no pueda entender todas sus decisiones. Cumplen una orden de Dios, y no voy a dudar ni aunque decidan acabar conmigo.

—Sin duda eso nos diferencia más que cualquier otra cosa —dijo el Gris —. No me ofendes en absoluto. Algún día yo también seré capaz de creer en alguien o en algo. Debo irme, Edgar. Piensa en lo que te he dicho. No te mezcles en el asunto del santo, que lo solucionen ellos.

—Espera, Gris, tengo otra petición que hacerte. Y no te va a gustar.

—Te escucho.

—Es sobre tu… misión actual. Quiero pedirte que te alejes de Sombra.

El Gris fulminó al centinela con la mirada.

—Hablas del vampiro que mató a tu querido padre Jorge, por si lo habías olvidado.

—Vino a verme y hablé con él.

—¿Cuándo?

—No vino por ti, sino por una visita que yo había recibido poco antes, de un conocido tuyo: Mario Tancredo.

—Dime que no creíste nada de lo que te dijera Tancredo.

—Dijo muchas cosas, Gris. Y me temo que no iban desencaminadas. No soy un ingenuo. —Se apresuró a decir el centinela. El Gris asintió porque estaba de acuerdo en que no lo era—. Mario no estaba interesado en Sombra sino en los vampiros en general y en una supuesta alianza que están ultimando con los magos. ¿Te suena?

El Gris sospechaba de esa posible relación entre magos y vampiros desde que Erik intentó disuadirlo de que no se acercara a Sombra. Justo lo mismo que ahora intentaba Edgar, lo que implicaba a los centinelas. Demasiados intereses se estaban cruzando. No le sorprendería que antes o después también tomaran parte los demonios y los licántropos. Si el conflicto seguía ganando envergadura, no podría mantenerse al margen, ni él ni nadie.

—Algo he oído —admitió el Gris—, pero nada sólido. ¿En qué os afecta a vosotros?

—Mario insinuó que los centinelas nos estamos quedando rezagados en los asuntos que implican a las demás razas y que eso podría ser letal para

nosotros. No sé qué pensar, pero estar más informados no puede hacernos ningún mal.

El Gris no terminaba de entender por qué la postura de los centinelas le importaba a Mario Tancredo.

—¿Sabes qué persigue? Mario no os ayudaría sin una razón.

—Me la dijo sin tapujos. No te lo vas a creer, pero Mario aseguró que un día él estará al frente de los centinelas. Me desconcertó, lo admito. Es demasiado ridículo, pero Mario no es ningún estúpido.

—Por desgracia estoy de acuerdo en eso. Pero no tengo tiempo para Mario ahora. ¿Qué te dijo Sombra?

—Es todo un personaje. Tiene cierto encanto al hablar y supo conducir la conversación para sonsacarme dónde estaba Mario Tancredo.

—Te engatusó.

—No estoy seguro. —Dudó Edgar—. Desde luego, a Sombra se le dan mejor las palabras que a mí. Traté de averiguar si había algo entre vampiros y magos, pero no conseguí nada. Sin embargo, me enteré de un detalle que no me esperaba. Algo relacionado con su sobrina.

—¿Eva?

—Sí, esa niña es… especial. La investigué. Lleva una runa tatuada y ni siquiera lo sabe.

—¿Qué runa?

—Yo no la conozco. Lo curioso es que nadie podría grabarse una runa sin un dolor atroz, o incluso morir si se dan ciertas circunstancias. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—No quieres que a Eva le pase nada por estar entre Sombra y yo, ¿me equivoco? Eso ilustra la opinión que tienes de mí, Edgar.

—No pretendía insinuar eso.

—Tu opinión es acertada. No me detendré, ni por la sobrina ni por nadie.

—Por favor, Gris, déjala al margen.

—Sombra mordió al Niño, Edgar. ¿Por qué iba yo a contenerme?

El centinela dejó caer la cabeza con un suspiro.

—Entonces no hay remedio. Lo siento, no lo sabía.

—El Niño está vivo, pero eso no cambia nada.

El Gris se dirigió a la puerta.

—Entonces no está todo perdido. Gris, somos amigos y esto es importante.

—No somos amigos, Edgar. ¿Qué harías si Mikael te ordenara capturarme o matarme? Los dos lo sabemos. ¿Qué haría yo si me impidieras recuperar mi alma? No sé lo que somos, pero lo seremos solo mientras podamos. No depende de nosotros.

—Yo no lo veo así. Nunca te he pedido nada por tu condición.

—Lo sé, y te lo agradezco. Pero esto es lo más parecido a la amistad que puedo ofrecerte. Lo entenderé si para ti no es suficiente.

—Las relacionas nunca son equitativas. Siempre hay uno que da más que el otro. Por eso pasaré por alto que querías venir aquí para fijarte en la runa que he pintado en el espejo. Me di cuenta de cómo observabas. ¿Quieres contarme algo? No importa. ¿Dejarás a Eva al margen de tu disputa con Sombra?

—¿Te mantendrás al margen del padre Jorge y su problema con los santos?

Se miraron, asintieron. Luego se dieron la mano y el Gris se marchó sin que ninguno dijera nada más.



Sara llegó a la taberna con las piernas doloridas de subir y bajar escaleras. Le resultaba extraño que los brujos no instalaran ascensores, o runas que

suplieran ese esfuerzo. Esperaba que al Niño le hubiera ido mejor que a ella en la búsqueda de Sombra.

Aquel lugar siempre estaba abarrotado, pero tardó menos de quince segundos en encontrar a Diego. Estaba rodeado por un grupo y él sostenía en alto una jarra con un brebaje que servían allí. Los presentes alargaron el brazo y chocaron su jarra contra la de Diego.

Luego lo bebieron todo de un trago.

El Niño fue el primero en acabar y lo celebró con un sonoro eructo. Sus compañeros se rieron y abrieron un hueco por el que Sara pudo hacerle un gesto.

—Tíos, tengo que pirarme —anunció el Niño—. No os pongáis tristes, el deber me llama. Por favor, paso. Paso, cojones, que no soy tan pequeño. Gracias, majos. La próxima vez yo invito a alguna ronda, ¿eh?

Sara lo agarró y se lo llevó a un rincón aparte.

—Niño, ¿algún progreso?

—Eh, tía, ¿sabes cuánto ha costado esta camisa? Suéltame, que se está arrugando.

La rastreadora obedeció enseguida; temía enfrentarse a una rabieta de Diego.

—Bueno, ¿qué? ¿Has descubierto algo?

—¿Eh? —El Niño logró despegar la vista de las arrugas de la manga de la camisa y miró a Sara—. ¿Qué? Ah, sí, es cojonudo. ¿Sabías que los brujos tienen una sala de estética? Yo no. Voy ahora mismo a darme unos retoques en…

—¡Niño! ¡Estamos buscando al vampiro!

Diego se extrañó, se rascó el lunar.

—¿No lo has hecho tú? A ver, tía, ¿quién puede rastrear con solo tocar las cosas? Te daré una pista…

—Así que no has hecho nada —se desesperó Sara—. ¡Es increible!

—Casi encuentro a la brujilla que me vaciló antes, ¿sabes? Se me ha escurrido al doblar una esquina. Este sitio es un laberinto. Se va a enterar cuando la trinque.

—Está claro que tendré que encargarme yo.

—Vale, me voy a la sala de estética y…

—No tan deprisa. Antes cuéntame lo que dijo el Gris.

—Pero si ya me rastreaste la conversación —protestó Diego.

—Al Gris no se le puede rastrear.

—¿Entonces cómo sabes que estaba?

—Por las ausencias. Hay silencios en la conversación. Se nota que hay alguien hablando a quien no puedo ver ni oír y luego respondéis a comentarios que yo no he escuchado, así que es evidente que se trata de él.

—El vampiro me mordió. El Gris va a matarlo. Punto. No hay mucho más que saber de esta historia. Bueno, sí, que está achicharrado y que hay que encontrarlo cuanto antes, porque ahora estará intentando desaparecer y curarse.

—Te recriminó que lo curaras, ¿verdad? Y, si no lo entendí mal, Álex te defendió.

—Bah, no hablaba en serio. El Gris estaba de mala hostia porque Sombra se le había escapado. Es imposible que alguien se enfade conmigo.

—Niño, esto es serio. Tenemos que encontrar al vampiro, ¿vale? El Gris podría llegar a ser medio racional, pero si te ha mordido a ti… No quiero ni pensar lo que va a suceder. Las runas de los brujos interfieren en mis rastreos, pero voy a buscar debajo de cada piedra de este lugar.

—¡De puta madre! Yo voy a la sala de estética.



Sombra terminó de boca en el suelo por tercera vez. O puede que fuera la cuarta. Había perdido la cuenta de las ocasiones en que Plata, que cargaba con él mientras caminaban por el bosque, lo había arrojado a un lado para perseguir a un conejo, una ardilla o cualquier otro bicho que correteara por allí. Plata estaba convencido de que eran crías de dragones. Sombra había intentado razonar con él, pero no se le daba bien lidiar con la estupidez ajena.

Al menos hacía tiempo que había caído la noche. El aire era más frío en la sierra de Madrid, lo que le refrescaba un poco las quemaduras y su estado de ánimo mejoraba por la noche; además, se estaba acercando a su objetivo, incluso podría ser que ya hubieran llegado. El dolor le desorientaba.

El vampiro escupió una hoja seca y agarró una rama larga y gruesa que utilizó para levantarse.

—Condenados reptiles —bufó Plata, que regresaba al trote—. El próximo no se me escapará. Eres un guía excelente, muchacho. Este lugar está lleno de dragones. ¿Seguro que no quieres ser mi escudero? Te enseñaría el oficio y…

—Me quedaría solo cuando cambiaras de cuerpo —le cortó Sombra.

—Eso sería un inconveniente, cierto —convino Plata, pensativo—. Prosigamos, demos caza a la bestia.

Dio un paso hacia Sombra para cogerlo y pasárselo por el hombro de nuevo. El cuerpo de ese policía que había ocupado estaba muy en forma para poder pasear tanto tiempo por la montaña con un tipo a cuestas.

Sombra alzó la mano para detenerlo.

—Ya estoy mejor, gracias —mintió. Apoyó la rama en el suelo a modo de bastón—. Puedo andar solo.

No estaba seguro de poder recorrer mucha distancia por su propio pie, pero cualquier cosa era mejor a confiarse al cuidado de Plata. De no ser porque le había sacado de la ciudad, habría sopesado la teoría de que el Gris lo hubiera enviado para torturarlo, mental y físicamente.

Plata y su leyenda estaban resultando una de las mayores decepciones con las que Sombra se había topado. El vampiro se esforzaba en valorarlo, no como un pobre idiota obsesionado con los dragones, sino como el ser que, según tenía entendido, había existido desde siempre, desde el inicio del mundo. Así lo aseguraban los escasos vampiros que vivían desde los tiempos

en que podían caminar bajo la luz del sol, antes de que los ángeles los maldijeran. Como Vela, su dueña, quien le convirtió.

Casi ningún vampiro hablaba ya de Plata. Habían perdido el interés, a pesar de que estaba presente en los sucesos más significativos de la historia. Pero simplemente estaba allí, no parecía tomar parte, así que hacía tiempo que los vampiros habían dejado de intentar descubrir su papel en el mundo, si es que de verdad tenía uno.

El tipo era peculiar, eso era innegable. A Sombra le llamaba la atención que hablara sin tapujos de sus cambios de cuerpo y que lo ayudara precisamente a él, a un enemigo del Gris, al que siempre acompañaba. Sin embargo, no había manera de que dijera algo coherente. La inmensa mayoría de sus comentarios estaban relacionados con los dragones. Probablemente estaba loco.

Ya estaba en las montañas, lejos del Gris, el único lugar en el que nadie le buscaría. No iba a correr el riesgo de que Plata lo estropeara todo. Tenía que librarse de él.

—Creo que estoy agotado. —Sombra se detuvo y se apoyó en un árbol—. El cubil del dragón está ahí arriba, cerca de la cima.

—No digas más. —Plata siguió la dirección del dedo de Sombra—. Yo me ocuparé. Después de todo, solo un experto debe enfrentarse a tan temible amenaza. Volveré con un buen pedazo de carne y lo asaremos para comer. Ah, no, que tú prefieres chupar sangre. Entonces lo más apropiado…

Sombra dejó de escucharlo mientras se alejaba. Tardó más de lo que esperaba en dejar de oír su voz. Por lo visto, Plata podía hablar consigo mismo largo y tendido. El vampiro se preguntó qué pensaría el policía si Plata saltaba a otro cuerpo y se encontraba en plena sierra de Madrid, en mitad de la noche.

La luna brillaba sobre las copas de los árboles. No estaba seguro de la dirección que debía tomar, pero no podía quedarse allí. Si no alcanzaba su objetivo, como mínimo debía encontrar un lugar en el que resguardarse del sol cuando llegara el amanecer, y aún no se sentía capaz de recorrer una larga distancia.

Se dispuso a emprender el camino, apoyándose en la rama que usaba como bastón. Y entonces oyó un chasquido. Sombra miró alrededor para

confirmar sus sospechas. Allí estaban, dos globos amarillos que le apuntaban. Había llegado a su destino.

Los dos globos se movieron entre los arbustos, despacio.

Asomaron cuatro líneas blancas justo debajo; esos colmillos eran más largos que los suyos y mucho más fuertes. Luego, el gran hocico y dos orejas estiradas, en alerta. El contorno del hombre lobo se definió al situarse en un claro, bajo la luz de la luna.

Era enorme. El vampiro no le quitó los ojos de encima. Sabía que, al menos, había dos más detrás de él y otros dos a los lados. El chasquido había sido una advertencia, porque en el bosque, en su elemento, podían ser tan silenciosos como quisieran.

El vampiro arrojó a un lado la rama en la que se apoyaba y alzó las manos.

—Estoy solo e indefenso.

El licántropo no reaccionó. Una mujer cayó justo delante de él, de un salto largo y ágil. La ropa era escasa. Se irguió y acercó el rostro.

—Apestas, vampiro. —Le arrancó la sudadera de un zarpazo. Sombra quedó desnudo, su cuerpo abrasado al descubierto—. Olemos tus quemaduras desde kilómetros.

—No soy un señuelo ni una trampa. Me estoy muriendo.

—Pues ve a morir, vampiro —dijo ella—. Pero en otra parte. Este es nuestro territorio y conoces las reglas. Tienes cinco minutos para abandonarlo o te daremos caza.

—Irme significaría mi muerte de todos modos. He venido para quedarme entre vosotros.

La mujer quedó descolocada, como no podía ser de otro modo.

Era una petición insólita, imposible entre dos bandos enemigos. Por eso Sombra se arriesgó con los lobos: nadie le buscaría entre los chuchos.

—Tu nombre —ordenó la mujer lobo.

Sombra no había reparado en que su rostro debía ser irreconocible; lo que le llevó a preguntarse cómo lo habría identificado Plata.

—Sombra.

—El vampiro joven, el último que convirtieron, el asesino que nunca falla.

—En realidad fallé una vez no hace mucho, pero lo demás es cierto.

La mujer paseó a su alrededor. Sombra se mantuvo tan quieto como pudo, consciente de que en su estado no tenía más alternativa que someterse.

—Quizá tu ama no te enseñó bien, cachorro. Los chupasangres no son bienvenidos aquí. Los matamos si se acercan. Tú has llegado tan lejos porque te acompañaba Plata. Ahora márchate, es la última oportunidad que tienes.

Sombra tomó nota de averiguar más adelante que relación había entre los licántropos y Plata.

—Soy el más joven. Eso implica que no soy de aquella época, no formo parte de la guerra entre nuestras razas y tú tampoco. Ese conflicto no nos incumbe a nosotros.

—Es tarde para eso.

—Todos fueron sometidos —dijo Sombra—. No solo vosotros. ¿Por qué entonces nos guardáis tanto rencor a pesar de los siglos que han pasado desde entonces?

—El rencor es vuestro, vampiro. Porque os descubrimos antes que los demás. Cuando os impusieron la maldición, lo ocultasteis y conseguisteis mantener vuestro dominio durante casi otro siglo.

Nosotros descubrimos vuestra debilidad y alertamos al resto. Desde entonces nos culpáis de vuestra caída.

—Ni tú ni yo habíamos nacido. Es hora de pasar página.

—Ningún vampiro pisará estas montañas o lo mataremos. Con independencia de las consecuencias.

Sombra entendió que no era una amenaza vacía. No podría convencerlos de quedarse con ningún argumento. Pero en la ciudad, el Gris daría con él, pronto o tarde, en cualquier caso mucho antes del largo tiempo que necesitaba para sanar sus heridas.

—Puedo ofreceros…

—No haremos ningún trato con un vampiro.

—Ni siquiera me has escuchado. Deja que…

—Largo.

La mujer se puso tensa. Flexionó las piernas, lista para apartarse y dejar que sus compañeros, ya transformados, lo despedazaran. Aunque no había necesidad; ella podría derrotarlo con una mano en la espalda.

—Esto tenía que verlo —dijo alguien.

El vampiro giró la cabeza y vio a Mario Tancredo tomando asiento en una roca y mirándole con descaro.

—Te advertí que no estabas a la altura —se burló—. Yo no soy un asesino experto e infalible como tú, pero no parece que hayas tenido una gran idea viniendo aquí a ocultarte.



Sara encontró a Diego con Harley, observando los tatuajes del motorista.

—Pero… ¡Niño! ¿Qué te has hecho?

Diego se volvió tan rápido que perdió el equilibrio y a punto estuvo de caerse.

—¡Coño! Qué susto.

La rastreadora se acercó y le miró con una mezcla de asombro, lástima e incredulidad.

—¿Pero qué te has hecho?

—Te mola, ¿eh? —El Niño alzó la barbilla y se pasó la mano por el cabello—. Lo sé, lo sé, estoy todavía más bueno. Y es porque ya no parezco tan niño. Se acabó ese rollo de «qué mono es», «qué rico». Por fin tengo un aspecto serio. Venga, dilo, no te cortes. ¿Estoy o no estoy bueno que te cagas?

Diego se colocó de perfil, miraba de reojo a Sara en espera de una respuesta. A la rastreadora no le gustaba mentir al Niño porque no le parecía justo, pero su última ocurrencia la estaba poniendo a prueba.

Diego se había teñido el pelo de color blanco. Lo cierto era que el estilo se podía considerar moderno. Había gente que lo había adoptado en los últimos tiempos, sobre todo jóvenes. Pero en el caso del Niño era obvio que se había visto influenciado por el Gris.

Sara todavía tenía la boca abierta cuando Harley se levantó y soltó un rugido que le dejó un pitido en los oídos.

—¡Estás de puta madre, tío!, —gritó el motorista.

Mantenía su tono monótono y simplón, pero se apreciaba lo que para Harley debía de ser entusiasmo, sobre todo por el volumen que había empleado. El Niño le abrazó de inmediato. A Sara le daba miedo la pareja que formaban esos dos. Y al mismo tiempo le arrancaban una sonrisa. Uno era un niño; el otro un hombre mayor. Uno era pequeño y delgado; el otro grande y gordo. No podían ser más diferentes en cuanto al físico. Y en cuanto a sus personalidades… Ahí estaba el auténtico problema. El Niño era… peculiar, eso no podía cambiar, pero Harley, quien desde luego no daba muestras de poseer una inteligencia normal, parecía haber cogido cariño a Diego y trataba de emularle. A Sara no se le ocurría un modelo peor que imitar si aspiraban a no meterse en líos.

Sara empezó a creer en la teoría de que el Gris proyectaba una energía invisible que atraía a gente extraña. Solo faltaba Plata para completar el trío y no habría nadie capaz de seguir las conversaciones entre ellos. Luego estaba el asunto de los secretos. El Niño aún no le había contado la causa de que lo maldijeran, nadie podía precisar quién o qué era Plata. Y Harley… De Harley no sabían absolutamente nada.

—Estás muy guapo, Niño —dijo Sara, algo molesta—. Y, mientras te tomabas tan en serio la misión, ha ocurrido que no he dado con el vampiro. O se esconde muy bien o no está aquí. ¿Quieres que vayamos al parque de atracciones o prefieres hacer algo productivo?

—Vaya. Sí que estás molesta, y eso que tienes novio. Para tu información, nena, el Gris ha encontrado ya al vampiro.

—¿Y no me lo habías dicho? —La rastreadora tuvo que reprimir las ganas de estrangular al Niño. Llevaba horas rastreando cada rincón de aquel

laberinto subterráneo que habían construido los brujos—. ¿Dónde está?

Diego se encogió de hombros.

—Ni idea, tía, pero te apuesto lo que quieras a que ese gato asqueroso que está a tu espalda no ha venido a por un pescado para menear los bigotes. ¿Qué? ¿Nos piramos ya? Espero que el Gris le haya arrancado los colmillos al vampiro y se los haya clavado en las pelotas.



4

Lo bueno de Madrid era que había marcha todos los días, no solo los fines de semana. Y lo mejor era que Eva podía, por fin, vivir toda esa diversión, experimentarla, formar parte de ella en lugar de escuchar las historias que contaban los demás.

Sus padres no le permitían salir por las noches, con la única excepción de la fiesta de Nochevieja. La primera noche del año era la única que podía estirar hasta el amanecer, pero solo la había disfrutado dos veces; con catorce años no logró convencer a sus padres, a pesar de las súplicas, rabietas y promesas falsas que les hizo. Si su padre era tan inflexible en los tribunales como cuando le negaba algo a ella, Eva sentía lástima por los acusados que fueran juzgados por él.

Sin embargo, ahora disponía de una semana entera para vivir las noches de Madrid. Su madre se había tenido que marchar a Francia, para un concierto de orquesta, una oportunidad que le había surgido y que no podía desaprovechar, o algo por el estilo. Cuando su madre se lo contó, Eva solo podía pensar en cómo se las arreglaría para escapar del control de su padre. Eso fue demasiado fácil. El señor juez tenía tanto trabajo que no podía ocuparse de ella, así que decidieron que Eva se quedara en casa de una amiga. Eva solo protestó un poco, lo justo para que sus padres no sospecharan. La realidad era que su amiga Ana podía salir cuanto quisiera porque sus padres creían que su hermano mayor la acompañaba y vigilaba. Lo que ocurría era que Ana le pagaba para dejarla sola y guardarle el secreto.

Lo primero que hizo Eva al enterarse de que disponía de una semana de libertad por delante fue enviar un mensaje a su amiga y decirle que ella pagaría a su hermano para que pudieran salir esa semana.

El hermano no resultó ser ningún estúpido.

—A ver, niñas, nada de meteros en líos que me la cargo. —Les había dicho al salir de casa—. Y me vais a pagar el doble o no hay trato.

Protestaron, pero no les sirvió de nada.

—Dos niñas, el doble de riesgo, el doble de posibilidades de que me tenga que comer un marrón por vuestra culpa, el doble de pasta. Es bien sencillo.

Eva negoció y consiguió que el precio solo aumentara un cincuenta por ciento. El hermano cogió el dinero y desapareció.

—Portaos bien. Y no me enviéis mensajes con vuestros problemas porque no me interesan.

Según Ana, era todo fachada, se hacía el durito. Si de verdad tenían problemas y recurrían a él, las ayudaría, aunque más adelante se lo cobraría cuando le conviniera.

—Que no nos va a pasar nada, tía —aseguró Eva—. Y, si pasara, no lo llamaríamos a él. Mi tío es el mejor cuando hay problemas. Venga, vamos a divertirnos.

Fueron a una de sus discotecas preferidas. Pidieron dos copas y Eva se sintió mayor. El camarero las atendió antes que a dos tipos que llevaban más tiempo esperando junto a la barra.

Eva esperaba encontrar más diferencias entre el comportamiento de los veinteañeros y de los adolescentes, pero aquella primera noche fue decepcionante en ese sentido. En especial, a partir de las tres de la mañana, cuando el alcohol dejaba notar su influencia en las tonterías que les decían los chicos para atraer su atención. No eran muy creativos. En lo que sí se notaba la edad era en una mayor facilidad para que las invitaran a una copa. Eva solo pagó una y tuvo que rechazar varias porque su cabeza empezaba a flotar de un modo incómodo. Y lo que antes le parecían tonterías ahora le resultaban ocurrencias divertidísimas.

A la siguiente ronda invitaron dos tipos curiosos. Aunque hubiera preferido seguir bailando, Eva aceptó acompañarlos a la barra, porque Ana le susurró que le gustaba uno de ellos, un tal Mike. Su amigo se llamaba Steven.

Ana coqueteó con Mike con su acostumbrado estilo: sonrisas excesivamente grandes, pestañeos frecuentes y varios comentarios forzados destinados a dejar claro que no tenía novio. Por desgracia, Mike parecía inmune al arsenal de Ana. Daba la sensación de estar más interesado en discutir con Steven que en Ana. Y Steven no paraba de meterse con él. Por lo visto, no quería estar allí; Mike le había convencido, por su bien, aseguraba. El caso es que aquellos dos no estaban interesados en ellas. A Eva tampoco le gustaba ninguno, aunque se sintió algo decepcionada de que la apatía fuera mutua. Tal vez se debía a que eran extranjeros y tenían otros gustos y otras costumbres, aunque hablaban un español perfecto.

Entonces se fijó en un chico en la pista de baile, donde debería estar ella ahora. Se movía bien, a pesar de recurrir a posturas un tanto estrambóticas. Por la cara, le pareció sorprendentemente joven, de su misma edad, o incluso menos. Le resultó atractivo. Lástima de fuera tan bajito, ella los prefería altos y quizá con un poco más de carne.

También le gustaba cómo vestía, moderno, con un peinado atrevido.

De nuevo lamentó que no fuese más alto. El chico dio una vuelta y se situó entre dos chicas que estaban bailando. Sonrió, le guiñó el ojo a una y le dijo algo a la otra. Las dos se alejaron deprisa. El chico se quedó rascándose un lunar en la barbilla con aire pensativo.

Entonces la miró, directamente, y se quedó congelado en medio de la pista. Eva también se quedó paralizada, incapaz de apartar la vista de él. Pasaron unos segundos… Y de repente el chico se dio la vuelta y desapareció a toda prisa. Eva se puso de puntillas, lo buscó, pero había demasiada gente y no es que él abultara demasiado. Bah, era solo un chico, y no lo bastante alto, se repitió. Pero seguía pensando en él y en cómo se habían mirado. ¿Y qué? Eso no significaba nada. ¿O sí? Que alguien la observara no era algo nuevo para ella, pero esta vez había notado algo diferente.

¿Y si no volvía a ver a ese chico en toda su vida? Era lo más probable. Madrid era una ciudad grande. Las probabilidades serían de…

—¡Eva! —Ana la golpeó en el hombro—. ¿Estás sorda o qué? Oye, creo que Mike está coladito por mí. ¿Tú quieres algo con Steven?

—Lo siento, estaba distraída. ¿Qué? Ah, no, no, no estoy de humor.

—Tía, así no vamos a divertirnos. ¿No te importa que yo…?

—Qué va, adelante.

—A mi hermano, ni pío.

Eva le indicó con un gesto que sus labios estaban sellados.

—Diviértete.

Intentó despedirse de Mike y Steven, pero apenas le dedicaron una mirada de reojo y un gesto de asentimiento. Seguían enfrascados en una discusión estúpida sobre no sé qué ciudad que se proponían visitar en el futuro.

Un rato en la pista de baile fue suficiente para darse cuenta de que había bebido demasiado. El suelo se movía incluso cuando se quedaba quieta. Así que decidió salir a tomar un poco el fresco.

El aire de la noche le sentó bien, la ayudó a despejarse. Paseó durante un rato mientras le daba vueltas al chico del lunar en la barbilla. De pronto recordó que no podía volver a casa sin Ana. Tenía que regresar a la discoteca y esperar a que ella la llamara o le enviara un mensaje al teléfono cuando hubiera terminado con Mike, si es que llegaba a pasar algo entre ellos, cosa que Eva dudaba.

No se dio cuenta de que se metía en un callejón oscuro al dar la vuelta a la manzana. Continuó pensando que podía atajar por ahí y además no había nadie. Sería muy mala suerte si algo le sucediera en una zona de la ciudad que no era conflictiva. Con todo, apretó el paso.

Asaltaron su mente películas de terror, noticias de violaciones, escenas de robos creadas por su imaginación… Eva detestaba esa parte de sí misma que se ponía en lo peor cuando estaba sola. Una tendencia que había aumentado desde el intento de violación que había sufrido y que se habría consumado de no ser por la intervención de su tío.

Aceleró. Lo mejor era salir de aquel callejón solitario cuanto antes.

Ahora echaba de menos los apretones de la gente en la discoteca.

Veinte pasos la separaban del final del callejón cuando sonaron pisadas delante de ella. Eva se detuvo, asustada. Un monstruo enorme dobló la esquina y corrió directamente hacia ella. Al pasar bajo una farola, Eva distinguió con claridad aquella aparición. Vale, no era un monstruo, sino un hombre muy grande que vestía como un motero, con un chaleco y varios tatuajes. Sobre los hombros saltaba una melena gris y descuidada al compás de su carrera. El hombre parecía mayor, de al menos sesenta años. Corría

bastante rápido pese a su tamaño, aunque con torpeza. Lo más probable era que hubiese bebido.

El viejo agitó las manos en el aire.

—¡Pibita!, —gritó.

Y a Eva le dio más miedo esa cosa que un monstruo de verdad.

Giró en dirección contraria y corrió al límite de sus fuerzas.



—Más deprisa, vampiro.

Mario Tancredo caminaba con suavidad sobre la hierba, con una seguridad impropia de un magnate que no sale de la ciudad. Sombra lo seguía en silencio, luchando por mantener el ritmo y ayudándose con la rama gruesa sobre la que cargaba el peso. Hacía ruido, era torpe, se tropezaba con las ramas. Apenas quedaba rastro del vampiro más letal de todos.

—¿Recuerdas lo que me dijiste cuando viniste a matarme a mi casa?, —preguntó Mario—. Algo así como que me lo merecía porque soy una persona horrible. Que estoy vacío por dentro y nunca podré sentir el amor verdadero. ¿Me equivoco? Te crees cualificado para impartir justicia. No solo eso, piensas que al matar a tus víctimas les haces un favor. Eres como un asesino bondadoso que hace de este mundo un lugar mejor.

—He cometido errores —dijo el vampiro sin aliento.

—Eso es evidente.

—Pero no contigo.

—Luego es cierto que te crees superior. —Mario se detuvo y volvió la vista atrás—. Más rápido. Tengo asuntos que atender en cuanto amanezca.

Además de ser una fuerza de la bondad que mata, te consideras infalible. Dime, ¿qué piensas en un momento como este? Yo debería haber muerto, ¿no? Y aquí estoy. ¿Qué represento para ti ahora? ¿Soy la evidencia viviente de tu fracaso? ¿Qué se siente al estar a mi merced? Habla. No colmes mi paciencia, asesino.

—Pienso que tienes suerte de haber dado conmigo en mi estado actual.

Mario reanudó la caminata.

—La suerte es una excusa para los débiles o los idiotas. Aunque en tu caso, diría que ha hablado tu orgullo. Lo entiendo, lo necesitas. Sin él te desmoronarías.

Sombra nunca se había sentido tan débil. La certeza de que iba a morir a manos de Mario Tancredo, de que no había absolutamente ninguna posibilidad de salvación, hizo que se despreocupara. Había visto morir a mucha gente en sus manos, pero nunca había pensado en cómo se comportaría él en su último aliento, una desventaja de ser prácticamente inmortal.

Hasta aquel momento había conservado la esperanza de escapar del Gris y desaparecer el tiempo suficiente para restablecerse. Mario había destruido esa posibilidad. Y la falta de preocupación que le había provocado ese hecho, sorprendentemente, le permitió recobrar la claridad de ideas.

—Si no ha sido suerte, significa que me buscabas. Eso no encaja. No te cansas de repetir que no estoy a la altura, que no soy nada. Y tú te consideras muy importante para perder el tiempo conmigo. La otra posibilidad…

—Continúa. —Le animó Mario—. Lo estás haciendo bien.

—No estabas allí por mí, sino por los hombres lobo. Te traes algo con ellos.

Mario se detuvo.

—Bravo. Estás logrando que esta conversación resulte hasta interesante. —Examinó los alrededores y señaló un árbol—. Recuéstate ahí. No puedes andar y hablar al mismo tiempo sin jadear de esa manera tan molesta. Tu estado es peor de lo que pensaba.

Sombra obedeció encantado.

—¿Qué tramas con los hombres lobo?

—¿Qué tramáis vosotros con los magos?

Sombra no lo sabía, inmerso como estaba en sus propios asuntos.

Estaba al tanto de que Vela tenía en su agenda una reunión con los magos, pero su dueña no le había puesto al corriente de los detalles. A Sombra solo le obsesionaba mantener su reputación y ganarse el respeto de Vela para que lo liberara. Por eso se centraba tanto en conseguir convertir a alguien, en enamorar a sus citas para que se entregaran a él; de ese modo demostraría su valía y Vela no podría negarse a reconocer que se había ganado el derecho a ser un vampiro independiente. Por desgracia no estaban saliendo las cosas según sus planes.

Si Mario se interesaba por la relación entre los vampiros y los magos era señal de que se trataba de un asunto importante. El historial de ambas razas no era de colaboración, precisamente. Los magos no supusieron un gran problema cuando los vampiros perdieron su dominio sobre los demás. A pesar de rebelarse, como el resto, apenas mostraron rencor y decidieron recluirse. Reclamaron su espacio, pero sin mostrarse agresivos con los vampiros, algo que cambió con el curso de los siglos. En los últimos tiempos se habían vuelto demasiado arrogantes. Su número había crecido mucho y había quedado claro para las demás facciones que a eso se habían dedicado, a identificar y adiestrar a su propia gente. Antiguamente muchos magos se perdían porque ni siquiera ellos sabían que lo eran. Un mago sin formación, aislado de los suyos, ignorante de su identidad, era como un humano cualquiera pero con sensaciones que no comprendía. Más de uno había enloquecido.

Ahora eso había cambiado. Los magos se habían vuelto muy activos buscando a los suyos, siguiendo con celo el rastro de sus linajes. Como resultado, se habían erigido en una fuerza que había que tener en cuenta. Sombra se preguntaba si sería una coincidencia que el momento de mayor esplendor de los magos estuviera coincidiendo con el de mayor debilidad de los vampiros, pero de ahí provenía su auténtica ventaja, no de su buen hacer. Y también de la estúpida pasividad de los licántropos. Sombra estaba convencido de que en esas reuniones, Vela les aclararía quién pertenecía a la verdadera raza superior.

—¿Por qué debería decírtelo?

—No lo sabes, ¿verdad?, —dijo Mario—. Solo eres el bebé de Vela y no te cuenta las cosas de los mayores. Es tu oportunidad de ofrecerme algo por tu vida. ¿Nada? ¿No hablas o no sabes nada? En fin, me da lo mismo. Al final esto ha sido una pérdida de tiempo. Qué desilusión, asesino. Aunque confieso

que me sorprendió que escaparas del Gris. El Gris resulta tan decepcionante como tú.

—Soy el mejor —murmuró Sombra—. Por eso sobreviví.

—Seguro que lo eres. Lo que no deja en muy buen lugar a todos los demás que son aún peores.

—Solo fallé contigo —dijo el vampiro—, porque tenías la bendición de un ángel. No hay precedentes de algo así y nadie se lo podría esperar. Ni siquiera tú previste que fueras a recibir la bendición. Apuesto a que fuiste el primer sorprendido cuando el Gris te devolvió tu alma. Se juntaron una serie de circunstancias insólitas. Para empezar, un hombre que no debería existir tomó parte involuntaria, más un ángel… No, nadie podía estar preparado para algo semejante. Por eso fracasé. Una única vez en toda mi carrera de asesino y tuvo que ponerse todo en mi contra. Lo admitas o no, sabes que ha sido la suerte lo que te ha convertido en lo que eres ahora y lo que te ha salvado de mí.

—Olvidas un detalle esencial, vampiro. Yo pagué tu tarifa. El dinero que enterró el Niño en tu cementerio para comprar tus servicios era mío. Yo te tendí la trampa. Por tanto, si fuiste a por mí, fue porque yo lo quise.

—Agradece la suerte que has tenido —repuso Sombra—. Sigo prefiriendo mi talento.

Mario Tancredo se levantó como un resorte.

—De acuerdo. Vamos a comprobarlo ahora mismo. Levántate y muéstrame ese talento. Eres el mejor, dices, eres infalible. ¡Quiero verlo! Pruébalo o no será más que palabrería. Demuestra que eres un asesino. Mátame y quedarás libre. Cumple el contrato que no acabaste. ¡Levántate ahora mismo y enséñame lo que llevas dentro de verdad!



—Llegáis tarde —dijo el Gris.

Sara y Diego se volvieron. El Gris estaba apoyado contra la pared, en una esquina oscura de una calle apartada, silencioso, inmóvil, resultaba complicado advertir su presencia.

—¿Dónde está? —El Niño miró en los alrededores, luego detrás del Gris, luego estiró su gabardina—. No lo habrás metido ahí dentro, ¿no?

—No lo he encontrado, pero he dado con su sobrina.

Los ojos del Gris se cruzaron con los de Sara, y descendieron hasta su mano, que había comenzado a temblar.

—¿Estás loco? —Se enfadó el Niño—. ¡Nos has hecho salir en plena noche! Me largo de aquí ahora mismo.

El Gris lo agarró por el cuello de la sudadera.

—Está quemado, ¿recuerdas? No puede hacernos nada.

Sara dio un paso al frente.

—Dime que no estás pensando en hacer daño a la sobrina, por favor. Ella no tiene la culpa de…

Diego se puso al lado de ella.

—Tío, eso es pasarse.

—Yo no empecé esto —repuso el Gris—. Él mató al santo y casi me mata a mí. Y también mordió al Niño.

Diego dio una zancada lateral y se colocó junto al Gris.

—Eso es verdad.

La rastreadora ahogó un suspiro antes de hablar.

—No puedes hacerlo. No quiero ni tener que explicar por qué no…

—Haré lo que sea necesario —atajó el Gris.

—Sé que quieres protegernos a todos. Pero matar a una chica…

—Yo no he hablado de matar a nadie. Eso lo has pensado tú. Es lo que todos pensáis de mí.

—¿Todos?, —preguntó Sara—. ¿Quién más…?

—No importa quién. No vais a interferir entre Sombra y yo. Podéis ayudarme o podéis apartaros. Lo que penséis de mí os lo podéis guardar para vosotros. El vampiro es el que ha matado y amenazado, no yo. Tenéis diez segundos para tomar una decisión. Si os quedáis, será para colaborar, no para cuestionarme.

La rastreadora no dijo nada. Diego, sin embargo, no pudo mantener la boca cerrada.

—Esto es por lo del fuego, ¿no? De acuerdo, tenías razón. No pensé que pudieras soportarlo y decidí curarte en vez de rematar a Sombra. Creí que ibas a morir, coño. Sí, se escapó por mi culpa. Si te lo tomas como que dudo de ti, eres un gilipollas, Gris.

—¿Qué planeas hacerle a la sobrina?, —preguntó Sara.

—Nada —dijo el Gris—. Lo hará el Niño.

—Está en una discoteca a la vuelta de la esquina. Quiero que entres y te ganes su confianza, que te hagas su…

—¿De verdad?, —chilló Diego—. Gracias, Gris. Gracias, gracias, gracias.

Lo abrazó. Después se apartó, frunció el ceño al mirar la gabardina y se sacudió las manos en los pantalones.

Un frenazo estridente resonó en la carretera. El Gris giró la cabeza con rapidez, en la mano descansaba el cuchillo. Sara siguió la mirada del Gris.

—Tranquilo, campeón. Relájate. —Diego apoyó la mano en el brazo del Gris—. Harley está conmigo. Sara no me ha dejado venir en la moto con él, y eso que mola mogollón. Harley tiene alguna habilidad para que no le pare la poli aunque no lleve casco.

—¡Brad Pitt!, —dijo Harley, acercándose a ellos.

Ni siquiera dedicó una mirada rápida al Gris.

—No pareces extrañado —dijo Sara—. Sabías que no iba a morir cuando lo tiraste por la ventana, ¿verdad?

—Lo sospechaba.

—Entonces…

—Hablaremos de Harley más tarde. Ahora tenemos otro asunto pendiente y es mejor que el Niño no sepa quién es en realidad su nuevo amigo —dijo el Gris con tono tajante.

—¿Y el Niño? ¿No notas nada raro en él? ¿No ves lo que se ha hecho en el pelo?

El Gris lo miró con atención.

—Está oscuro. —Probó a decir.

Sara recordó que el Gris no percibía los colores.

—¡Se lo ha teñido de blanco! Para imitarte, en mi opinión. Está ridículo. Tienes que decirle algo.

—El problema del Niño, en lo que a llamar la atención y hacer el ridículo se refiere, no tiene nada que ver con su aspecto. Además, creo que es una moda o algo así. Tengo entendido que él viste bien, moderno. ¡Niño! Tienes trabajo.

—Ah, sí. Está chupado.

—Yo aún no estoy segura de qué tiene que hacer —dijo Sara.

—Está clarísimo —aseguró el Niño—. El Gris quiere que me ligue a la sobrina de Sombra. Por fin me encarga algo acorde a mis aptitudes naturales. Venga, enséñame una foto de la tía.

El Gris la sacó del interior de su gabardina.

—En esta ocasión —le advirtió a Diego mientras se la enseñaba—, procura no montar un follón, Niño. Sé discreto por una vez en tu vida.

—Está chupado. —Diego extendió la mano—. Venga, suelta la pasta. ¿No pensarás que puedo ligar sin invitarla a una copa? Tío, qué rácano eres. Suelta otro billete, joder. ¿Sabes lo que cuestan las copas en Madrid por la noche? Eso está mejor. Ahora vengo, abuelos. ¡La noche es de los jóvenes! No,

Harley, tú espera aquí, ¿vale? Sí, ahí. Eso, vigila la moto. Y nada de sacarte el trabuco en público. Si tienes que mear, te aguantas.

Le siguieron con la vista hasta que dobló la esquina y desapareció.

El Gris regresó a las sombras, junto a la pared. Harley no se había movido del lugar exacto en el que estaba cuando Diego le ordenó quedarse quieto. Sara se acercó al Gris.

—¿De verdad esperas que el Niño seduzca a esa pobre chica?

—No parece que pienses que vaya a lograrlo. O puede que estés en contra de este plan. No importa. Solo esperamos a Álex. Él vigilará al Niño.

La rastreadora se metió la mano en el bolsillo, no lo suficientemente rápido como para que el Gris no advirtiera que el temblor se había intensificado al mencionar a Álex.

—Siento haber dudado de ti —confesó ella—. Antes, cuando…

—No lo sientas.

—No sé si tomarme eso como una cortesía o como una señal de que no descartas matar a la niña para atraer al vampiro. —El Gris no contestó. Sara se situó frente a él—. Sé que nuestras vidas corren peligro, las de todos, y que tú no empezaste esto. De verdad que lo sé, pero no puedo aprobar que involucres a una adolescente que no tiene la culpa de nada. No me interpondré, lo he prometido y cumplo mi palabra, pero no tomaré parte en ello, si eso es lo que decides hacer.

—Lo comprendo.

—¡Pues yo no! Tú eres especial, Gris, puedes encontrar otro modo. Lo sé.

—No soy tan especial como crees. Le tuve en mis manos, encerrado en un agujero y con la luz del sol cayendo sobre nosotros. Es imposible mayor ventaja para enfrentarse a un vampiro. Y se me escapó. Casi mata al Niño por mi culpa. Si alguien más muere a partir de ahora, yo seré el único responsable.

—No eres justo contigo mismo. Cualquiera podría…

—Yo no —la cortó el Gris—. Es lo único que sé hacer. Lo único para lo que valgo. Si el vampiro logra matar a alguno de vosotros, lo soportaré, es probable que ni siquiera me duela porque así es como me hicieron. Si puedo soportar la muerte de mis amigos, también puedo soportar la de esa chica.

Pero si tengo que elegir, no dudaré. Y es lógico que no lo apruebes y me mires como lo estás haciendo. Nadie en su sano juicio lo haría. Solo… Solo un…

—Un monstruo. Eso ibas a decir, ¿verdad?

—Tú también lo piensas, solo que no quieres admitirlo. Has visto con tus propios ojos de lo que soy capaz.

—Álex lo aprueba. ¿Piensas que es un monstruo?

—Por eso sigue a mi lado, por eso es mi familia. Nadie más lo soportaría. Por eso tú buscas una nueva vida alejada de la nuestra.

—Yo no…

—Haces lo correcto. Si te quedas con nosotros, el temblor de tu mano será la menor de las secuelas que arrastrarás, suponiendo que no mueras. Me alegro por ti, Sara. Me equivoqué al reclutarte. Te mereces ser feliz y con nosotros no lo serías.

—¿Te alegras? ¿Puedes sentir alegría?

—Sé cuándo debería sentirla.

—Explícate.

—¿Cuál es el peor dolor que puede sufrir una madre?, —preguntó el Gris.

—Perder a un hijo.

—¿Cómo lo sabes? Tú no tienes hijos, Sara.

—Ya, comprendo…

—Álex tiene la teoría de que estoy creando sentimientos nuevos.

A la rastreadora le cambió la cara.

—¿De verdad? Es una buena noticia. Es…

—No son sentimientos agradables —aclaró el Gris—. Álex cree que son consecuencia de mis actos. Nada bueno puede salir de la vida que llevo. Ahora trato de reprimir esos sentimientos, cosa que antes no tenía que hacer.

—Por eso Álex quiere que me quede.

—Quiere, igual que yo, que tenga el ejemplo de lo que siente una persona decente. Saberlo no es suficiente, hay que experimentarlo.

—No sé si me agrada la idea de servirte como un modelo de valores. Al menos Álex no se ha puesto a sí mismo como ejemplo… No funcionará. He tratado de llegar a ti más de una vez y no lo consigo. Es imposible saber qué te ronda la cabeza a menos que lo digas. Y nunca estás de acuerdo conmigo.

—Porque no puedo estarlo. No porque no lo esté.

—Cuando te conocí, pensé que alguien sin sentimientos sería simple. Qué equivocada estaba.

—Sin embargo, la cuestión es simple. Supón que has acompañado al Niño dentro de la discoteca y hay mucha gente borracha. ¿Podrías fingir que has bebido para encajar? Claro que sí. Te balanceas un poco, te ríes más de la cuenta, hablas como si estuvieras medio dormida. Puedes aparentar embriaguez aunque no hayas bebido. Claro que un rato, no puedes aparentar toda la vida. Yo hace tiempo que me cansé de hacerlo.

—Eso no hace falta que lo jures.

—Y cuando te acostumbras a no hacer algo, pierdes la práctica. Cuesta cada vez más.

—¿Y yo te ayudo a practicar?

—Tú, sin proponértelo, solo con estar ahí, me recuerdas lo bueno que he perdido.

—Haces que suene mal.

—Al contrario. Tú me sientas bien, Sara. —El Gris se acercó a ella—. Tú haces que me sea más fácil sentirme como debería. Es algo que noto dentro de mí cuando estás conmigo.

—¿Qué… qué insinúas? ¿Sabes cómo suena lo que estás haciendo?

—Lo sé.

—¡Basta! —Sara retrocedió—. Te he dicho que no sé interpretarte y nunca te había visto así. Hace un minuto hablabas de matar a una chica y ahora me sueltas que… me insinúas… ¡Habla claro! ¿Estás diciendo que sientes algo por mí?

—No exactamente, aunque reconozco que estoy un poco confuso.

Lo que sí sé es que debería sentir algo por ti. Igual que sé lo que sentiría una madre que perdiera a un hijo o un borracho después de beberse diez copas. Lamento no dar con una forma mejor de explicarlo.

La rastreadora sacudió la cabeza. Asomó una sonrisa que el Gris no supo descifrar.

—Es la declaración menos romántica y más extraña que he oído en toda mi vida —suspiró—. Lo siento, sé que esto es muy serio y que no debe de ser nada sencillo para ti explicarte. Yo… Yo no sé qué decir. Me encantaría ayudarte, pero… no puedo. No de ese modo. He encontrado a alguien especial que me hace sentir como no me había sentido desde que era una adolescente. No sé lo que pasará entre nosotros, pero me gustaría averiguarlo y no crearte a ti falsas esperanzas. Dios, me siento fatal por no ayudarte con todo lo que ya tienes encima, pero no te mereces que te mienta.

Sara bajó la cabeza, avergonzada. Él colocó la mano en su barbilla y alzó su rostro para mirarla.

—Te dije que me alegraba por ti y yo tampoco te miento.

—Es decir, sabes que deberías alegrarte.

—¿Ves como no era tan complicado? Tú puedes ser feliz y debes intentarlo.

—Tú también encontrarás a alguien que…

Sara no pudo terminar la frase. El Gris tampoco. Se separaron. Él regresó a las sombras.

Poco después apareció Álex caminando deprisa.

—Algo ha ido mal.

—¿El qué?, —preguntó el Gris.

—El Niño viene hacia aquí y parece cabreado.

Había pasado muy poco tiempo como para que Diego hubiera entablado contacto con Eva y se hubiese ganado su confianza. Le dio una patada a una lata que había tirada en la acera. Sacudía la cabeza mientras se acercaba al grupo.

—¿Qué has hecho, Niño?, —preguntó Álex.

—Mira quién ha aparecido, para variar —bufó Diego. Se detuvo delante de todos, excepto Harley, que seguía en el lugar que le había indicado el Niño —. No he hecho una mierda, eso es lo que pasa.

—¿La mocosa te ha dado calabazas, seductorcillo?, —se burló Álex.

—Ya te gustaría. Ha sido mucho más humillante. Me había integrado bien, estaba en la pista dándolo todo. Bailo que te cagas, para que lo sepáis. Las titis me miraban, los tíos se morían de envidia al ver mi clase y mi estilo…

—Ve al grano, Niño —le apremió el Gris.

—Entonces la vi a ella y ella me vio a mí.

—Qué bonito —murmuró Sara.

Diego la miró de reojo, aparentemente molesto por la interrupción. El Gris también la miró, mucho más serio, con un mensaje claro: déjale terminar o nos llevará toda la noche escuchar su historia.

—El caso es que… —El Niño pareció buscar las palabras adecuadas—. ¡Me quedé congelado! ¡Yo! ¡El mayor imán que existe para las pibas! No sabía qué hacer o decir. Me tuve que largar corriendo por la vergüenza.

Álex, Sara y el Gris se miraron durante unos segundos.

—¿Nos lo explicas ya, Niño?, —preguntó el Gris—. ¿Ahora te dan miedo las mujeres?

—La foto que me enseñaste de Eva es una puñetera mierda. Tenías que verla allí, pintada, arreglada, con la luz esa indirecta…

—Lo que nos faltaba —masculló Álex.

—¡El Niño se ha enamorado a primera vista!, —dijo Sara—. Qué mono.

—¡Que no soy mono, cojones! Soy… Bah, es inútil. La niña está un rato buena, podría ser un poco más baja, pero eso da igual. Tú no entiendes un pijo, Gris, porque no sientes nada.

—¿Puedes hacerlo o no?, —preguntó el Gris.

—Es que, si la tía me gusta, me da un poco de corte, me quedo así sin saber muy bien qué decir. ¡Es como si perdiera mis superpoderes!

—A ver si lo entiendo —dijo Sara—. Tienes que ligarte a una chica, ¿y el problema es que te gusta?

—Al fin alguien que me comprende.

—¿Puedes hacerlo o no?, —repitió el Gris—. Sabes lo que nos estamos jugando.

—No puede —intervino Álex—. Es evidente que lo estropeará porque no sabe controlarse.

Diego puso los brazos enjarras.

—¡A ti te jode que yo sea el nuevo seductor del grupo! Gris, puedo hacerlo, te lo juro. No se lo pases a Álex. ¡Te lo suplico! ¡Solo necesito ayuda! Además, es culpa tuya por no avisarme de que la tía estaba buena.

—¿Qué ayuda necesitas?

—Pues un compinche para que mienta, como yo no puedo… Hay que crearse un personaje. No voy a contarle la verdad, ¿no? Tío, qué lento eres para pillar las cosas. A las titis les molan los malotes. Sara, ni una palabra, porque es la pura verdad. Y no quiero ni oír hablar de esa gilipollez de que lo que cuenta es el interior. Yo sé de lo que hablo. Veamos… Sí, seré un adolescente brillante, pero con problemas para aceptar la autoridad. ¿Qué tal si he salido de un reformatorio? No, eso es pasarse. Mejor me han expulsado de un par de colegios por darle caña al director y…

—Ya vale, Niño —dijo el Gris—. A veces me preocupas. Iré contigo para asegurarme de que…

—¡Tú!, —se escandalizó Diego—. Ni de coña. Mira la pinta que tienes. Tío, ya nadie lleva gabardinas, están pasadas de moda. Y menos aún sucias. Estás pálido, no sabes sonreír, no tienes gracia ninguna. Ni hablar. Espantarías a la pibita.

—¡Pibitas!, —gritó Harley, acercándose al grupo.

—Ummm… No, abuelo, lo siento. Estas pibitas no son de tu edad.

Y serías capaz de sacarte la manguera en medio de la disco. Tú te quedas.

—Está bien, Niño —dijo Álex—. Estamos perdiendo el…

—Ah, ah, ah, de eso nada, guapito. Ni lo sueñes. No pienso llevar a uno que está casi tan bueno como yo. Me la intentarías quitar, envidioso de mierda. No, quiero a alguien más feo, corriente, no que sea tan atractivo como nosotros dos. ¡Sara! Tú me ayudarás.

—¡Por supuesto, Niño!, —dijo la rastreadora, más excitada de lo que debería—. Yo soy la perfecta para… Un momento. ¿Me estás llamando fea?

—Qué va. —Diego la agarró por el brazo y se alejaron por la calle—. Nada de fea, pero, tía, seamos serios, ¿vale? Yo juego en otra liga. No es

culpa mía ser tan guapo…

—¿Crees que lo conseguirá?, —preguntó Álex mientras se alejaban.

—Sí —aseguró el Gris—. El Niño es capaz de cualquier cosa que se proponga, aunque no es consciente de ello. Incluso viviendo en una realidad paralela. A menos que…

El Gris interrogó a Álex con la mirada. Álex negó con la cabeza.

—No, no es tan guapo. Ni siquiera es muy guapo. Más le vale seguir siendo gracioso si espera conquistar a muchas mujeres en el futuro.

—No confías en él.

—No es eso, pero el Niño es impredecible. Hay que controlarlo.

—Eva es solo una chica, Álex. El Niño cae bien a todo el mundo. Lo peor que podría pasar es que no lograra engatusarla. Entonces, la raptaré. Sigues serio. Dime qué te preocupa.

—Me preocupa lo mismo que al Niño. Si se enamora de ella… A saber qué consecuencias traerá eso. Y no me gusta lo que no soy capaz de predecir. Además, tú eres un blando en todo lo relativo al Niño.

—El vampiro le mordió. El Niño sabe lo que se juega.

—El Niño es un descerebrado. ¿Apostarías a que su miedo es más fuerte que la atracción que pueda sentir por ella? Yo no, ya te lo he dicho. Cuando se trata de él, cualquier cosa es posible.

Harley, que había guardado silencio hasta ese momento, a solo unos pasos de ellos, se giró con un movimiento brusco. Salió corriendo hacia su moto.

—¡No-luz!, —gritó.

Pasó corriendo al lado de la moto con los brazos en alto.

—Vigila al Niño —dijo el Gris, que ya se había girado en dirección a Harley.

—No puedo entrar en la discoteca —se quejó Álex—. Hay demasiada gente y poco espacio. Alguien se daría cuenta de que me atraviesa cuando debería chocar contra mí.

—Improvisa —le ordenó el Gris echando a correr—. Harley podría traernos problemas a todos.

El motero era más rápido de lo esperado para su edad y constitución. Claro que al Gris no le sorprendió. Se había peleado con él y sabía que también era más fuerte que cualquier persona corriente.

Lo que no sabía era qué había llamado su atención. Con suerte, habría visto unas «pibitas» y todo quedaría en nada, en una estupidez como consecuencia de que un viejo atolondrado hubiera pasado demasiado tiempo con el Niño.

Harley llegó al final de la calle y dobló la esquina. El Gris llegó pocos segundos después, con zancadas controladas, sin hacer ruido, midiendo la respiración para no jadear. Se metió en la calle por la que había desaparecido el motero.

Y allí no había nadie.

Ni rastro de Harley por ninguna parte. Se encontraba en un callejón retirado, de aceras estrechas y sentido único. Más adelante había contenedores de basura, plástico y vidrio, demasiado lejos como para que Harley se hubiera metido detrás de uno de ellos con la poca ventaja que le sacaba.

El Gris se puso en tensión, introdujo la mano en el interior de la gabardina, preparado para sacar el cuchillo. Caminó despacio, atento.

Varios gatos que rebuscaban en la basura le observaron. Una farola parpadeó al pasar a su lado.

Sonaron pisadas a su espalda, se volvió. Allí no había nadie.

Entonces, rápido, ágil, se agachó. Algo pasó por encima de su cabeza, de un tamaño suficiente para que el aire removiera la gabardina. La farola se apagó con un golpe fuerte. Un contenedor de basura se había estrellado contra el poste.

El Gris, todavía de espaldas, sacó el cuchillo, sin prisa.

—Me alegro de que ya no te escondas —dijo.

—Me alegro de que seas rápido. Habría sido decepcionante que un contenedor de basura acabara contigo.

El Gris se volvió. Allí estaba Sombra, a unos diez pasos de distancia, ni rastro de quemaduras en su cuerpo. Su postura era relajada. Extendió los brazos y dio una vuelta completa para exhibirse.

Su sonrisa lo decía todo.

—No pareces sorprendido —dijo el vampiro.

—Ningún ángel te habría curado, así que solo se me ocurre una persona que haya podido hacerlo.

—No le caes bien, ¿lo sabías?

El Gris asintió.

—Me sucede con frecuencia.

—A veces me siento confuso, ¿tú no? Intenté matarlo y luego él va y me cura. Y yo que pensaba que tenía un trato contigo.

—Lo rompí.

—Eso es más que evidente. La cuestión es por qué. Me gustaría saberlo antes de matarte, si no es molestia.

—No tiene nada que ver contigo, al menos directamente.

—Una respuesta poco satisfactoria —replicó Sombra.

—¿Siempre hablas tanto cuando vas a matar a alguien?

—Me sucede con frecuencia. —El vampiro imitó la voz y la expresión grave del Gris. Luego recobró su tono distendido—. Es mi estilo. Matar es un arte que no se puede ni se debe tomar a la ligera. La víctima tiene que saber por qué va a morir y también tiene que disponer de la oportunidad de hablar, de expresar sus últimos pensamientos.

—Sé por qué crees que voy a morir. Ahórrate la charla.

—Permíteme dudarlo. Sí, en parte es porque has tenido la osadía de mezclar en esto a mi sobrina. Esa temeridad lo ha convertido en personal. Pero también es por ti, Gris, para que dejes de sufrir. Anhelas la paz, librarte de ese tormento que padeces. Tú no deberías estar aquí y lo sabes; en tu interior, no lo aceptas, por supuesto, ¿quién lo haría? Pero de igual modo lo sabes. Es muy duro vivir con esa contradicción. Yo te aliviaré. Cuando te mate, cuando estés a punto de abandonar este mundo, me lo agradecerás. Yo estaré ahí, a tu lado, te apoyaré y sostendré tu mano con delicadeza un segundo antes de arrancarte la cabeza. No puedo evitarlo, soy un sentimental.

—Yo no.

—Me gustaría que me creyeras. O al menos, que creyeras que lo que te acabo de decir es lo que pienso de verdad.

—Te creo.

—Ah, y deja de mirar alrededor. No hay nadie más, no he puesto ninguna trampa. Ese es tu estilo. Y no lo desapruebo. De hecho, me habría dejado frío que te midieras conmigo tú solo. Yo, sin embargo, soy un hombre de honor. Me presento frente a ti antes de la pelea.

—Supongo que eso restaurará tu reputación —apuntó el Gris—. Ahora mismo eres el asesino que falló una vez, pero si me matas… Te harás famoso, porque todo el mundo ha oído hablar de mí. Matarás al que se ocupa de los asuntos imposibles. Por si fuera poco, tu hazaña no podrá ser igualada porque no hay otro como yo. Tienes la gloria asegurada.

—Excelente. —Sombra aplaudió durante unos segundos—. Mentiría si dijera que no había pensado en ello. La verdad es que nunca he tenido tantos motivos para acabar con alguien.

—Por eso no has recurrido a otros vampiros para que te ayuden.

—Ah, sé por qué has dicho eso. La próxima vez que quieras sonsacarme, intenta fingir que es un comentario que se te acaba de ocurrir. Un cambio en el tono de voz, entrecerrar los ojos con aire pensativo… Ese tipo de detalles. No importa, te mereces saberlo. No sé cómo Mario logró evitar que Vela me encontrara. Es capaz de hacer cosas sorprendentes si puede interferir en el vínculo que me une a mi dueña. Una vez curado le aseguré a Vela que todo iba según lo previsto.

—Pero no le dijiste que ibas a matarme, sino a negociar que os contara el secreto de la muerte de un ángel.

—De nuevo llevas razón. Lo estaba sopesando, la verdad, quizá habría esperado a que tú me convencieses de lo contrario, pero…

—Pero entonces supiste que iba tras tu sobrina.

—Eres muy predecible, Gris. —Sombra se encogió de hombros a modo de disculpa—. No es culpa mía.

—No era mi intención ser discreto.

—Naturalmente. Yo ataqué al Niño, tu reacción es natural. ¡Ah, esto me encanta! ¿A ti no? Hay una especie de lógica superior que nos ha llevado a este momento. Todo encaja. ¿De verdad no lo percibes? Es como si el universo entero nos estuviera diciendo a los dos que tengo que matarte.

—Nunca he oído demasiado bien. —El Gris apretó el cuchillo, le crujieron los nudillos—. El universo y tú podéis pudriros juntos.

Sombra estiró los labios, abriendo paso a los colmillos.

Se miraron una última vez, con intensidad, sin pestañear.

Entonces dieron un paso, al mismo tiempo. Y se detuvieron, también al mismo tiempo.

Un grupo de jóvenes se acercaba armando escándalo. Algunos cantaban, otros reían; saltaba a la vista que estaban borrachos. El Gris no se volvió para mirarlos, ni apartó los ojos del vampiro en ningún momento. Ocultó el cuchillo en el interior de la gabardina. Sombra, en cambio, les sonrió cuando pasaron a su lado. Había replegado los colmillos.

—Qué pasa, tío —saludó uno a Sombra.

—¿Vas a darle limosna a ese?, —dijo otro.

—Caballeros… —empezó Sombra.

—¡Largo! —Rugió el Gris.

Los chicos se alejaron corriendo. Tuvieron que recoger a uno del suelo que había tropezado.

—Tosco, pero eficaz —admitió el vampiro—. ¿Por dónde íbamos?

El Gris sacó el cuchillo.

—Por aquí.

—Cierto —convino Sombra.

Le crecieron los colmillos, un destello asomó en sus puntas.

Y echaron a correr el uno hacia el otro.



5

Diego se pasó la mano por el cabello.

—¡Esto es alucinante!, —dijo excitado—. No entiendo cómo puedo estar tan bueno. Cualquier color de pelo me queda bien. A lo mejor me he tragado una runa que me hace ser tan guapo y no lo sabía porque desde luego lo mío no es ni medio normal.

Llevaba un buen rato mirándose en el retrovisor de la moto de Harley. Sara atendía su cháchara incansable solo para no caer rendida.

El amanecer estaba cerca y tenía tanto sueño que le costaba mantenerse en pie.

Harley, en cambio, no tenía ese problema. Se había encajado entre dos tumbas y dormía plácidamente. Al parecer, ningún ruido podía desvelarlo. El Niño se acercó al motero y le dio varias palmadas, hasta gritó su nombre. Nada, el viejo seguía dormido. De no ser por el movimiento del pecho y de la barriga, Sara habría dudado si continuaba con vida.

—¡Cojonudo!, —exclamó el Niño.

Regresó corriendo hasta la moto y se subió al sillín.

—¿Qué haces?, —preguntó la rastreadora.

—¿A ti qué te parece? Voy a darme una vueltecita. Esta burra es una pasada y Harley no me deja conducirla.

—De eso nada.

Sara lo agarró por el brazo. Diego se resistió, pero no era muy fuerte y tampoco era que pesara demasiado.

Lo arrastró hasta otra tumba y lo obligó a sentarse.

—Eres aburrida —protestó el Niño.

—Tenemos que esperar a los demás y no quiero líos.

—Detesto este sitio. Me aburro. Por favor, ¿puedo darme una vuelta en la moto? Solo una. Soy un gran conductor.

La idea del Niño conduciendo una Harley Davidson entre las tumbas de un cementerio no le pareció acertada. Sin embargo, lo que le llamó la atención a la rastreadora era que Diego no hubiera sufrido calambres al asegurar que era un buen conductor. Solo tenía dieciséis años, pero no había vivido tanto, dado que su maldición le hacía crecer cuando curaba a alguien. Nunca le había oído hablar de conducir una moto ni le había visto hacerlo. Y dada su baja estatura, no le parecía probable que hubiera aprendido siendo mucho más joven. Al menos, no lo suficiente para llevar una moto como aquella, del tamaño que requería el cuerpo de un adulto. Tal vez no le habían dado calambres porque Diego pensaba de verdad que era un buen conductor, aunque fuera falso, algo que concordaba con su alta autoestima. De no ser esa la explicación…

Álex cortó el hilo de sus pensamientos. Apareció de la nada, en silencio, atravesando arbustos. La miró directamente a los ojos mientras pasaba a través de una lápida derruida, aprovechando que Diego estaba de espaldas y no podía verlo. Sara sospechaba que hacía esas cosas a propósito, que trataba de enviarle un mensaje que aún no había descifrado.

—¿Qué ha pasado, Niño?, —preguntó a un paso de Diego.

El Niño se levantó de un salto.

—¡La madre que te parió! No hagas eso, coño. ¿Sabes el susto que me has dado? ¡Y tú!, —dijo señalando a Sara—. Sí, tú. Le has tenido que ver venir y no me has avisado.

Álex no se sentó, se mantuvo a cierta distancia. Sara advirtió cómo evitaba las zonas donde la hierba crecía más alta para no atravesarla sin darse cuenta, imaginó. De algún modo podría pisarla si era preciso ocultar su condición, pero la rastreadora supuso que eso le obligaría a mirar constantemente al suelo. Era más cómodo caminar sobre terreno llano.

—¿Qué ha pasado?, —repitió Álex.

—Se había pirado. Buscamos por toda la disco, pero ya no estaba.

Luego Sara se puso nerviosa y nos obligó a venir al cementerio más aburrido del mundo.

—Así que has fallado.

—¡Y un huevo! En cuanto pille a la piba veremos si la seduzco o no, listillo. Ni se te ocurra quitármela.

Álex miró a Sara con desaprobación.

—¿Vas a culparme a mí?, —se indignó la rastreadora—. No tengo tiempo para tus sermones, Álex. Ni me importa lo que creas que tienes que decirme. ¿Dónde está el Gris?

—Esperaba que se encontrara aquí.

—Pero si estaba contigo cuando nos fuimos.

—Nos separamos. Harley tuvo una reacción… extraña y salió corriendo. El Gris fue tras él y me mandó a buscaros.

—¿Reacción extraña?, —se interesó el Niño—. A ver si lo adivino: se sacó la tranca y se puso a mear en la calle.

—Te mandó que nos vigilaras, ¿verdad, Álex? —Se molestó Sara, que no prestaba atención a Diego—. ¿Por qué el Gris fue tras Harley? ¿Qué importa lo que Harley haga?

—Importa —contestó Álex.

—¿De qué va ese rollo?, —preguntó Diego—. ¿Qué pasa con Harley?

—Álex sabe quién es en realidad y está a punto de decírnoslo, ¿a que sí? La rastreadora se sintió satisfecha al descubrir una mueca en el rostro de Álex. Le miró con descaro, desafiándolo a ocultarle un secreto al Niño.

—¡Qué guay! —Se relamió Diego—. Venga, va, suéltalo.

—Es solo una teoría —le advirtió Álex.

—Ya, ya, pero suéltalo de una vez, macho.

Sara también se moría de ganas de saberlo, claro que lo disimulaba mejor que el Niño, que no paraba quieto, daba pequeños saltitos de impaciencia mientras miraba a Álex con los ojos abiertos al límite. Si Álex no se lo decía

pronto, Diego se abalanzaría sobre él para suplicar o para atizarle. En cualquier caso, el secreto de Álex quedaría al descubierto y no podía consentirlo.

—Está bien, pero relájate, Niño —pidió Álex—. Si no nos equivocamos, Harley es un demonio.

Diego volvió la cabeza hacia Harley, que continuaba dormido entre las lápidas.

—Un demonio…

Y salió corriendo tan rápido como pudo. Resultó que el Niño se movía mucho más deprisa de lo que ella había supuesto con aquellas piernas raquíticas. Lo vio desaparecer en las ruinas del mausoleo.

Un demonio… Ella también tuvo ganas de salir corriendo.



El Gris y Sombra se cruzaron en medio del callejón a toda velocidad.

Después de rebasarse mutuamente, se detuvieron. El Gris tenía un corte en la pierna, poco profundo. El vampiro seguía intacto.

Giraron, se midieron, caminaron en círculos sin dejar de mirarse a los ojos. Sombra ya no estaba relajado, sino en guardia. El Gris se acercó recto con el cuchillo bien sujeto. El vampiro dio un paso lateral, ágil, elegante, mantuvo la distancia. El Gris dio una zancada larga. Sombra se desplazó hacia el lado opuesto en un movimiento arriesgado. El cuchillo le pasó a un centímetro de la cara. Lanzó una patada que solo alcanzó la parte baja de la gabardina.

El Gris arqueó la espalda y saltó hacia atrás para girar en el aire.

Con los pies arriba y la cabeza abajo describió un arco con el cuchillo antes de completar la vuelta y caer de pie. Sombra saltó antes de recibir un corte en la pierna, por encima del Gris, cayó primero con las manos, luego metió la cabeza en el pecho, giró en el suelo y se volvió a levantar a dos pasos de distancia. Casi de inmediato se agachó. Una papelera pasó por el lugar en el que estaba su cabeza y se estrelló contra la pared. El vampiro saltó de nuevo y aterrizó sobre un coche, cuya alarma empezó a sonar. El Gris le lanzó el cuchillo. Sombra se arqueó y lo esquivó. Apoyó las manos en el techo del coche, tomó impulso y aterrizó frente al Gris, quien detuvo un puñetazo que iba directo al estómago. El Gris atacó con el codo a la cara de Sombra, falló.

Intercambiaron una sucesión de golpes tan rápidos que sus extremidades parecían borrones. Ninguno acertaba. Los golpes los esquivaban o los bloqueaban, algunos tan solo eran fintas. Se aprovechaban de sus movimientos y de los del contrario para recuperar el equilibrio y adoptar una postura diferente. Casi parecía que todo aquel baile era el resultado de una coreografía.

—Aún no jadeas —dijo Sombra—, pero pronto lo harás. No aguantarás mi ritmo.

El Gris alzó la vista.

—Lo aguantaré hasta que salga el sol.



—Tranquila —dijo Álex—. Ya vendrá. El Niño es así.

Sara todavía miraba a Harley, que seguía durmiendo entre las tumbas.

—¿No es peligroso?, —preguntó tratando de disimular su miedo.

Ella y el Niño no servían de mucho en un enfrentamiento físico, y Álex…, como si no existiera. Estaban a merced de Harley, del demonio. No obstante, había tenido ocasión de acabar con ellos si esas hubieran sido sus intenciones, pero aun así no se quedaba tranquila.

—Sí lo es —contestó Álex—, pero no para nosotros. Al menos por ahora. Nuestra teoría es que le han ordenado seguir al Gris, por eso siempre busca al Niño o a uno de nosotros.

Al Gris no podía encontrarlo nadie por medio de runas, de modo que tenía sentido. La rastreadora entonces creyó entender por qué el Gris lo había arrojado por una ventana cuando no había un motivo aparente. Lo estaba probando. Harley había muerto por la caída y en el Infierno le habían dado un nuevo cuerpo. Solo se les podía matar definitivamente cortándoles la cabeza, o eso le había explicado Diego.

—Imagino que no sabéis por qué tiene que seguir al Gris.

—No lo dirá. Los demonios cumplen órdenes de los ángeles caídos. Le habrán ordenado no revelar sus intenciones, del mismo modo que nunca revelará su verdadero nombre.

A un demonio se le podía invocar con su auténtico nombre, incluso controlarlo hasta cierto punto. Sara no contaba con que el Niño saliera del mausoleo mientras Harley siguiera allí. Pobrecillo, no era capaz de dominar su miedo, a pesar de que habían sido amigos. Hasta ese momento, claro. Seguro que había sido un golpe terrible enterarse de que era un demonio.

Sara cada vez se sentía más incómoda en aquel grupo: un fantasma, un niño maldito, un cambia-cuerpos, un demonio y un hombre sin alma. Vaya cuadro.

—No creo que quiera matar al Gris —dijo Sara, porque era lo que pensaba y lo que deseaba creer.

—Lo que quiera no importa, solo lo que le hayan ordenado —puntualizó Álex—. Pero coincido contigo. No ha venido a matarle. Eso es lo complicado del asunto.

—¿A qué te refieres?

—No tenemos ni idea de por qué está aquí Harley.



El Gris amagó a un lado, giró sobre el talón izquierdo y atacó por el lado opuesto. Sombra saltó, rodó por el suelo, se levantó, saltó de nuevo, unos tres metros, hasta acabar aferrado a un saliente de la pared. Allí tomó impulso y se lanzó sobre el Gris, desde arriba. El Gris se agachó y cortó la farola de un tajo limpio, la cogió en el aire y la retiró un poco hacia atrás, luego la descargó hacia adelante con todas sus fuerzas. Acertó a Sombra en pleno vuelo.

El vampiro voló de espaldas unos diez metros. Se estrelló contra el techo de un coche, rebotó, chocó contra otro que estaba aparcado detrás y cayó al suelo. Gimió. El Gris corrió hacia él. Sombra arrancó la tapa de una alcantarilla y se la arrojó. El Gris se inclinó a la izquierda y alzó el brazo derecho sujetando la gabardina. La tapa de la alcantarilla se perdió dentro. Con un movimiento brusco, cambió la postura al lado contrario y estiró el brazo izquierdo, tensando la gabardina. La tapa de la alcantarilla salió con la misma velocidad con la que había entrado, pero en la dirección opuesta.

El vampiro recibió un segundo golpe demoledor. La tapa le golpeó en el pecho, de canto. De nuevo se vio arrastrado varios pasos hacia atrás hasta empotrarse contra la pared. Escupió sangre. Un crujido interno le avisó de la rotura de varias costillas. Los ojos se le enrojecieron.

El Gris ya estaba sobre él. Le lanzó un puñetazo que dejó un racimo de grietas en la pared, justo donde un instante antes se apoyaba la cabeza de Sombra. El vampiro detuvo una patada, evitó un codazo, pero no logró esquivar el cuchillo, que le clavó la mano al muro.

El Gris se preparó para el siguiente ataque. Sombra liberó la mano ensartada tirando de ella hacia abajo, con el precio de rajársela a la mitad. Con la mano destrozada y ensangrentada cubrió la cara del Gris, que no lo esperaba, y con la otra le dio un puñetazo. El Gris giró en el aire, en

horizontal, antes de desplomarse en el suelo. Una patada lo elevó por encima de un coche para terminar estrellado de espaldas en el asfalto.

Sombra había logrado alejarlo mientras recobraba el aliento. Dio un par de zancadas largas y saltó. Se deslizó por la fachada del edificio hasta una ventana en el segundo piso, que rompió de un codazo, y desapareció en su interior.

El Gris, aturdido pero recuperado del golpe, saltó encima de un coche y luego, con todas sus fuerzas, a la misma fachada por la que había escapado el vampiro. No llegó tan alto como Sombra. Clavó el cuchillo en la pared y se quedó colgando. Se impulsó con los brazos hacia arriba. En el aire sacó otro cuchillo de la gabardina y apoyó el pie en el mango del que había clavado primero. Desde allí, alcanzó la ventana rota. Se deslizó dentro sin pensarlo dos veces.



Sara se acercó más a Álex, a su rostro.

—¿Te molesto? No, estás inquieto por otra razón. El Gris, claro. En tu caso, no puede tratarse de otra cosa. ¿Te has quedado sin palabras? ¿Tú? Si el Gris fue detrás de Harley, y Harley está aquí, ¿dónde se ha metido?

Álex dio un paso atrás.

—Aléjate. El Niño podría volver en cualquier momento y si me atraviesas y…

—Ni se me ocurriría —repuso la rastreadora con asco.

—Podrías tropezar. Aléjate —repitió Álex con firmeza.

Sara obedeció.

—¿Crees que se ha topado con Sombra?

—Ojalá. En su estado, el Gris acabaría con él en menos de un segundo.

—¿Y si se hubiera curado?

—Imposible.

—¿Y si hubiera encontrado el modo?, —insistió Sara.

—Entonces, el Gris está muerto.

A la rastreadora no le gustó la certeza de sus palabras. No bromeaba.

—¿Me estás diciendo que no hay ni una sola posibilidad de que el Gris venza a Sombra?

—Siempre hay una posibilidad…

—Lo sabía.

—Entre cien. No apostaría por ello.

Sara no estaba dispuesta a creerlo.

—El Niño me dijo que el Gris ya ha matado vampiros otras veces.

—Sí, con la ayuda del sol, con preparación, atacando primero, cuando no se lo esperan, usando trampas, con ayuda. Hay muchas formas. Pero en una pelea justa, cara a cara, sin ninguna anticipación, que es lo que insistes en suponer… Ahí no hay nada que hacer. Los vampiros no sometieron al resto del mundo por ser los más débiles, precisamente.

—Nunca pensé que te oiría a ti hablar de peleas justas.

—Porque te empeñas en plantear hipótesis y te sigo el juego mientras esperamos a que venga el Gris.

La rastreadora aceptó la reprimenda en silencio. Solo pretendía estar preparada, saber las opciones con las que contaban en el peor de los casos, si Sombra se curaba, o si otro vampiro iba tras ellos.

—¿Insinúas que nadie puede vencer a un vampiro en una pelea cara a cara?

—En general, así es. Hay excepciones, claro, gente fuera de lo normal. Tu novio, por ejemplo, es uno de los magos más fuertes que existen. Alguien así podría con un vampiro.

—No te metas en mi vida privada, Álex —le advirtió Sara—. No es asunto de ninguno de vosotros. Y, antes de que lo digas, ya he hablado con el

Gris sobre eso y no le importa. Quiere que sea feliz.

—Quiere que sigas viva, que no es lo mismo.

Esta vez a Sara ni siquiera le molestó su arrogancia.

—Conozco tu teoría sobre los nuevos sentimientos del Gris y me da igual lo que pienses.

—Te importa lo que pienso y mucho. Porque sabes que un hombre sin memoria, sin sentimientos, que solo conoce el dolor y el sufrimiento, no es el más indicado para conocerse a sí mismo.

—Lo que no implica que tú sí lo seas. No, en serio, no me interesa lo que creas saber. Volvamos a los vampiros. Decías que solo alguien excepcional tiene una oportunidad contra ellos. Esa es la definición del Gris, ¿no?

—En combate no. Es bueno, pero no tanto. Su mayor problema es la falta de miedo, le hace imprudente.

—¿No puede igualar la fuerza de Sombra con las runas que se graba en el cuerpo?

—No es probable. De todos modos, la fuerza física no es el problema. Ese es un privilegio de los magos.

—¿La agilidad?

—Tampoco.

—Entonces, ¿qué es lo que los hace tan letales en combate?



Había mesas y ordenadores. Ofrecía el aspecto de una oficina alquilada por una empresa pequeña en un piso antiguo de Madrid, algo muy habitual en

la zona centro de la ciudad. El espacio era amplio y diáfano, seguramente gracias a una reforma que incluyera la eliminación de tabiques. Estaba oscuro.

En primer lugar, el Gris comprobó el techo. No quería que el vampiro lo sorprendiera desde arriba. Luego retiró la venda de la mano y se hizo un pequeño corte en la palma. Dibujó una runa en la pared con su propia sangre. La repasó para activarla y las líneas se iluminaron con una luz roja que inundó la estancia.

—Falta poco para el amanecer —dijo—. Y Eva está ahí fuera, en alguna parte. Si no te muestras…

Sombra entró por una puerta que debía de dar a un pasillo.

—¿Piensas que huyo de ti, Gris? Y a mí me llaman arrogante… En fin. No deberías haber mencionado de nuevo a mi sobrina. Ahora me has enfadado —añadió con una sonrisa deslumbrante.

El Gris se acercó con cautela. Sombra dio un paso hacia él.

Ninguno se detuvo ni se desvió. Ambos atacaron al mismo tiempo, ambos recibieron un puñetazo: el Gris en la cara, Sombra en el pecho.

Cayeron hacia atrás, se levantaron, y volvieron a enzarzarse en un remolino de golpes.

Había menos fintas y bloqueos, más golpes, aunque con menos fuerza y precisión. Durante un tiempo, casi pareció una pelea de personas corrientes. Ninguno daba la impresión de superar al otro con claridad. Cuando el Gris varió el ritmo, logró atravesar el brazo de Sombra con el cuchillo. El vampiro clavó las uñas en el muslo del Gris con la mano sana. La sangre empezó a chorrear.

Sombra agarró una solapa de la gabardina y tiró con fuerza hacia arriba. El Gris salió despedido hacia el techo, que se agrietó al empotrarse en él y acabó sobre una mesa que no resistió el peso. Había logrado no soltar el cuchillo. Trataba de sobreponerse al mareo y levantarse, cuando otra mesa le cayó encima y lo aplastó. De nuevo las uñas del vampiro le atravesaron la carne, el gemelo de la otra pierna.

Sombra tiró y lo sacó de debajo de las mesas. Luego giró y estrelló al Gris contra la pared sin soltarle la pierna. Le levantó de nuevo y le arrojó contra la pared opuesta. Pero ese otro tabique resultó ser de pladur. La excesiva fuerza que Sombra había imprimido contando con que sería un muro de carga, hecho

con ladrillos, provocó que él también se viera lanzado hacia adelante, después de que el Gris atravesara la pared.

El Gris estuvo a punto de perder el conocimiento. A duras penas fue consciente de la caída del vampiro. Antes de sacudirse los escombros de encima, a sabiendas de que solo disponía de un par de segundos, descargó una patada en la cabeza de Sombra, que tenía justo a tiro. No podía incorporarse todavía, así que rodó hasta aproximarse a los pies del vampiro y lanzó la cuchillada a ciegas. Atravesó la pierna de Sombra por detrás de la rodilla. La punta asomó justo por encima de la rótula.

El vampiro solo pudo incorporarse a medias, porque el Gris lo tumbó de un codazo. Con la otra mano extrajo el cuchillo y se lo clavó en el corazón. Cargó todo su peso sobre el puñal, y enterró la hoja hasta el mango. Sombra escupió sangre por la boca.



—El auténtico problema es la capacidad de regeneración de los vampiros —dijo Álex—. Eso es lo que les hace tan peligrosos.

—¿Pueden curar cualquier herida?, —preguntó Sara—. ¿Al instante?

—Excepto las del sol. De noche, el único modo es cortándoles la cabeza. Las estacas en el corazón, los crucifijos, el ajo y todas esas estupideces no sirven de nada.

La rastreadora reflexionó sobre ello. Se alegró de que estuvieran especulando sobre un imposible y que Sombra estuviera en realidad quemado y medio muerto. Saber eso, no obstante, no fue suficiente para saciar su curiosidad.

—¿Y pueden curarse sin límite? Quiero decir, ¿no se cansan?

—Para agotar a un vampiro, hay que infligirles diversas heridas graves y que su contrincante no reciba ninguna, porque nadie más puede regenerarse. También hay que tener cuidado de que no muerda porque la sangre le renueva las fuerzas. En resumen, a menos que se trate de un vampiro incompetente en lo que al combate se refiere, es poco probable que nadie lo venza en una lucha sin ventajas previas. Por eso hay que planear una pelea con un vampiro y jugar sucio, o mejor huir, si se puede.

Sara no necesitó más para convencerse de que enfrentarse a un vampiro no era ninguna broma, ni siquiera para el Gris. Que precisamente Álex no tuviera la certeza de que sobreviviría a ese encuentro era una señal inequívoca del peligro que correrían todos si dejaban que Sombra se curara.

—Utilizar a la sobrina de Sombra fue idea tuya, ¿verdad?

Álex mostró sorpresa.

—Yo pensaba que el Gris lo mataría en la trampa que le tendimos. La idea fue suya, aunque no me creas.

—Es cierto. No te creo.

—De todos modos, es inevitable llegar a esa idea, es la más apropiada para hacerlo salir. Ni siquiera tuve que convencerlo. Me sorprendes, Sara. ¿Preferirías que el Gris muriera? Sé que no, pero en esta ocasión, no veo claras tus intenciones, salvo cargarme a mí las culpas de lo que no consideras correcto.

—Es una niña. Preferiría que acabara con el vampiro sin llevarse a inocentes por delante. O mejor, que dejaran la lucha y se entendieran.

Si Álex no fuera… Álex, la rastreadora habría jurado que le había escuchado una carcajada por primera vez.

—Que se entendieran… Esa es buena. ¿Sabes lo que quieren los vampiros? Quieren matar ángeles. ¿Te parece bien que el Gris les diga cómo hacerlo, suponiendo que pudiera? La verdad, eso no te pega nada.

Ignoraba ese detalle. Por supuesto que no deseaba ningún mal a los ángeles. Solo estaba harta de muertes y de peleas, de que siempre estuviera en juego la vida de alguien.

—No te atormentes —dijo Álex—. Los ángeles ya no importan. Ahora es personal. Aunque el Gris le dijera a Sombra lo que quiere, el vampiro lo mataría igual por meterse con su familia.

—Y el Gris hará lo mismo porque mordió al Niño. Sí, lo sé. Lo entiendo.

Solo había una manera de que la disputa entre ellos terminara.

—El Gris lucha por los ángeles. Deberías estar orgullosa de él. Es tu héroe, se enfrenta al enemigo más temible por proteger a los siervos de Dios. Y yo debería estar cabreado por ayudar a Mikael, aunque sea indirectamente. El angelito nos robó una página de La Biblia de los Caídos. Una situación curiosa.

A la rastreadora le parecía más bien confusa. No estaba acostumbrada a que Álex pensara en voz alta, que compartiera con ella sus inquietudes. Debía de tratarse de otra de sus estratagemas para manipularla.

Desvió la vista a la derecha, hacia la pendiente que descendía hasta el centro del claro, donde reposaba el árbol muerto. Allí solían reunirse. Pero el Niño permanecía en el mausoleo y Harley dormía entre las tumbas.

—¿No deberías ir al árbol, por si viene el Gris? Está amaneciendo.

—Aún no ha llegado —repuso Álex.

—¿Dónde estará?

—Buscando a Eva. Cosa que no tendría que hacer si el Niño y tú hubierais cumplido con vuestro cometido. Sois unos inútiles.

A Sara ya no le afectaban las acusaciones de Álex. Recordaba lo intimidada que se sintió por él la primera vez, cuando se enfrentaron a la hija de Mario Tancredo, cuando no lo conocía, cuando pensaba que estaba vivo. Por suerte ahora sabía mucho más de él.

—Yo no estaba cuando le tendisteis la trampa y fracasasteis, ¿recuerdas? Y el Niño fue un actor involuntario de vuestro plan. Así que no nos culpes a nosotros.

—Culpo al Gris. Nunca debió dejaros intentarlo siquiera.

—Nunca debió dejar que tú le acompañaras.

—Habría muerto hace tiempo de no ser por mí.

—Eso no lo sabes.

—Claro que lo sé. Sé muchas cosas. Por ejemplo, que yo no lo abandonaré nunca, bajo ninguna circunstancia, pase lo que pase. No como tú, que vas a dejarlo en cuanto esto termine. Siempre supe que eras una blanda.

—Esta vez no te funcionarán tus manipulaciones. Me convenciste una vez para que me quedara, pero no volverá a pasar. Piensa lo que quieras de mí.

Álex la miró con más intensidad.

—Hace falta carácter para que de verdad no te importe la opinión de los demás, un carácter del que tú careces. Siempre has tratado de demostrar que no eres la inútil que has resultado ser.

—No he hablado de los demás, sino de ti. Me dan lo mismo tus opiniones, Álex. Hasta que acabe el conflicto con Sombra, tengo que soportarte. Ahórrate tus brillantes análisis psicológicos sobre mi persona.

—De acuerdo. ¿Quieres que te cuente más sobre vampiros?

Entonces, deslúmbrame primero con tus teorías sobre mí. Me he fijado en que tu mano no tiembla tanto ahora que estás conmigo. Curioso.

Sara miró su mano y comprobó que era cierto.

—Eres un monstruo.

—Demasiado simple. Esfuérzate un poco más. Tenemos tiempo.

—Nunca he hablado tan en serio. Tú eres la principal razón de que me marche. No quiero tener nada que ver contigo, jamás. Te rastreé. No quería, pero cuando…

—Cuando te salvé.

—Cuando me cogiste, sucedió. Y vi tu muerte.

—Lo sé.

—Entonces, ¿qué esperas de mí?

—Que lo asumas, que entiendas cómo es el mundo y dejes de asustarte por cualquier cosa. Que aprendas de una maldita vez.

—¿Llamas a eso cualquier cosa?, —se indignó Sara—. Podría pensar que estás loco, Álex, pero sé que no es el caso. Por tanto, no quiero ni intentar entenderte. La mejor conclusión a la que podría llegar es a que estás enfermo o algo por el estilo, o qué sé yo. Lo cierto es que me das asco. Nunca había sentido tanto rechazo por ninguna persona. —La rastreadora estuvo a punto de escupir para demostrar su desprecio—. No sé nada de la muerte, pero sí sé que tú pagarás por lo que hiciste, logres o no tu misión. Estás condenado.

—Sí que te ha impresionado mi muerte. No imaginé que empezarías a creer en supersticiones religiosas.

—No mezcles la religión porque no tiene nada que ver. Es puro sentido común. Tu único objetivo es matar al Gris y no te importa hacerle pasar por un infierno. Y para poder conseguirlo, no se te ocurrió nada mejor que suicidarte… —Esta vez sí escupió—. Es imposible que no acabes lamentando lo que hiciste y lo que estás haciendo. Yo no tengo el menor interés en presenciar cómo acabáis los dos, tú y el Gris. Habría que ser imbécil para creer que será comiendo perdices.



Sombra agarró las muñecas del Gris, que aún empuñaba el mango del cuchillo con las dos manos. El vampiro empujó hacia arriba. El puñal ascendió medio centímetro, luego otro poco más. El Gris cargó con más fuerza el peso de su cuerpo sobre el vampiro y presionó, pero el cuchillo no se movía.

Sombra le asestó un puñetazo al tiempo que le hincó la rodilla en un costado. Después alzó la cabeza y le mordió el antebrazo, hundiendo los colmillos hasta el fondo. Notó cómo se quebraban los huesos entre sus mandíbulas y se le llenó la boca de sangre. La presión sobre su pecho cedió un poco, pero el peso del Gris mantenía el cuchillo clavado en el corazón. Sombra liberó el brazo roto del Gris y le escupió en la cara su propia sangre.

—Nunca había probado nada tan asqueroso.

Le golpeó de nuevo y el Gris salió despedido hacia atrás. El vampiro se incorporó hasta quedar sentado. El Gris observó cómo se cerraba la herida en el pecho de Sombra; con su propio brazo no sucedió lo mismo. Estaba en desventaja para proseguir la lucha y ambos lo sabían. Sombra lo reflejaba en la autosuficiencia con que le miró.

El Gris se alejó con dificultad. Además del antebrazo roto, le fallaba la pierna cuyo muslo Sombra había desgarrado. Derribó una puerta con el hombro y salió al rellano. Descartó encerrarse en el ascensor, así que se acercó a las escaleras. Le llegaron voces de abajo y reparó en los alaridos de la sirena de un coche de policía. Se encaminó al piso de arriba.

La intervención de la policía eliminaba cualquier esperanza de ganar la pelea. Aun en el improbable caso de que, en su estado, lograra superar al vampiro y reducirle, Sombra solo tenía que morder a un policía para recuperarse casi de inmediato. Su única oportunidad consistía en cortarle la cabeza sin antes agotarlo, algo imposible con un brazo roto y una pierna herida.

Llegó hasta el quinto piso y siguió subiendo. Por ahora, debía alejarse de los policías. Ascendía más rápido de lo que su pierna le permitía. No recordaba cuántas plantas tenía el edificio, quizá una decena. Su única esperanza era alcanzar la azotea y escapar del vampiro al amparo de la luz del sol.

El inconveniente era que se trataba de un plan demasiado evidente. Sombra lo interceptó en el noveno piso. Tenía la camiseta desgarrada y manchada de sangre. Por lo demás, no presentaba ni un arañazo. El Gris cojeaba, un brazo le colgaba inerte. Con el otro trató de clavarle el cuchillo en el cuello. El vampiro se echó a un lado sin esfuerzo.

—¿Eso es todo? Vamos, Gris, no me decepciones.

Le esquivó otra vez, se desplazó a su alrededor en círculo, con pequeños saltos laterales. Cuando el Gris se giró para encararlo, el vampiro le barrió la pierna buena y le hizo caer al suelo.

—Vamos, hombre sin alma. No me tienes miedo. Tú no le temes a nada. ¡Vamos! Tú puedes hacer lo imposible.

El Gris se levantó con dificultad, apoyando solo un codo en el suelo. Sombra esperaba con los brazos cruzados. El Gris le dio un puñetazo en la cara, que el vampiro ni siquiera intentó esquivar.

Demasiado flojo. La cabeza de Sombra se movió solo un poco.

—No sé por qué pensé que serías un reto.

Sombra le devolvió el golpe. El Gris voló de espaldas, atravesó una pared y acabó en el suelo cubierto de cascotes y los restos de una mesa. El vampiro

entró despacio por el hueco de la pared. Se agachó, lo agarró por las solapas de la gabardina y lo levantó. Luego le aplastó contra un muro. Agarró el otro brazo, el bueno, y lo retorció hasta que los huesos crujieron.

—Ni una mueca, ni un gemido. —Sombra frunció los labios, desilusionado—. Al menos te concedo eso.

Retiró el labio superior. Los colmillos crecieron, blancos, afilados. Sombra inclinó la cabeza sobre el cuello. El Gris también, solo que mucho más fuerte. Estrelló la frente contra los colmillos de Sombra, rompiéndolos. Un fragmento se le quedó clavado en la frente; otro tintineó en el suelo. El vampiro dio un paso atrás, lleno de estupor. El Gris salió corriendo con los dos brazos rotos colgando.

Quedarse allí suponía morir.

El sol brillaba con suficiente intensidad al otro lado de la ventana.

El Gris tomó impulso con las últimas fuerzas que le quedaban y saltó.

El cristal reventó en pedazos en lo que resultó un golpe doloroso que le abrió varios cortes más.

Sintió el calor del sol sobre la cara.

Sintió también que comenzaba a caer desde un noveno piso.



6

—¡La tenía en el bote! —Mike dio un puñetazo sobre la mesa y derramó la taza de café, manchando el jersey de su estimado amigo—. Me has estropeado el plan con la tía esa porque me tienes envidia. ¡Porque tú nunca te comes una rosca!

Steven suspiró mientras tomaba una servilleta de papel y se limpiaba el café.

—Tú tampoco —repuso—. Ya ni me acuerdo de la última vez que ligaste en una discoteca, así que no te pongas tan dramático. Y deja de culparme. ¿Cuántas veces te he dicho que eres mucho más feo de lo que te crees?

Mike gesticuló, pero no llegó a decir nada. Miró con desagrado la taza de café que acababa de volcar.

—Voy a pedir otro —dijo de mal humor.

Steven le vio acudir a la barra del bar. Se movía despacio y con torpeza. Ambos estaban agotados después de pasar la noche entera en la discoteca y con la cabeza algo espesa debido al alcohol. No era la primera vez que terminaban así y no sería la última. Steven no entendía por qué le seguía acompañando. En realidad, sí lo sabía, solo que no le gustaba pensar en ello. Se trataba de la esperanza de conocer por fin a una chica con la que congeniara.

Hoy en día había más posibilidades, como internet, para conocer a alguien supuestamente compatible. La pega era que Steven no creía en la eficacia de los algoritmos informáticos en lo que a relaciones humanas se refería. Prefería

el método tradicional: una copa, una charla insustancial, algún chiste, un primer beso. El primer inconveniente era acercarse y romper el hielo. Ni siquiera con una buena dosis de alcohol en el cuerpo lograba Steven reunir el valor de iniciar una conversación con una desconocida. Y ahí entraba Mike en escena. Su amigo era justo lo contrario. Resultaba prácticamente imposible que Mike estuviera cerca de una chica sin tratar de ligar con ella. Carecía de sentido del ridículo, su autoestima era infinita y repetía una y otra vez un mantra que le insuflaba el ánimo necesario para acercarse a las mujeres:

—Total, el no ya lo tenemos —aseguraba.

Los resultados no eran para enorgullecerse. Steven había perdido la cuenta de la cantidad de chicas que confirmaban esa afirmación de que el no ya lo tenían. Lo asombroso era que Mike no se rendía. Lo que le asombraba aún más era que él siguiera acompañándolo. Su suerte debía de cambiar en algún momento.

Mike regresó a la mesa, dio un sorbo a su nueva taza de café.

—La próxima vez —dijo muy tranquilo— cuando estemos con dos tías, si una se va, tú te vas a por ella, o a tu casa, o a donde quieras, pero desaparece, atontado.

Se refería a las dos chicas que habían invitado a unas copas en la discoteca y que, según Mike, estaban coladitas por ellos.

—¿Cómo sabes que la que se quedó no quería estar conmigo en vez de contigo?

Mike se atragantó con el café.

—Tío, no me preguntes esas gilipolleces cuando estoy bebiendo que me atraganto. Tengo tanto que enseñarte… En fin, ya no me tengo en pie. Paga y vámonos a sobar o me duermo sobre la mesa, aquí mismo.

Steven pagó los cafés.

Al salir a la calle se cubrieron los ojos con las manos, a modo de visera. Después de toda la noche en la discoteca, el sol era una tortura.

Se tambalearon buscando la sombra, hacia un callejón estrecho donde los rayos del sol no llegaban hasta el suelo porque todavía era muy pronto. Mike se encogió de hombros, se abrazó a sí mismo.

—Qué frío, joder.

Soplaba algo de viento y era verdad que la temperatura era baja a esas horas de la mañana. Aunque Steven sospechaba que, además del alcohol, el hecho de llevar solo una camisa ajustada para lucir músculos imaginarios era el principal motivo de que Mike estuviera tiritando.

—Te dije que trajeras una chaqueta.

—El problema es que te traje a ti. —Gruñó Mike—. Si no, ahora estaría en la cama con una tía, calentito, roncando bajo un edredón de plumas como Dios manda. Si no fuera por… ¡Eh!, mira. ¿Qué te parece?

—¿Vas a ponerte eso?

Mike recogió una gabardina negra del suelo que tenía aspecto de llevar ahí tirada mucho tiempo. Una de las mangas tenía dos agujeros pequeños, estaba desgastada, las solapas del cuello dobladas y arrugadas… No era de extrañar que la hubieran tirado a la basura.

Mike se la puso.

—Es calentita —dijo más animado.

—Será por la mugre que tiene. Oye, ¿esas manchas son de sangre?

—¿Tú eres tonto o qué te pasa? Venga, vamos, que tengo sueño.

Steven se apartó un poco de Mike para no tocar la gabardina.

¿Quién usaba gabardinas como esa hoy en día? No era una prenda que se viera mucho. Steven no tardó en olvidarse de ella. En menos de dos minutos ya estaban los dos enzarzados de nuevo en una discusión sobre mujeres. Mike enumeraba los numerosos defectos de Steven que, a su juicio, espantaban a las chicas.

—Octavo: aprende a bailar. Mi abuelo tenía ochenta y ocho años, reuma, un clavo quirúrgico en la rodilla derecha y necesitaba bastón para andar. Bien, pues era el puto rey de la pista de baile a tu lado, macho. ¿Tan difícil es seguir el ritmo como…?

Mike dio un paso hacia adelante muy extraño. Se abalanzó deprisa y a punto estuvo de caer al suelo. Se volvió con gesto de enfado.

—No vuelvas a hacerlo —dijo en tono amenazador—. Discute, defiéndete, pero no me pongas la mano encima.

—¿Yo? Pero si no te he tocado.

Mike endureció el gesto.

—¿Te parece gracioso?

—No tengo ni idea de qué…

Volvió a hacerlo. Mike salió despedido hacia adelante y, como estaba enfrente de Steven, este tuvo que apartarse para que no chocaran. Mike dio otro paso, tratando de mantener el equilibrio, pero no lo consiguió.

Steven corrió a su lado. Se agachó para ayudarle a ponerse en pie.

—¿Estás bien?

Mike volvió la cabeza, extrañado.

—¿Quién me ha empujado?

—Estamos solos —dijo Steven. Entonces entendió el problema—. Creo que se te fue la mano con la última copa. Anda, mejor vamos a dormirla.

—¡Me han empujado! —Mike se levantó hecho una furia—. He notado claramente una mano sobre mi espalda, coño.

Entonces salió disparado hacia adelante. Dio varias zancadas descontroladas y volvió a caer al suelo.

—¡Quítamela!, —chilló—. ¡Quítamela!

Steven se arrodilló a su lado y trató de agarrar una de las solapas de la gabardina.

—¡Deja de moverte! ¡Estás histérico! —Por fin logró tirar de un lado y sacarle un brazo—. ¡Aaah!

Steven cayó hacia atrás, de culo. En la parte interior de la gabardina, a la altura de la espalda, había una mano. ¡Y se movía! La mano tenía una venda sucia que le cubría la palma y se enroscaba alrededor de la muñeca. Steven no lo entendía, no era capaz de procesar esa imagen. Se había quedado paralizado.

Mike extrajo el otro brazo y rodó a un lado. La mano seguía allí, en la gabardina tirada en el suelo, y no solo eso, se estiró hasta que también salió parte de un antebrazo. Mike alargó el pie y le dio una patada a la gabardina para dejarla boca abajo.

Durante un tiempo indeterminado, Mike y Steven permanecieron allí, sentados en el suelo, callados, abrazados.

—No… No puede ser —dijo Mike.

—Tiene que ser la bebida —aseguró Steven.

Pero no lo creía. Vio la mano con total nitidez, no doble.

La gabardina seguía tirada en el suelo.

—Comprobémoslo —propuso Mike.

—¿Qué? ¡No! No pienso tocar eso.

—Estamos borrachos. Si vuelvo la gabardina y no hay nada, nos reiremos de esto. Si no, nos volveremos locos.

Se acercó a la gabardina. Estiró el brazo, despacio, acercó la mano lentamente. Steven quería gritarle que no lo hiciera, pero no le salían las palabras.

De pronto, antes de que Mike llegara a tocarla, la gabardina se abultó. Se elevó un palmo en el aire. Luego se alzó más, dos o tres palmos, hasta que por fin se separó un poco del suelo. Ahora había dos manos apoyadas sobre la acera, una de ellas con la venda que habían visto antes. Luego se vieron los brazos, hasta el codo. Luego apareció cabello gris. La gabardina sufrió una sacudida y se vieron los hombros y la cabeza. Entonces cayó al suelo un hombre cubierto de manchas de sangre.

Mike y Steven observaban mudos de asombro. El hombre terminó de sacar los pies de la gabardina, dos botas que aterrizaron sobre la acera. La gabardina cayó al lado, en el suelo.

—Te juro que si sale alguien más de esa gabardina me desmayo —susurró Mike.

El hombre se levantó con evidentes dificultades. Tenía una pierna desgarrada por varias partes y, por cómo movía los brazos, daba la impresión de que los tenía rotos. Los pantalones vaqueros, negros, presentaban varios cortes y manchas de sangre.

Steven trató de encontrar una explicación lógica. ¿Un vagabundo al que le hubieran propinado una paliza salvaje? ¿Un pobre hombre con el cabello gris que… vivía dentro de una gabardina? No, era imposible racionalizar aquella escena.

—Vámonos —murmuró Steven, asustado.

—Espera —pidió Mike—. Parece inofensivo y puede que necesite ayuda.

En ese momento, el vagabundo los miró. Steven nunca había visto unos ojos como esos, tan grises, tan… vacíos. Rezó para que Mike no le dijera ninguna estupidez a aquel tipo. El vagabundo desvió la vista a la gabardina. Dobló una rodilla y la agarró con la mano vendada.

Estuvo a punto de caer a causa de los brazos rotos.

Tuvo que apoyarse contra la pared y realizar toda clase de posturas extrañas para conseguir ponerse la gabardina. Sonaron varios crujidos, aunque el hombre no dejó escapar ni un solo gemido. Era obvio que en su estado no suponía una amenaza para nadie, pero Steven estaba aterrorizado.

Entonces reparó en el último detalle que hizo que el pánico se desbordara en su interior.

—¡Mike! ¡Vámonos! ¡Ahora!

—Qué pesadito eres. Quiero saber cómo ha hecho el truco de la gabardina. Eh, tronco, ¿te echo una mano?

Steven se interpuso en el camino del bocazas de su amigo.

—¡Hazme caso por una vez en tu vida!

Agarró a Mike por el cuello y le obligó a mirar al suelo. El sol bañaba la zona en la que estaba el vagabundo, pero ninguna sombra se extendía a sus pies.

Mike por fin advirtió el detalle y salió corriendo. Steven lo siguió de inmediato.



Sara tenía serias dificultades para mantener los ojos abiertos. Álex le había dicho hacía un rato que ya había amanecido; sin embargo, en el cementerio, en la parte en la que ellos se encontraban, siempre reinaba una

indisoluble penumbra que confería al lugar un ambiente difuso. La luz de las antorchas y de las runas, distribuidas en tumbas y árboles, ni siquiera bastaba, pero, a la vez, permitía distinguir zonas bastante alejadas. Era incomprensible.

Las condiciones atmosféricas eran estables, agradables, incluso.

La rastreadora no recordaba haber sentido nunca ni frío ni calor estando allí. Ahora apoyaba los brazos cruzados sobre una lápida de mármol, de las pocas que no estaban deterioradas, y se mantenía erguida. La cabeza descansaba sobre los brazos, bostezaba, los párpados le pesaban tanto que…

—¡Niño!

Diego caminaba con paso alegre. Llevaba un bocadillo enorme, de una barra de pan entera y montones de lonchas de fiambre que se salían por los bordes. En la otra mano llevaba un gran vaso de plástico de cerveza, probablemente de litro.

—¿Qué pasa, tía? ¿Planchando la oreja un rato? —Diego le guiñó un ojo —. Yo he sobado un poco ahí dentro —añadió señalando el mausoleo a su espalda.

Sara quería preguntarle por el bocadillo y la cerveza, en especial por lo segundo. Que ella supiera, el Niño no tomaba alcohol, ni un sorbo. Pero Diego ya se acercaba a Harley, de quien había huido al enterarse de que era un demonio. Y sonreía. Tal vez sí estaba dormida y no se había dado cuenta de que aquello no era más que un sueño extraño.

—Eh, Harley, despierta. —Diego le dio una patada.

El motero abrió los ojos, puso su enorme mano arrugada sobre una lápida y se incorporó hasta quedar sentado.

—¡Brad Pitt!

—No se te olvida, ¿eh? Anda, toma. —El Niño le dio el bocadillo, que en las manos de Harley no parecía tan grande—. Ya sabía yo que tendrías hambre. Ese cuerpazo hay que alimentarlo.

También le dio la cerveza. El motero empezó a comer con avidez, y con una total falta de modales. Masticaba con la boca abierta, se le quedaban colgando tiras de fiambre en la boca. Se bebió la mitad del vaso de golpe.

Sara decidió acercarse. Un eructo que retumbó en todo el cementerio la sobresaltó al llegar junto a la pareja.

—Yo no he sido —dijo el Niño.

—¿No te preocupa…?

—¿El qué?

—Ya sabes… Harley… Es un…

—Demonio —terminó Diego—. ¿Te da miedo?

La rastreadora no supo qué responder. No sentía miedo, pero tampoco estaba tranquila.

—Pensaba que tú…

—Sara, voy a ir al Infierno, ¿lo pillas? La maldición de los cojones. Cuando la diñe, pasaré allí una buena temporada. Así que no me vendría mal tener un amigo, ¿no te parece? Es como ir a la cárcel y ser coleguita de uno de los carceleros.

Un punto de vista interesante y lógico, pero que no disipaba su desconcierto.

—¿No te da miedo que sea un demonio?

—El que me jodió bien fue un ángel, ¿recuerdas?

Lo cierto era que Harley no tenía aspecto amenazador, pese a su gran tamaño.

—No se parece a Silvia.

—¿La hijastra de Mario? —Recordó Diego—. Bueno, la fea esa era un híbrido. De todos modos, los demonios son los más distintos entre ellos. Es como si tuvieran diferentes tipos o moldes.

—¿Y de qué tipo es Harley?

—En mi opinión, lo crearon para soltar hostias. El viejo es fuerte. Aunque para mí que no les salió muy bien. El caído que lo creó debía de ser un chapucero que te cagas.

Desde luego, no había razón para crear a propósito un ser que fuera incapaz de sumar dos más dos. Le pareció más probable que fuera el fruto de un error involuntario. Claro que eso implicaba pensar en los demonios como objetos que se fabricaran.

Como Sara no tenía ni idea sobre el asunto, le preguntó al Niño, que seguro que estaba más enterado.

—Ni puta idea. Nadie sabe una mierda de cómo lo hacen los caídos porque los crean en el Infierno. Y, que yo sepa, solo ellos saben cómo ir y venir.

—¿Y los ángeles?

—Puede que sepan cómo ir, pero no van. Al menos yo no he oído nunca que haya pasado. Mira, entre los ángeles y los caídos hay un montón de mierda que los demás desconocemos, así que quién sabe. ¿Estás pensando en hacerme una visita cuando me muera, Sara?

—Plata puede ¿verdad? —Le sonaba que el cazador de dragones les había contado alguna visita al Infierno.

—Ese, seguro. Plata va donde le sale de los huevos. Pero intenta sonsacarle algo y te saldrá con un dragón o yo que sé.

Una nueva obsesión creció dentro de Sara. El Infierno… ¿Cómo sería? ¿Dónde estaba? ¿Podría llegar hasta él si conociera el camino, como hacía con el claro del cementerio en el que se encontraba con los demás? Las preguntas se agolpaban en su cabeza.

—Harley, ¿dónde está el Infierno?

Harley, que ya se había comido la mitad del bocadillo, miró a Sara, sorprendido.

—¿Tú ir?

La rastreadora se agachó frente al motero.

—¿Me dirías dónde está?

—Alma.

Diego apartó a Sara.

—Eh, Harley, seguro que tienes ganas de mear. Espera, campeón, aquí no. ¿Ves aquellos arboles? Ve y vacía la vejiga allí, anda.

—¿Pibitas?

—No, joder, me refiero a… ¿Te acuerdas de cuando estuvimos en el otro cementerio? Te dije que te llevaría a un sitio guay para mear, ¿no? Pues allí hay otro sitio guay. Venga, tira, y no te mees en las botas. —En cuanto Harley se alejó y Diego miró a Sara con mala cara—. ¿Qué te pasa, tía? ¿Quieres ir al Infierno? Y vas y le preguntas a un demonio… Si es que no lo pillas. Se

llevará tu alma, ¿es lo que quieres? Ándate con ojo con lo que le dices a Harley.

—¿No se puede ir estando vivo?

—Pero ¿te crees que allí hay una fiesta o qué?

—No me has contestado.

—Se puede, pero nadie sabe cómo. Los demonios no te lo dirán, no se lo permiten, y te aseguro que obedecen las órdenes que reciben. Buena suerte encontrando a un caído que quiera contártelo.

—¿Tú has conocido a algún ángel caído?

—Hace mucho tiempo. No se dejan ver por nuestro mundo casi nunca, aunque había uno que parecía que le había cogido el gustillo a lo de darse una vuelta por aquí…

—¿Hace mucho tiempo?, —se extrañó Sara.

Diego se tapó la boca involuntariamente.

—Olvida ese detalle.

Sara no pensaba hacerlo. Era obvio que se le había escapado y por la cara que había puesto, la rastreadora se habría jugado la vida a que el detalle guardaba alguna relación con la famosa maldición del Niño.

Diego tenía dieciséis años, pero había nacido hacía menos tiempo, porque la maldición le hacía crecer más deprisa, siempre que curaba a alguien que no fuera el Gris. Era la segunda vez, que ella recordara, que el Niño hablaba del pasado y las cuentas no salían. La primera, fue cuando le relató cómo conoció al Gris. Diego era demasiado joven, según le dijo, y, si ya hacía tiempo que tenía la maldición, significaba que se la tenían que haber puesto siendo un bebé, o un niño muy pequeño, demasiado para poder agitar la ira de un ángel. Le faltaba información.

Con todo, el Infierno se había convertido en su nueva obsesión, al menos por el momento.

—¿Cómo es un ángel caído?

—Como uno normal —respondió el Niño—. La verdad es que eran todos hermanitos y eso. Lo de caídos es para distinguir a los que se enfrentaron al jefazo, pero son ángeles, al fin y al cabo.

—Oh, vaya.

—¿Pensabas que tenían cuernos y rabo, y que eran rojos?

—La verdad es que no sé lo que pensaba.

—Pues son iguales, tía. De hecho, como dos putas gotas de agua en algunos casos. Yo conocí al hermano de Mikael. Y resulta que son gemelos. ¿Te lo imaginas? Si no fuera bastante con un mierda de esos, resulta que hay dos. Ahora que lo pienso, a mí me molaría tener un hermano gemelo. Lo pasaríamos cojonudo con Plata y…

—¡Niño!, —gritó Álex—. ¡Ven aquí!

Sara y Diego corrieron. Ambos advirtieron la nota de urgencia en la voz de Álex, quien raramente se alteraba. Descendieron por una rampa que a los lados tenía muros de piedra medio derruidos, antiguos, con las piedras erosionadas por el paso del tiempo. Llegaron jadeando a la explanada central. Álex aguardaba junto al árbol muerto que dominaba la extensión del claro.

—¿Qué pasa?, —preguntó el Niño—. Como sea una broma, te crujo.

Álex señaló el árbol. Rodearon el tronco. Al otro lado, apoyado contra él, estaba el Gris en un estado lamentable.

—¿Qué coño…?

—Haz tu trabajo, Niño —ordenó Álex—. Cúralo.



—Me temo que se nos han agotado las existencias —explicó el brujo—. No disponemos de ese ingrediente en estos momentos. Si le interesa, podemos anotarlo en la lista de espera y le notificaremos en cuanto…

—Está bien —le interrumpió Sombra—. Ya os conozco, especuladores, y no me importa. Doblo el precio. Cóbralo de mi cuenta.

El brujo negó con la cabeza.

—Solo puedo venderte la estaca. El ingrediente se nos ha terminado, no es una cuestión de dinero. Es tentador, pero aunque me ofrecieras la totalidad de la impresionante cantidad que hay en tu cuenta, no podría aceptarla a cambio de algo que no poseo. No obstante, no puedo resistirme ante un importe tan elevado. Permíteme que te ofrezca…

—No me interesa —atajó el vampiro—. Necesito ese ingrediente.

El chiquillo se acarició la barbilla.

—Mi trabajo consiste en entender las necesidades de los clientes. Si me explicaras la runa que piensas utilizar, tal vez podría encontrar una solución.

Y a Sombra le encantaría explicárselo. Por desgracia, no tenía ni idea de en qué consistía en realidad la runa. Solo sabía cómo utilizarla.

—Es un secreto profesional, mequetrefe. ¿Quién ha comprado las últimas existencias del ingrediente? Tengo entendido que es bastante común. ¿Alguna vez se había agotado antes?

—Nunca —admitió el brujo—. Se trata de una compra masiva. Por desgracia, no estoy autorizado a revelar la identidad del comprador.

—Qué lástima. —Se lamentó el vampiro—. Con todo el dinero que tengo… Ni siquiera sé en qué gastármelo. —Un destello asomó a los ojos del brujo—. Si yo fuera un brujo, uno de los mejores comerciantes del mundo, se me revolverían las tripas si perdiera la oportunidad de extorsionar a un vampiro y vaciarle los bolsillos.

El chiquillo se tambaleó de la emoción. Tuvo que apoyar las manos sobre la mesa.

—Apuesto a que, si un comerciante obtuviera esa suma en una sola operación, le reportaría… prestigio. La clase de prestigio que no se puede comprar.

—Para, por favor —suplicó el brujo.

Le temblaban las manos, se acababa de relamer.

—¿Cuánto vale la reputación, la admiración y el respeto de los compañeros?, —insistió Sombra—. Además, yo podría firmar asegurando que

estoy completamente satisfecho con la compra. Podrías presumir de haber desplumado a un vampiro y, además, haberlo dejado contento.

El brujo desapareció detrás de la mesa. Sonó un golpe. Sombra se asomó y lo descubrió inconsciente. Había subestimado la necesidad de aquellos mocosos de ganar dinero. Lo más frustrante era que ahora no tenía la menor duda de que el ingrediente que necesitaba se había agotado.

—Le ofreciste demasiado —dijo una voz a su espalda—. El pobrecillo no soportó la tensión.

Sombra no había advertido la presencia de aquel extraño. En el territorio de los brujos nadie corría peligro, pero aun así le molestó ser tan descuidado. No había dicho nada comprometido, pero podría haberlo hecho, y aquel individuo lo habría escuchado sin que él se enterara.

No tenía aspecto amenazador, a decir verdad, pero eso no significaba nada. El desconocido tenía los ojos claros y el cabello rubio. Vestía un traje azul oscuro, ocultaba las manos en unos guantes de cuero negro. Había algo extraño en aquellas manos.

—Son unos blandengues —dijo Sombra con aire despreocupado, sin despegar los ojos de las manos enguantadas del desconocido—. Ya nos veremos, amigo.

—No somos amigos… todavía. ¿Sombra, verdad? Es un placer conocer a un asesino tan reputado.

Sombra asintió.

—Estoy ocupado. Pero este no es el procedimiento y ahora mismo no acepto encargos.

—No quiero contratarte, sino ayudarte.

La situación se complicaba por momentos. Juraría no haber visto antes a aquel hombre, que, por el contrario, parecía saberlo todo acerca de él. Si el desconocido había desvelado una ventaja tan clara como esa era porque estaba convencido de su superioridad en aquel momento. De no estar en la tienda de los brujos, habría saltado a su cuello.

—Me encanta que me ayuden —repuso con la mejor de las sonrisas. Tomó asiento en una postura relajada mientras calculaba los movimientos precisos para atravesarle el cuello con los colmillos—. Pero mi mamá me decía que no hay que fiarse de los desconocidos.

—Me llamo Rex —dijo señalando una silla—. ¿Me permites? Muy amable.

—Siempre lo soy cuando alguien va a contarme quién es en realidad.

Rex no sonreía, tampoco tenía gesto serio, así que no pretendía intimidarle ni caerle bien. Sombra estaba confuso.

—Antes era un centinela.

—¿Antes? No tenía noticia de que los centinelas cambiaran de profesión. ¿Estás de vacaciones?

—Supongo que podríamos decir que soy un proscrito. —Rex metió la mano derecha en el bolsillo interior de la americana y sacó un frasco que dejó sobre la mesa. Sombra advirtió rigidez en su pulgar y que no lo movía—. Esto es para ti, el ingrediente que necesitas para la runa.

El vampiro no prestó atención al frasco.

—Qué amable. No voy a matar a nadie para ti.

—Te oí cuando le dijiste eso al brujo. No siempre se trata de matar. Creo que tu profesión no te deja ampliar horizontes.

—En eso te equivocas, Rex. Pero no voy a discutirlo porque no estoy para juegos. —Sombra tomó el frasco y lo guardó—. Gracias por tu ayuda. Como no quieres nada a cambio, me marcho. Suerte con tus actividades al margen del código.

—Ha sido un placer.

El vampiro se levantó con la sensación de que no había jugado bien sus cartas. Podía marcharse con el frasco y Rex no podía impedírselo. Claro que no osaría utilizarlo. Nadie daba nada gratis, de modo que había truco.

En el silencioso enfrentamiento entre ambos, Sombra había fingido que no haría nada por Rex y que no le importaba lo que pudiera esperar de él. Rex había simulado que podría llevarse el frasco sin pedir nada a cambio. Era una disputa sobre quién mantenía su postura.

Y había perdido Sombra.

—Eres bueno —dijo volviendo a sentarse—. Oí algo sobre centinelas que perseguían a centinelas. Me encantaría conocer tu historia.

—¿Oíste también que había muerto un ángel? —Sombra asintió. Todo el mundo lo sabía—. Los centinelas que servíamos a ese ángel caímos en desgracia. Me interesa lo mismo que a ti, Sombra, quiero saber cómo el Gris mató a Samael.

—Vaya, has conseguido que la conversación se vuelva interesante —dijo el vampiro—. Lo malo es que no me siento cómodo comprobando todo lo que sabes, que por cierto es demasiado, ya que no dudo que estás al corriente de mi confrontación con el Gris.

—Sé mucho más que eso. Por ejemplo, quién es el responsable de que se hayan agotado los ingredientes más comunes.

—Todavía no te he calado, Rex, lo admito. Pero sé por experiencia que es fácil colar alguna mentira entre muchas verdades. Necesito alguna prueba de que eres quien dices ser.

Rex asintió.

—Pregunta a Edgar.

—¿Edgar?

—Es un centinela que conociste cuando perseguías a Mario Tancredo, ¿recuerdas? Él es quien me arrancó este pulgar —dijo Rex alzando la mano —. Seguro que ya te habías fijado en que no puedo moverlo. Llevo una prótesis.

Sombra no planeaba consultar a Edgar. Era cierto que lo había conocido, pero no se habían llevado especialmente bien. Además, ya no dudaba de la identidad de Rex.

—Solo te falta explicar cómo sabes tanto.

—Me lo ha contado… mi socio.

—¿Socio?

—Un ángel caído —aclaró Rex.

Esa era una revelación imposible de pasar por alto. Los ángeles caídos no acostumbraban a dejarse ver, menos aún se relacionaban con los mortales. Para sus asuntos terrenales recurrían a los demonios.

—¿Sabes? Cuesta creer que un ángel caído no sepa cómo matar a un ángel.

—Lo que no saben es cómo lo logró el Gris. Ni tampoco si alguien más sería capaz de hacerlo. Por tanto querían averiguar lo mismo que los vampiros. Pero probablemente por razones distintas. La amenaza de poder morir a manos de un mortal era igual para todos los ángeles, caídos o no.

—Los vampiros no compartirían esa información sin más.

—No estoy hablando con los vampiros, sino contigo.

—¿Qué insinúas?

Rex apoyó los codos en el reposabrazos de la silla y se inclinó hacia adelante.

—Los vampiros tienen problemas desde que los maldijeron. Esos problemas se han agravado en los últimos tiempos. Tú eres la prueba de la gravedad de esos problemas o no serías el más joven de todos. En los últimos siglos los vampiros apenas han tenido relevancia alguna en el mundo. Y ahora, de repente, después de tanto tiempo aletargados, se ponen en marcha, justo cuando un ángel muere. ¿Crees que es una coincidencia?

—¿Adónde quieres llegar?

—Vuestro futuro no es prometedor. No es probable que sobreviváis mucho más. Ahora son los magos quienes asumen el papel dominante, y, por cierto, quienes compraron todos los ingredientes.

Los magos fueron muy listos y pacientes. Esperaron, buscaron a los suyos a lo largo de los siglos y se hicieron fuertes, en silencio, sin que nadie les prestara demasiada atención. Ahora han llegado a un acuerdo con los vampiros. Ignoro sus términos, pero estoy seguro de que no os conviene.

—Quizá no sepas tanto sobre nosotros como piensas, Rex.

—Quizá. Pero tú puedes informarme y los vampiros no tienen por qué saberlo.

—No pretendo ofenderte. Tú puedes traicionar a los tuyos y pasar de servir a un ángel para servir a un caído, pero no es mi estilo. Un vampiro nunca traicionaría a los suyos.

—Entonces pereceréis.

—He oído amenazas mejores —se burló Sombra.

—¿Compartir información es una traición? No pretendo que hagas nada contra los tuyos y no entiendes que puedes necesitar un aliado en el futuro.

Los solitarios no duran mucho.

Sombra sacó el frasco y lo dejó sobre la mesa.

—Soy un hombre de honor. No puedo garantizarte que te vaya a contar nada, así que no puedo aceptarlo.

—Quédatelo. No es un trato, es para ti. Haz lo que quieras, cuéntamelo o no lo hagas. Pero nadie te exigirá nada por ese frasco. Nosotros no actuamos así.

—¿Quiénes sois vosotros?

—Hay más proscritos, repudiados de diferentes razas por diversos motivos. No puedo contarte más, lo siento, salvo que todos hemos sufrido desengaños muy grandes. Si hemos aprendido a confiar de nuevo en otras personas es porque no funcionamos de una manera que te sea fácil comprender, haciendo tratos, exigiendo algo a cambio de algo. Así no se progresa. —Rex se levantó—. Tal vez abras los ojos algún día o tal vez no. Si despiertas, Sombra, o si simplemente te va mal con los tuyos, recuerda que siempre tendremos un lugar para ti a nuestro lado.



El Gris giraba los puños y comprobaba sus brazos recién curados.

Algunos huesos crujieron, para terminar de colocarse, pero todo estaba en orden.

—De nada, ¿eh?, —dijo el Niño—. Aquí estoy, para servirte.

Diego había hecho un excelente trabajo sanando su cuerpo. Sacó el cuchillo y repasó el filo.

—Te lo advertí —le recordó Álex—. Te dije que no nos convenía tener a Mario Tancredo como enemigo. Pero tú tenías que cabrearlo en lugar de usar

el cerebro y aprovechar la situación a nuestro favor.

—Mi favor, querrás decir —le corrigió el Gris—. Soy yo el que sufrirá las consecuencias de mis errores.

—¿Eso crees, Gris? Porque el Niño todavía tiene dos marcas en el cuello y esto no ha terminado.

El Gris agarró una piedra para afilar el cuchillo. La mueca de Sara le indicó que el chirrido debía de ser molesto. Para él solo era un ruido más.

La rastreadora se colocó de lado para ocultar la mano que le temblaba.

—¿Qué piensas hacer?, —preguntó.

—Lo mejor es que no piense mucho —opinó el Niño—. No es por nada, genios, pero vuestros planes son una cagada. Si no pudiste con ese cerdo cuando lo tenías metido en el agujero ese estamos bien jodidos. Propongo que nos piremos a otro país, a uno con mucho sol, al puto desierto si es necesario.

—¿Qué opinas de esa sugerencia, Gris?, —preguntó Álex con tono ácido.

—En el desierto no encontraré mi alma.

—Vas a enfrentarte a él de nuevo, ¿verdad?, —intervino Sara.

El Gris no dijo nada.

—Claro que lo hará —dijo Álex—. Porque su cerebro no da para nada más. Dinos, Gris, ¿podrás con él? ¿Tienes alguna posibilidad de vencerlo?

—Encontraré el modo.

—Es obvio que tienes un plan, Álex —dijo Sara—. Suéltalo de una vez.

—Voy a negociar con Sombra.

—No lo harás —dijo el Gris sin dejar de trabajar en el cuchillo.

—Le daré lo que quiere y nos dejará en paz. Le diré que vas a explicarle todo lo que sabes sobre la muerte de Samael. Que los vampiros y los ángeles se enfrenten. A nosotros no nos importa.

—Sombra no te creería porque sabe que yo no contaría nada. Y porque no quiere creerte. Además, tampoco le importan los ángeles. Este asunto se ha vuelto personal y profesional, le sobran las razones para matarme.

Durante un tiempo solo se escuchaba el chirriar del cuchillo del Gris contra la piedra. Nadie decía nada. Hasta que habló Sara:

—Tienes que pensar en algo más, Álex. No puedes dejar las cosas como están.

—Necesitamos alguna ventaja. Un enfrentamiento directo es un suicidio. La única esperanza es jugar sucio —dijo Álex mirando a la rastreadora.

—¿Qué has pensado? No, espera, ya sé por dónde vas.

—No hay otra solución.

—¿Qué solución?, —preguntó el Niño—. ¿Qué pasa? Me he perdido.

—Quiere utilizar a la sobrina de Sombra —explicó Sara.

—¡Y un huevo! —Se enfadó Diego—. Esa chica me pone, así que ni hablar.

—No te alteres, Niño, y domina tus impulsos de adolescente virgen —le reprendió Álex—. Eva no nos sirve muerta. De hecho, si la matáramos, ya nada podría detener a Sombra. Pero es necesario que el vampiro crea que estamos dispuestos a llegar hasta el final para…

—Eva se queda al margen —sentenció el Gris.

A Álex no le gustó nada esa decisión.

—Es por Sara, ¿verdad? Ella te está ablandando, Gris. Así no sobrevivirás, ni aunque logres matar a Sombra. Espabila. ¡Sara no te quiere! Ahora es feliz con su nuevo novio y pronto se irán de luna de miel. A disfrutar, a planear un futuro, a ser felices, a hacer todo lo que tú nunca podrás hacer. Pero nosotros seguiremos aquí, recorriendo el único camino que podemos. Si te vuelves débil, ese camino no será muy largo.

—Y luego dicen que el bocazas del grupo soy yo —dijo Diego—. Te has pasado un pelín, macho. A ver si nos relajamos un poco, que porque el vampiro le haya partido la cara al Gris no se nos puede ir la olla. Sara, ¿de verdad estás pillada por el mago? Bueno, me la sopla. Está visto que tengo que tomar la iniciativa como líder del grupo. Gris, eso del valor mola con las tías, pero de verdad que es una gilipollada. No tiene nada de malo ser un poco cobarde. Así que nos piramos. Que no te mola lo del desierto, pues anda que no hay sitios a los que huir.

—Cierra el pico, Niño. —Gruñó Álex.

—¿Cómo has podido decir todo eso? —Se enfadó Sara con Álex—. Crees que me conoces, pero no tienes la menor idea sobre mí. Gris, no le creas, no

tiene razón…

—La tiene —la cortó el Gris. Guardó el cuchillo y sacó hilo y aguja del interior de la gabardina—. Pero no cambia mi decisión respecto a Eva. Iremos a por el hermano de Sombra.

—No podemos —dijo Álex—. Trabaja sin descanso en los tribunales. Sale temprano de casa y no vuelve hasta mucho después de que se ponga el sol. Sombra te estará esperando porque es demasiado obvio.

—No pensaba ir a por él en su casa.

—Esa idea es incluso peor. En los tribunales hay mucha seguridad. ¿Quieres matar policías a plena luz del día? También hay centinelas de incógnito y demonios que se ocultan, tal vez incluso algún mago. Sería más arriesgado que pelear con Sombra cara a cara.

El Gris se quitó la gabardina y revisó la manga hasta encontrar los dos agujeros causados por los colmillos del vampiro. Enhebró la aguja y empezó a coser.

—Esa gabardina cada vez está más cochambrosa —se quejó Diego—. ¿Y qué hay de la cuñada, la madre de Eva?

—Niño, no puedo creer que estés de acuerdo con eso —protestó Sara.

Diego estiró el cuello y se dio unos toquecitos en las tiritas que cubrían los agujeros del mordisco que había recibido.

—Es lo que pasa cuando un vampiro te arrea un muerdo en el cuello. ¡Es como si me hubiera violado!

—La idea del Niño no es mala —admitió Álex.

—Yo haré lo que pueda para ayudarte, Gris, pero no atentaré contra la vida de inocentes —dijo Sara—. Pelearé a tu lado, haré lo que sea. Menos eso.

—No tendrás que hacerlo —dijo el Gris.

—Yo creo que sí. —Le contradijo Álex—. Te necesitaremos para rastrear a Susana. No me mires así. Tu conciencia no te perdonaría que dejaras morir al Gris o al Niño por tus remilgos.

—Sara, no tienes por qué hacerlo —dijo el Gris—. Aún quedan muchas horas de luz. Vosotros iréis a por Susana. Yo tengo que ir a la iglesia. Nos reuniremos aquí.

—¿Puedo ir contigo, Gris? Por favor, por favor, por favor —suplicó Diego—. Seré bueno, lo juro.

El Gris asintió.

—Ve a ver a Harley y averigua si podemos contar con él para luchar contra Sombra.

Diego salió disparado en busca del demonio.

—Nunca entenderé por qué el Niño quiere ir a la iglesia —dijo Sara—. Odia a Dios y…

—Odia a los ángeles —aclaró el Gris—. Y tiene razones de sobra. Nadie quiere más a Dios que el Niño.

—¿De verdad?

—Pregúntale. No te mentirá. —El Gris se levantó y se puso la gabardina —. Vosotros dos id a por Susana. Estad de vuelta antes de que se ponga el sol, con o sin ella.

Se alejó por la pendiente que llevaba al mausoleo. El Gris había percibido algo, una agitación interior, una perturbación desconocida para él hasta ese momento. Aquella sensación estaba relacionada con el cementerio y el vínculo que mantenía con aquel lugar. Un vínculo que no entendía bien. A veces notaba tirones cuando alguien trataba de llegar hasta el claro. Al principio creyó que el cementerio hablaba con él, más concretamente, que lo avisaba de la llegada de intrusos. Luego descubrió que con Plata no funcionaba, porque podía ir y venir sin que el Gris lo advirtiera. Tampoco sintió nada cuando Mario Tancredo les hizo una visita, ni cuando llegaban los miembros del grupo guiados por los gatos.

Demasiadas excepciones para considerarlo una regla. De modo que el Gris, con el tiempo, había dejado de prestar atención a esas señales cuando estaba en el cementerio. Hasta ahora. Lo que había percibido era más que un tirón. Algo se había removido dentro de él tan fuerte que no podría pasarlo por alto. Sara y Álex ya debían de estar fuera de peligro. El Niño se encontraría más seguro con Harley que a su lado y, además, se hallaban al otro lado del claro. La sensación era más fuerte según se acercaba al mausoleo.

Se dejó guiar hasta el borde, donde la vegetación se hacía tan espesa que no era posible caminar sin apartar ramas y arbustos. No encontró nada fuera

de lo corriente. La visión del Gris era normal en el cementerio, no percibía los colores, pero era nítida. Allí no había nada.

Un sonido le hizo darse la vuelta. Provenía del interior del mausoleo. Algo había caído al suelo y había rebotado varias veces. El Gris se acercó sin hacer el menor ruido. Se podía ver el interior a través de las grietas de la pared medio derruida. Entraba luz por una apertura en el techo que, suponía, se debía a un derrumbamiento. Solo vio telarañas y hiedra que colgaban. Pero el sonido había venido de allí dentro.

El Gris halló un sombrero en el suelo que reconoció al instante.

No tardó en dar con el bastón, un paso más allá, tirado sobre un montón de hojas secas.

—¿Ramsey?

Ramsey se incorporó algo aturdido, apoyándose en una mesa.

—Odio ese nombre, te lo juro. Me dan ganas de clavarme el bastón en el ojo cada vez que lo oigo.

Ramsey estaba muy raro. Se movía con torpeza y el tono de su voz había cambiado.

—No es buen momento. ¿A qué has venido?

—¿Quién diablos eres tú?, —preguntó Ramsey.

Ramsey no era un tipo corriente, casi nadie que fuera amigo de Plata lo era. Era evidente que le había sucedido algo y estaba desorientado.

—¿No me reconoces, Ramsey?, —preguntó el Gris, que ya tenía la mano sobre la empuñadura del cuchillo.

—¡No soy Ramsey, joder! Solo tengo su cuerpo. Y ahora vas a decirme qué haces tú aquí, amigo, o te puedo asegurar que… ¡Eh! Yo… Yo te conozco. No te había reconocido con esa pinta y… ¿Te has teñido el pelo? No pareces tan mayor. De hecho, estás igual que cuando te vi, solo que entonces tenías el pelo castaño. ¡Y los ojos! Dios, ¿qué te ha pasado? ¿Estás ciego o puedes ver?

El Gris dejó caer el cuchillo sin darse cuenta.

—Me conoces… ¿Quién eres?

—Me llamo Óscar y quiero saber qué haces aquí. Tú, precisamente. ¡Después de lo que hice por ti!

El Gris recobró la cordura. No sería el primero que intentaba engañarlo haciéndole creer que sabía algo de su pasado.

Recogió el cuchillo del suelo.

—Más te vale darme alguna prueba de que lo que dices es cierto —le advirtió apuntándole con el puñal—. Estás a punto de morir.

—¿Una prueba? Lo que me faltaba… No eres más que un ingrato. Y no me hables de morir porque de ese tema sé un rato. De acuerdo, aquí tienes tu prueba. Esa gabardina que llevas, bastante mal cuidada por cierto…

—¿Qué pasa con ella? —Se impacientó el Gris.

—Que yo te la di —dijo el hombre que tenía el cuerpo de Ramsey y decía llamarse Óscar—. Sufrías más que nadie que haya visto y traté de ayudarte, aunque no pensé que sobrevivirías. Podías haber cuidado mejor de la gabardina. Ni te imaginas lo que me costó confeccionarla. ¡Y mira cómo la llevas!



La rastreadora se recostó en el banco, mostrando su negativa a levantarse.

—¿Qué se siente al morir? ¿Duele?

Álex suspiró con desgana.

—Ya he abierto la puerta…

—¿Te cortaste la yugular?, —insistió Sara con mirada desafiante.

—Te faltan años de práctica si crees que puedes molestarme con esa patética imitación del Niño. Él si puede desquiciar a cualquiera. Tú das pena.

—Pero necesitas que rastree a Susana —dijo Sara—. Lo haré en cuanto respondas a mis preguntas.

Álex se sentó a su lado, callado. La rastreadora estaba en desventaja, no podría superar la paciencia de un muerto.

—¿El Gris esperará o buscará al vampiro por su cuenta, dado que por tu culpa no averiguamos dónde está su cuñada? —Probó Sara.

La treta no dio resultado. Álex ni se inmutó. No había modo de que le hablara sobre la muerte. Su propósito era fastidiarlo, en realidad, porque no soportaba estar a su lado. No soportaba nada de lo que Álex representaba y no quería sentir la menor simpatía por él.

Incordiarlo un poco era la única manera en la que podía tolerar relacionarse con Álex.

Sara comprobó algo que ya sabía: su paciencia era menor que la de cualquiera, no solo en comparación con la de Álex. Se levantó.

—Está bien. Vamos allá.

Álex la siguió en silencio hasta la puerta de la casa de Esteban, el hermano de Sombra. Como había dicho, se había encargado de abrirla tras comprobar que no había nadie dentro. Sara supuso que la niña estaría en el instituto, Esteban trabajando. ¿Y Susana?

Se sintió extraña invadiendo el hogar de una familia. Aunque no iba a robar ni pensaba causar destrozos. Bastaría con tocar aquí y allá hasta dar con una pista.

El piano le pareció el mejor lugar para empezar. Susana era músico, seguro que sus manos habrían dejado un rastro en las teclas.

—Las cortinas. ¡Deprisa!, —gritó Álex.

—¿Qué pasa?

—Descórrelas y sube las persianas si están bajadas. Tiene que entrar la luz del sol. ¡Rápido! Sombra sabe que estás aquí.

Álex no era dado a bromear, así que la rastreadora se apresuró a descubrir las ventanas del salón. Por suerte eran grandes y la luz inundó la habitación de inmediato.

—¿Cómo lo has sabido? ¿Y cómo sabes tú que Sombra lo sabe?

Álex no se había movido del centro de la estancia.

—El cuadro de la entrada contiene una runa que le advierte de la presencia de extraños.

—¿Y no te fijaste cuando entraste para abrir la…? —Sara lo comprendió antes de terminar la frase—. ¡Cabrón! ¿Por qué no me avisaste?

—Por si te negabas a entrar. No puedo anular esa runa. Además, trabajas mejor bajo presión. Acuérdate de los temblores de tu mano. Cuando el Gris estuvo a punto de morir, no dudaste en matar. Ahora, un vampiro asesino puede aparecer en cualquier momento. A mí me da igual, yo ya estoy muerto. Tú puedes huir y contarle al Gris que no has descubierto nada, lo que le convencerá de lo inútil y cobarde que eres.

También puedes hacer tu trabajo. O puedes limitarte a discutir conmigo, en cuyo caso el vampiro se encargará de que te enteres de primera mano de las respuestas a las preguntas que no paras de hacerme sobre la muerte.

—Eres un puto cabrón —dijo Sara mientras iba hacia el piano.

Dedujo que la runa del cuadro no reaccionaba ante los muertos, porque, de ser así, se habría activado cuando Álex inspeccionó la casa y abrió la puerta, y Sombra ya habría aparecido.

—El piano no, santurrona. Imagina cuántas veces lo habrá tocado. Te asaltarán millones de recuerdos en un segundo.

Sara ya lo había tocado y era cierto. En un instante estuvo desbordada.

—Entonces, ¿qué? —Se enfadó ella.

Álex se encogió de hombros. Sara empezó a rastrear los libros de la estantería de la pared, intentando no pensar en Álex y su irritante modo de ayudar, que consistía en señalarle los errores. Y acababa de cometer otro. Los libros eran de leyes, así que pertenecían a Esteban, no a Susana. No obstante, se topó con una imagen inesperada.

—¿Qué has visto?, —preguntó Álex.

—Cierra la boca y déjame tranquila. Y vigila. Ese es tu trabajo.

La rastreadora miró la pared, donde se veía la marca de un cuadro que ya no estaba colgado.

—¿Hay algo ahí? —Álex se acercó. Atravesó la pared con la mano—. Nada. ¿Qué te pasa? ¿Ya no sabes rastrear?

—¡He dicho que te calles!

Sara tuvo que sentarse en el sofá para asimilar lo que había rastreado. En esa pared había un cuadro de un barco que surcaba el mar en medio de una tormenta. El cuadro se había roto cuando el libro de leyes que Sara sostenía en las manos se había estrellado contra él.

Esteban había arrojado el libro y sollozaba, desconsolado y solo, en el sofá que ella ocupaba ahora. La intuición de Sara le decía que ese llanto guardaba relación con Susana.

Buscó hacia atrás entre los recuerdos. Había muchos, no era sencillo. Pero encontró lo que buscaba.

—Tengo una pista —dijo poniéndose en pie.

—Larguémonos.

Una orden que Sara acató encantada. Respiró aliviada en medio de la calle, bajo el sol.

—¿Crees que la runa falló?

—No. O Sombra no ha podido llegar a tiempo o tenía algo que hacer. ¿Dónde vamos?

—A un hotel. Creo que Susana tiene una aventura y por eso no está en casa.

—¿Crees?

—Susana envió a Esteban un mensaje y le dijo que estaba con una amiga. Él había venido a casa para estar con ella y desconfió.

Comprobó la ubicación del teléfono de ella y descubrió que estaba en un hotel. Se enfadó y luego se echó a llorar. ¿Te parece suficiente o se te ocurre otra explicación?

—¿Tienes el número de la habitación?, —preguntó Álex. Sara asintió—. Bien. Si no está ahora con el amante o ha reservado una habitación diferente, habrá dejado algún rastro y sabremos más.

—Promete que no le harás nada al amante si sigue con ella.

Álex no respondió. Tampoco pagó el taxi para ir al hotel. Los muertos no eran buenos compañeros de viaje. Sara tuvo que abrirle la puerta al subirse al

coche y tendría que volver a hacerlo al salir. Al taxista le parecería extraño, pero al menos no imaginaría que en su coche llevaba a un muerto.

—Qué ganas tengo de perderte de vista —dijo Sara—. ¿Cómo eras antes? No se nace siendo así. Tuvo que sucederte algo. ¿Fuiste feliz alguna vez?

—La felicidad es un privilegio de los ignorantes —respondió Álex—. No hace falta que te lo explique, ¿verdad?

No era necesario. Por una vez, ella estaba de acuerdo. Cuando era muy joven, la gente se le daba bien. Conocía a las personas, podía simpatizar con cualquiera, agradar; en suma, pensaba que tenía don de gentes a pesar de su juventud. Después, entendió que no se trataba de eso, sino que veía el pasado de la gente, y que había confundido esas imágenes con destellos de intuición.

Luego llegaron las verdades y todo cambió para siempre, como las infidelidades de sus padres. Se retrajo en sí misma, no quería saber más sobre cómo las personas se hacían daño entre ellas. Sara había pensado muchas veces que habría sido más feliz si no hubiera adquirido la capacidad de rastrear, si hubiera sido mucho más ignorante.

—Al menos has reconocido que siempre fuiste un infeliz.

—No podía ser de otro modo. Como te he dicho, desde que nací me crie sabiendo demasiado. Cuando eres consciente de la realidad, no puedes desentenderte. Lo mismo te pasa a ti, aunque todavía no te des cuenta.

—No me compares contigo, Álex. Ni se te ocurra.

—Nunca serás feliz, Sara. No lo eras antes de conocernos y ahora menos todavía. No podrás abstraerte de lo que ya sabes y de quién eres.

—No podrías estar más equivocado, pero no pienso discutir eso contigo.

—¿De verdad crees que podrás mantener tus habilidades de rastreo al margen de tu relación?

—Por supuesto. Se llama autocontrol.

—El principio siempre es bonito. Pero el tiempo pasa. Antes o después llegará el estancamiento, la sospecha de una infidelidad, por ejemplo. Rastrearás para saber si hay otra mujer. Lo harás. O tal vez cuando tengas un hijo y temas que esté coqueteando con las drogas o no te gusten sus compañías. Por el motivo que sea, te surgirá alguna ocasión. También te acordarás de nosotros. Una cena romántica puede llenarte ahora, pero no lo hará siempre. Y, si volvieras al grupo, sentirías que has traicionado la parte de

ti más importante y que has renunciado al amor. En cualquier caso, serás una desgraciada. Espero por tu bien que aprendas a sobrellevarlo.

—Admito que no te entiendo. Estuve a punto de abandonar el grupo y me convenciste para que me quedara. Al principio querías echarme. Ahora parece que te da igual.

—Ya he aprendido de ti lo que necesitaba.

—¿Y puede saberse qué es?

—Algo sobre el Gris, por supuesto. Creía que estaba desarrollando nuevos sentimientos. Ahora pienso que eres tú quien los despierta. Y sospecho que él también lo piensa, por eso te reclutó.

La nueva teoría de Álex le dio que pensar a Sara durante el resto del trayecto, aunque no llegó a ninguna conclusión definitiva al respecto. Tampoco era importante, dado que los supuestos nuevos sentimientos del Gris podían ser otra cosa en realidad, o deberse a una causa que no tuviera nada que ver con ella. Estaba cansada de especular y sospechaba que Álex pretendía manipularla para que le diera vueltas, aunque no adivinaba el propósito.

La recepción del hotel le ofreció demasiados rastros. Buscar a Susana llevaría tiempo y Álex no quería esperar.

—Rastrea la habitación en la que estuvieron —bufó.

A Sara le tocó pagarla para no despertar sospechas. Álex atravesó la puerta con la cabeza y la volvió a sacar pasados unos segundos.

—No hay nadie. Tu turno.

Sara fue directa a la cama. Un encuentro sexual cobró vida en su mente, pero Susana no aparecía en la imagen. Al menos el hotel cambiaba las sábanas con frecuencia. Probó con el cabecero de la cama. La vio. Allí estaba ella, desnuda, jadeando, con los ojos entornados… Pero estaba sola. Sara no entendía lo que veía. Los movimientos de Susana eran extraños, no se correspondían con los de una mujer que se estuviera entreteniendo sola en la cama.

—Algo no marcha bien…

—¿Estuvo aquí?

—Sí, es ella, pero… La imagen no es clara. Es como si faltara una parte… ¡Nooo!

Del sobresalto, casi cayó hacia atrás.

—¿Qué has visto?

—Creo que mis habilidades están fallando. Susana estaba en la cama, ya sabes… No había nadie con ella y entonces ha… ha… ¿levitado? Lo siento, no tiene sentido…

—Lo tiene —aseguró Álex—. Y mucho.

—Explícate.

—No ha levitado, la han alzado en el aire. Había alguien con ella, pero no puedes verle.

—¿Por qué no?

—Porque no es humano. A un mago no lo puedes rastrear si él no quiere, porque controla su alma. Los demonios y los centinelas también pueden ocultar su rastro si les ayudan los ángeles, caídos o no. Los vampiros son inmortales y sus rastros son diferentes. Lo mismo sucede con los hombres lobo, porque sus almas cambian. Puedes aprender a rastrear vampiros y hombres lobo, pero es complicado y requiere mucho entrenamiento. Los brujos también pueden ocultar sus rastros aunque nadie sabe cómo lo logran, se sospecha que por medio de runas que solo ellos conocen.

—¿Susana tiene relaciones con alguien del mundo oculto?

—Y es evidente con quién —respondió Álex con arrogancia.

En otras circunstancias, Sara no le habría dado el gusto de humillarla otra vez, pero su curiosidad era más fuerte.

—¡¿Con quién?!

—Con Sombra.

—Eso es absurdo.

—Con cualquier otro sería demasiada coincidencia. Sombra la ha convertido. Y a Susana no le gustará que el Gris vaya a por su hija. Tenemos que avisarle.

—¡Espera! Vas demasiado rápido. ¿Y si hay otra explicación?

—Repasa tu visión por el camino. Verás que en algún momento aparecen dos agujeros en la piel de Susana de los que sale sangre. Lo típico es que sea en el cuello. Apostaría que es justo cuando ella está en medio del…

—¡Basta! Es que prefiero esperar a tener la confirmación antes de…

—No hay tiempo. Ahora son dos los vampiros que persiguen al Gris —le recordó Álex—. No tiene ninguna posibilidad de sobrevivir.



La runa no era complicada, no demasiado. Aun así, Sombra había fallado numerosas veces tratando de pintarla del modo correcto. Había consumido la mitad del frasco que le había entregado Rex ensayando los trazos. Ahora se hallaba en el punto en el que la runa era perfecta, solo que le faltaba dibujar cada línea en el orden y tiempo exactos para que se activara.

Nunca le habían gustado las runas. Tras su conversión, había estudiado las indispensables para sobrevivir como vampiro, en especial la que les permitía ir y venir de la guarida en la que se ocultaban. Pero nunca tuvo paciencia con esos enrevesados símbolos, porque se daba la circunstancia de que podía recurrir a los brujos para que las grabaran por él. Sin embargo, ahora lo lamentaba. Se había limitado a reconocer las runas principales que empleaba el resto de facciones para reaccionar del modo adecuado ante sus diferentes propiedades, pero no se había molestado aprender a grabarlas él mismo.

Para matar a alguien de un modo eficaz, a menudo tenía que estudiar la presa, observarla, conocer sus costumbres. Una labor que requería de una tenacidad extraordinaria. Y Sombra era el mejor. Por eso no entendía por qué le sacaba de quicio la simpleza de aquella maldita runa. Tal vez porque no le agradaba comprobar que había algo en lo que no era bueno.

Si no lograba dibujar aquella runa como era debido, tendría que modificar su plan para matar al Gris, puede que incluso retrasarlo hasta dar con otra idea. No volvería a fracasar, jamás. Había tomado la determinación de volver a sus orígenes como asesino, a las buenas costumbres a la hora de matar. Y la mejor costumbre de todas era la planificación, controlar el momento y valorar todas las posibilidades.

Atacar donde y cuando menos se lo espera la víctima.

Debía tratar al Gris como una presa más. Nada de pensar en él como un ser único. Eso es lo que esperaba el Gris, lo que haría cualquiera que se midiera con él. Sombra no cometería ese error. A fin de cuentas, por muy especial que fuera, había un golpe que resultaba letal para todos: la decapitación. Solo se salvaban los santos, y porque renacían. El Gris podía morir de otras formas, pero Sombra iba a centrarse en lo seguro, iba a rebanarle el cuello. Lo vio claro y simple.

Repasar el plan hizo que se sintiera mejor.

—Cielo, diría que tratas de evitarme.

Sombra fingió concentración para ocultar su desagrado a Vela.

Esperaba que viniera, aunque había confiado en que fuera dentro de al menos un par de días, cuando el asunto del Gris ya estuviera resuelto.

—¿Evitarte?, —repuso Sombra—. Estoy trabajando con verdadero entusiasmo para ti, Vela. Deberías sentirte orgullosa de mí.

Vela cayó desde el techo frente a Sombra, con gracia, sin hacer el menor ruido.

—Encantador, como siempre. —Le acarició el rostro—. Pero me tienes preocupada. ¿Por qué estás aquí, fuera de nuestra guarida, a plena luz del día? Creía que tenías más clase, Sombra —dijo sin disimular su desagrado, mirando alrededor con la nariz fruncida, molesta por hallarse en una alcantarilla.

—Por los juzgados —dijo señalando el techo. No tenía sentido ocultarle nada a Vela. Sombra no albergaba la menor duda de que ella estaría al corriente de sus asuntos—. El Gris podría ir a por mi hermano y no quiero perder la oportunidad de cruzármelo.

—Me encanta cuando te justificas con excusas improvisadas, cariño. Sería mucho más fácil de noche, pero si estás aquí ahora es para proteger a tu

hermano. Te arriesgas porque todavía no entiendes quién es tu verdadera familia.

—El Gris no se espera que actúe de día —objetó Sombra—. Y el factor sorpresa…

—Dejemos eso de momento. —Vela le mandó callar con un gesto de la mano—. ¿El Gris y tú seguís jugando al ratón y al gato?

—Le mataré pronto.

—De eso nada, querido. Tu misión es conseguir información y no es fácil hablar con un muerto, ¿sabías?

—¿Y si mi vida corre peligro?

Vela suspiró, negó con la cabeza.

—Eres un niño muy rebelde, siempre buscando el modo de contrariarme, de llevarlo todo al límite. Me ocultas algo, cielo, y no tengo tiempo para juegos. ¿Qué pasó ayer? Sentí un dolor desgarrador, un tormento insoportable.

Sombra separó los brazos.

—Estoy bien, como puedes comprobar.

—¿Qué te hizo el Gris?

—Tú me lo advertiste —le recordó Sombra—: el Gris no es un cualquiera. Es evidente que se resistió y tuvimos nuestras diferencias. Pero, tranquila, no es nada que deba preocuparnos.

Sombra había sido deliberadamente ambiguo en su explicación, a la vez que había pronunciado una certeza en la que creía firmemente.

Debido a su vínculo, el que hay entre un vampiro y quien lo convierte, el mismo a través del cual ella había sentido el dolor de Sombra al sufrir la luz del sol, Vela podía averiguar si mentía. Por eso Sombra había eludido los detalles: que había caído en la trampa del Gris y había escapado, de día; y que en el siguiente encuentro, el Gris había logrado huir por muy poco. No obstante, Sombra lo tenía controlado, su superioridad era un hecho, no una suposición.

—Me cansa que seas tan infantil, cielo. —Vela hablaba con falsa docilidad, bajo la cual hervía la ira—. Solo te falta decirme que la tienes más grande que él. Escucha: el Gris te matará si no te andas con cuidado.

—¿Es un chiste? Porque es muy malo.

—¿Lo ves? Ese es tu problema, Sombra. Te crees el mejor y con el Gris no se puede jugar.

—¡Eso es porque soy el mejor!, —estalló Sombra—. Estoy harto de demostrarlo. Cualquier otro en mi lugar habría muerto a manos del Gris, te lo aseguro. No le temo al sol, ni a nada. Soy el mejor vampiro. Te convencerás en cuanto lo liquide, y entonces me liberarás, a no ser que te dé miedo que yo ande por ahí sin tu control.

Vela aplaudió con desgana.

—Qué encanto. ¿De verdad quieres desafiarme?

—Soy el mejor vampiro, el más letal de todos, y lo sabes.

Sombra ya no podía desdecirse. Había descubierto sus cartas y debía continuar la partida.

—Supongo que la culpa es mía. Te he consentido demasiado y te has vuelto un niño malcriado. Por eso no puedo dejarte solo, por tus delirios de grandeza. ¿Crees que saber matar te hace el mejor? Abre los ojos. Los generales no son los mejores soldados. Los presidentes o los líderes de cualquier nación no son los que saben matar mejor que nadie. Matar no significa nada y algún día lo entenderás. Tal vez tenga que enseñarte con una reprimenda, para corregir los malos hábitos que has adquirido.

—No vayas por ahí. No amenazarás de nuevo a mi familia porque me necesitas. Tu posición ha mejorado gracias a que me convertiste. Ahora no puedes arriesgarte a perderme.

Vela consultó el reloj de su muñeca.

—Es una tortura volver siempre a lo mismo. ¿He mencionado yo a tu familia? No te los sacas de la cabeza. ¿Qué harás cuando mueran? Asume que dentro de unas décadas serán ancianos, mientras tú te mantendrás joven. Cada vez tendréis menos en común y al final morirán de viejos y tú seguirás aquí. Pasarán siglos y por fin los olvidarás. Oh, sí, lo harás, aunque ahora creas que no. Eres el vampiro más joven, por eso no comprendes lo que supone la vida eterna; aunque entiendas el concepto, no lo has experimentado lo suficiente. Trato de hacerte madurar, pero me parece que solo el transcurso de los siglos te enseñará quién eres ahora de verdad. Y la verdad, Sombra, es que la vida de un mortal es menos que un suspiro en comparación con la nuestra. Debes

aprender a pensar a muy largo plazo. Por si no te has dado cuenta, esta charla es la misma que le brindaría un padre a su hijo de tres años que se ha llevado un disgusto tremendo porque se ha roto su juguete favorito y piensa que el mundo es injusto y cruel y no puede haber nada peor.

—Por eso me mantienes al margen, ¿verdad? No me cuentas nada de lo que se cuece entre vampiros y magos.

Vela asintió.

—No estás comprometido. Lo único que te importa es probar que eres un asesino infalible, porque crees que eso te convierte en el mejor vampiro. El simple hecho de escalar a la primera posición ya es infantil. ¿Tu hermano se jacta de ser el mejor juez? ¿Has visto a algún mortal que vaya por ahí diciendo que es el mejor humano?

—Eso es porque no lo son.

A Vela se le escapó una sonrisa sincera, espontánea.

—Tú tampoco, cielo, y, aunque lo fueras, no será suficiente contra el Gris si no te andas con cuidado.

—Siempre voy con cuidado —replicó Sombra—. Aunque en realidad, da igual, Vela. Haré lo que debo. Vuelve a tus asuntos importantes con los magos y déjame en paz. Tú me metiste en esto cuando me manipulaste para matar al santo. Esta situación es culpa tuya; si interfieres, me aseguraré de que los demás vampiros lo sepan.

—Eres incorregible. —Vela se llevó las manos a la cabeza en señal de desesperación—. Aciertas en que todavía estoy ocupada con los magos, en nada más. No podemos perder a ningún vampiro más. ¡A ninguno! Ni siquiera a un idiota con exceso de autoestima como tú.

Esa afirmación desarmó a Sombra. La reducida población de vampiros era la principal debilidad de la raza, pero ninguno de ellos lo mencionaba en voz alta. Para los vampiros antiguos, como Vela, era doloroso admitir la merma de poder después de haber sido los dueños del mundo.

Sombra consideró que tal vez Vela estaba siendo sincera, y no manipulándolo. Tendría que meditarlo más tarde.

—El Gris no supondrá ningún problema —dijo muy serio.

—Ahora has sonado confiado, no como un fanfarrón. Peor todavía. Tengo que irme, Sombra. Y no te enfrentes al Gris cara a cara o morirás.

—El Gris no hablará. No nos contará nada.

—Lo hará si matas a ese niño repelente que le acompaña.

—Creo que sería más eficaz matar a Sara. Sospecho que siente algo por ella y que ni siquiera lo sabe. Si la chica muere, quizá conozca un nuevo dolor. Y luego el miedo, cuando amenace con matar al Niño.

Sombra pensaba matar al Gris de todos modos, por muchas razones; la principal, que se hubiera atrevido a acercarse a Eva. Pero eso no se lo dijo a Vela.

—Sara no debe morir.

—¿Por qué?

—¡Porque lo digo yo!

Vela había endurecido la voz. Hasta ese momento se había controlado, había recurrido a la lógica y apelado al razonamiento.

Ahora sacaba su autoridad. Sombra se extrañó.

—El que se juega la vida soy yo. Yo decido cómo hacerlo, o que se encargue otro.

Vela se acercó en menos de una fracción de segundo. Lo cogió por el cuello, lo levantó y lo estrelló contra la pared. Le crecieron los colmillos, también las uñas; los ojos se tiñeron de rojo.

Sombra nunca la había visto tan hermosa. Y recordó por qué se había enamorado de ella hacía tiempo.

—No toques a Sara —bufó Vela—. Te lo ordeno yo. ¿Algún problema?

—Ninguno.

Vela lo dejó caer al suelo y desapareció.

Sombra intentó calmarse y desviar sus pensamientos hacia otra parte. Se concentró en una canción que repitió en su cabeza una y otra vez. No quería que Vela advirtiera el odio que sentía por ella en aquellos momentos. No soportaba que se inmiscuyera en sus decisiones, sobre todo cuando iban destinadas a cumplir una tarea que ella le había encomendado. Ella ordenaba y él mataba. El papel de cada uno estaba perfectamente delimitado. Vela no tenía derecho a entrometerse. Menos todavía si el Gris era tan peligroso como

ella afirmaba, lo que era razón de más para que lo apoyara, para que le diera libertad de definir la estrategia, no para limitarle.

Sombra no era ningún chiquillo orgulloso. Ni siquiera Vela le comprendía porque nadie sabía tanto como él sobre matar. Por eso era un solitario y por eso, a veces, le costaba sentir simpatía por los suyos.

Se acordó de Rex y de la oferta de acogerle en su grupo de proscritos, fugitivos o como se denominaran, repudiados de otras facciones, gente que no terminaba de encajar, inadaptados. Tal y como él se sentía en aquel momento.

Fue la primera vez que Sombra recapacitó sobre cómo sería la vida en una nueva facción.



Ramsey, o mejor dicho, Óscar, metió la mano en una grieta de la pared del mausoleo cuando estaba a punto de decir algo que, a juzgar por su expresión, no iba a ser agradable. El Gris aguardó a que recobrara el equilibrio. No dudaba de su verdadera identidad, pero necesitaría algún tiempo para acostumbrarse a que el cuerpo de Ramsey contaba con un nuevo dueño.

—Qué asco de sitio. —Gruñó Óscar mientras se limpiaba unas telarañas de la mano—. Ya te he dado la prueba que me pediste. Ahora, dime, ¿qué haces en mi mausoleo?

El Gris se sintió desorientado por primera vez en mucho tiempo.

—¿Este mausoleo es tuyo?

—Yo lo compré, así que diría que es de mi propiedad. Claro que estaba en mucho mejor estado la última vez que lo vi, al igual que la gabardina que te entregué. ¿Así es como cuidas las cosas? Y… ¿cómo lo has traído hasta aquí? Este no es el cementerio en el que debería estar.

—No lo sé. Estaba aquí cuando llegué. Me interesa saber cómo has encontrado este lugar.

Óscar reflexionó antes de contestar.

—Vaya… No lo había pensado hasta ahora, pero creo que puedo ir a prácticamente cualquier sitio. Claro, eso explica en parte…

—¿Cualquier sitio? ¿Podrías ir al Infierno?

—Amigo… Sí que quedaste trastornado. ¿Al Infierno? Paso de discusiones religiosas, en serio. No me importa en qué creas. Ya puestos, ¿por qué alguien querría ir al Infierno? ¿No prefieres el Cielo? En fin, bastante jodido estoy como para tratar ahora con lunáticos. Tengo que encontrar a Tedd y Todd antes de que…

—¿El viejo y el niño?

—¿Los conoces? ¿Cómo es el niño? Tedd lo estuvo buscando durante años.

—Que yo sepa, siempre han estado juntos.

—Eso no tiene ningún sentido… —murmuró Oscar—. A menos que no hablemos de las mismas personas. A ver, ¿color de los ojos?

—Violetas, los dos.

—¿Te refieres a los dos ojos o a Tedd y Todd?, —preguntó Óscar, irritado.

—A Tedd y Todd. A los cuatro ojos que suman entre los dos, si lo prefieres.

—¿Cabello?

—Blanco y largo el del anciano, sujeto por una coleta; negro el del niño.

—Son ellos. ¿Dices que siempre han estado juntos? Eso no encaja. —Óscar se llevó las manos a la cabeza, apretó—. ¿Qué cojones está pasando aquí? ¡No entiendo nada!

El Gris sospechaba que, de conservar su alma, se sentiría igual de desesperado que Óscar. Esa era una emoción que no había olvidado del todo. Óscar, aparentemente, había resucitado en otro cuerpo y nada era como lo recordaba. Su familia no existía, sus pertenencias se habían esfumado o habían cambiado de ubicación. Todo cuanto le rodeaba le resultaba ajeno.

Hacía mucho tiempo que el Gris no se topaba con alguien que le inspirara cercanía, alguien cuya situación se asemejara a la suya, aunque fuera remotamente.

—Es mejor que te sientes y…

—¡No me toques! ¿Qué eres tú, por cierto? He visto de todo, creí que ya nada me sorprendería jamás, pero te miro… y no sé qué veo.

¿Estás muerto? No, si fuera así, lo sabría, pero no pareces vivo.

—Perdí mi alma. Me la robaron, para ser exactos.

—¿Eso se puede hacer? ¿Quién fue?

El Gris apartó la mirada.

—Esperaba que tú me lo dijeras. Cuando nos vimos y yo tenía el pelo castaño, cuando me diste la gabardina y me ayudaste, creo que fue cuando me la arrancaron. Yo no puedo recordarlo.

—Créeme, es mejor así. No fue agradable. Yo ya estaba muerto, por eso no puedo explicarte los detalles. De todos modos, no hay mucho que saber.

—¿Te dije mi nombre?

—No me dijiste nada, solo gritabas y sufrías. Dudo que hubieras podido articular una sola palabra aunque hubieras querido. Creo que me tomaste por quien te robaba el alma, porque hiciste amago de atacarme.

—¿Por qué me ayudaste?

—Si te soy sincero, no era mi intención. Solo quería probar… un invento, podríamos decir.

—¿La gabardina?

—Tengo cierto talento para fabricar determinados artilugios. Pensaba darte una caja, pero no había tiempo, así que recurrí a la gabardina. No pensé que funcionara, no debía haber funcionado. Es del todo imposible. Hay que fracasar muchas veces antes de lograr el objetivo. Sin embargo, funcionó. Y resulta que fue porque no tienes alma. Lo que desbarata todo lo que he aprendido, porque no se puede replicar tu situación… Un momento. ¿Hay más personas sin alma por ahí?

—No. Solo yo. ¿Qué es lo que no se puede replicar? Óscar arqueó las cejas.

—Bueno, ¿no es evidente? Quiero decir, usas la gabardina, ¿no? Entonces ya lo sabes. Metes y sacas cosas dentro, ¿verdad? A ver si no ha funcionado y yo pensando que… Ven, déjame probar un momento.

Óscar estiró el brazo hacia el Gris, quien dio un paso atrás con el puñal en la mano.

—Yo no haría eso.

—¿Cómo? ¿Pero qué diablos te pasa, imbécil? Ah, ya veo. ¿Quieres matarme, desagradecido de mierda? Adelante. —Óscar alzó el bastón en una postura que recordaba a un bateador de béisbol—. Vamos, atrévete. Si crees que voy a morir de nuevo es que no me conoces.

Las piernas de Óscar estaban demasiado separadas, el pie derecho demasiado atrasado, lo que le obligaba a inclinar el cuerpo un poco hacia atrás, algo que restaría fuerza al supuesto golpe que amenazaba dar con el bastón. Era obvio que estaba descoordinado. El Gris podría dar un paso a su izquierda y derribarlo con los ojos cerrados.

—Discúlpame —dijo guardando el cuchillo—. No pretendía amenazarte. No estoy acostumbrado a confiar en nadie. No puedo permitírmelo.

Óscar se relajó de inmediato.

—Conozco esa sensación. Yo también sufrí una traición que me convirtió en otra persona, incluso llegué a cometer actos que jamás… Perdón. Me pongo sensible al recordar cuando estaba vivo.

—Explícame qué es esta gabardina, por favor. Funciona como dices, puedo sacar y meter cosas pero no sé cómo, simplemente lo hago.

—¿De verdad? No sabes demasiado, ¿no?

—No sé ni mi nombre. No sé quién me hizo esto ni por qué. No sé cómo vino a parar aquí tu mausoleo, lo siento, pero ahora es lo más parecido a un hogar que tengo. No sé por qué sigo en este asqueroso mundo. Tampoco sé por qué nadie de mi antigua vida ha venido a buscarme o se ha preocupado por mí. Es imposible que las respuestas a esas preguntas me vayan a gustar, pero buscarlas es todo lo que tengo, todo lo que soy.

—Lo que yo decía… ¿Tampoco sabes nada de este lugar? Ni te molestes en contestar. Aquí siempre es así, ¿verdad? Como una especie de anochecer, aunque afuera sea de día o noche cerrada. Ya veo. Y no tienes ni idea de por qué, ¿me equivoco?

—No.

—Hay una leve capa de niebla que envuelve este sitio —explicó Óscar—. No es una niebla corriente. Es la que mantiene a raya la luz y la responsable de que nadie pueda llegar aquí simplemente caminando.

—¿Por qué me hablas de la niebla?

—Porque es el material con el que confeccioné tu gabardina. Sí, niebla. ¿No te he dicho que soy un inventor? Tú puedes atravesarla porque no tienes alma, y al hacerlo accedes a un lugar… diferente. No sabría decir cuál, pero en ese lugar es donde almacenas las cosas que guardas en tu gabardina. Es parecido a lo que sucede cuando alguien atraviesa la niebla que rodea este claro, que accede a una ubicación que… podríamos decir que no se rige por las normas habituales. Lo que me despista es cómo puedes usar la gabardina sin saber todo esto.

La niebla… Una gabardina formada por niebla… El Gris no estaba acostumbrado a sorprenderse de ese modo, más bien al contrario. Eran los demás quienes se asombraban cuando lo conocían a él y veían de lo que era capaz.

—Yo atravesé la niebla cuando me arrebataron mi alma, ¿verdad? Allí fue donde nos encontramos… Tal vez por eso puedo…

—Todavía no he desvelado todos los misterios de la niebla. Las hay de diferentes tipos y densidades, pero hay una que todo el mundo cruza antes o después. Una niebla de la que nadie vuelve. Excepto yo. Y al parecer tú también.

—Te refieres a la muerte.

—Me refiero a la puñetera muerte, sí.

—Entonces hay más personas que han cruzado esa niebla y continúan en este mundo.

—¿Y siguen vivos?

—No.

—Eso no cuenta. Yo estoy vivo y he muerto. Ahora soy mi propio experimento.

—Tal vez tenga alguna pista de lo que te ha pasado —dijo el Gris, pensativo—. Hace poco tuve un enfrentamiento con un nigromante que…

—¿Con un qué?

—Los nigromantes son algo así como una sociedad secreta que investiga la muerte. El caso es que uno llamado Piedra dejó a Ramsey en coma y me utilizó para que lo matara.

—¿A Ramsey?

—No, al nigromante.

—¿Un suicida?

—No, exactamente. Él creía que con mi intervención resucitaría en el cuerpo de Ramsey y ahora creo que lo habría logrado. Es frecuente que yo altere las reglas… de lo que sea.

—Eso me lo trago —asintió Óscar—. Sigue, ¿qué pasó? ¿Por qué crees que lo habría logrado? ¿Tal vez fracasó?

—Su intención era resucitar en el cuerpo de Ramsey, pero apareciste tú en vez de él. Por eso creo que era posible, pero intervinieron Tedd y Todd. Creo que ellos engañaron al nigromante para que llevara a cabo su plan sabiendo que de ese modo te traerían a ti en su lugar.

—Vaya, es buena teoría… ¿Y el nigromante murió? ¿Estás seguro?

—Bastante. Le corté la cabeza.

Óscar puso una cara de todo menos agradable.

—Estáis todos más locos de lo que recordaba. Tú, el primero, asesino de mierda. Escúchame bien. No quiero tener nada que ver contigo, ¿está claro? Yo no era la mejor persona del mundo, sobre todo de joven, hasta que perdí a mi padre y aprendí una valiosa lección.

Luego intenté ser decente, hice lo que pude para que él se sintiera orgulloso de mí. Hasta que morí. Entonces me convertí en otro, lleno de rabia, y cometí errores terribles de los que ahora me arrepiento.

Ahora que estoy vivo, no pienso ir por ese camino de nuevo.

—Lo entiendo.

—No entiendes una mierda, hombre sin alma. Tú no sientes esa rabia, pero algún día lo harás, si cumples tu objetivo. Entonces, amigo, la fuerza de todo lo que has hecho caerá sobre ti. Te aseguro que te convendría más morir

que recuperar tu alma. Pero si consigues recuperarla, no quiero estar a tu lado cuando eso pase.

El Gris extendió el brazo hacia la puerta del mausoleo.

—Lo tienes muy fácil. Lárgate. No tengo intención de arrastrarte conmigo.

—¡Este es mi mausoleo! ¡Lárgate tú! —Óscar agachó la cabeza y miró a su alrededor. Le arreó un bastonazo a una silla que quedó convertida en astillas. Luego se acercó a la pared—. Puedo demostrarlo. ¡Aquí! ¿Lo ves? Pero ¿qué mierda es esta? ¿Dónde está el resto de la pared?

—Ya estaba derruida cuando llegué aquí.

—¿Y no ves algo raro? Es cierto que no sabes nada. Esas grietas, las que se han formado cuando la pared se derrumbó. ¿No te resultan familiares?

El Gris estudió la pared. La mitad superior estaba en el suelo, en forma de cascotes fuera del mausoleo. La conclusión lógica era que algo o alguien había golpeado la pared desde el interior y la había derrumbado parcialmente. Lo que quedaba en pie terminaba en un borde irregular que, en su opinión, no tenía nada de particular, por mucho que Óscar lo señalara con el bastón.

—¿Qué debería ver ahí?

—¡Esto! El trazado del borde. ¿No ves que no es natural? La pared se quebró justo por estas líneas, que forman parte de un símbolo que yo mismo grabé en la piedra.

—¿Entiendes de runas?

—¿Runas? Ah, así es como las llamas. Menuda palabreja. Pues claro que entiendo. Y te digo que esta la pinté yo. Eso demuestra que este sitio me pertenece. ¿Qué haces? Mucho cuidado con lo que sacas de ahí, te lo advierto.

El Gris extrajo una hoja de papel del interior de su gabardina y se la mostró a Óscar.

—¿Puedes descifrar estas runas? ¿Las entiendes? ¿Sabes qué significan?

—Eso es una imitación bastante mala —aseguró Óscar tras un rápido vistazo.

Era la confirmación de que Óscar sabía de qué hablaba.

—Es una copia que hice yo mismo. ¿Reconoces esas runas?

—Trae aquí que lo vea bien. El tal Ramsey debía de tener vista cansada o astigmatismo porque yo no recordaba que tuviera problemas de visión. ¿No tienes el original?

—Me lo robó un ángel hace poco.

—Ya, claro. Muy bueno. ¿Crees que puedes tomarme el pelo?

—¿Te da la impresión de que soy un tipo que gasta bromas?

—A ver, echemos un vistazo. Tienes suerte de que las runas me fascinen y yo sea un especialista. ¡Enciende alguna luz, coño! Te he dicho que no veo bien con estos ojos.



Álex estaba en alguna parte, a saber dónde, mientras Sara paseaba por un cementerio desconocido buscando la tumba de un vampiro. Era excitante. Y también absurdo.

No tenía la menor idea de cómo se suponía que era esa tumba.

Había decenas, además de cruces y estatuas por todas partes. Ninguna le parecía que tuviera nada de particular. Sin embargo, Álex estaba seguro de que aquel era el cementerio en el que Sombra aceptaba los contratos y recibía los pagos, el lugar en el que había capturado al Niño y le había mordido. Habían encontrado el árbol de Sombra, al pie del cual había que enterrar el dinero y las especificaciones del contrato. Y, ciertamente, la tierra estaba removida en los alrededores del tronco. Eso eran muchos contratos, muchas cajas con la información de una víctima y los detalles sobre cómo debía morir.

Aquel día, el cementerio estaba despejado de visitas. Además, era un buen día, muy soleado. Sombra no aparecería por allí hasta que cayera la noche.

Sara se dio por vencida al toparse con una tumba que apestaba a orina. Algún indecente había hecho sus necesidades sobre los restos de un fallecido. Se alegró de no poder rastrear vampiros, porque Álex habría sido capaz de obligarla a buscar en esa tumba, que no pensaba tocar ni aunque su vida dependiera de ello.

—¡Sara! Aquí.

Álex se asomó desde detrás de una columna y le hizo un gesto para que se acercara. La rastreadora se apresuró a reunirse con él.

—¿Dónde te habías metido?

—Está en ese mausoleo de ahí. Vamos.

Era una estructura de piedra bien conservada, nada que ver con las ruinas del cementerio del Gris. Había esperado un aspecto más sombrío. Puede que se estuviera acostumbrando a un mundo oscuro.

Con todo, no le gustaría nada permanecer allí cuando anocheciera.

—Está cerrado.

Una cadena sujetaba los barrotes de una reja que cubría la entrada.

—Pues abre —dijo Álex.

—¿Te crees que soy Supergirl?

—¿Es que el Niño no te ha enseñado nada?

La tensión del momento había hecho que se olvidara de lo que había aprendido. Sara trató de recordar la runa apropiada. No era complicada, había memorizado todas las que conocía porque era algo que la apasionaba. Incluso se alegró de tener una justificación real para emplear una runa. Sus nervios eran culpa de Álex. A él no terminaba de acostumbrarse, a su mirada penetrante, al silencio de su compañía. Un silencio que solo se rompía cuando quería recriminarle algo.

Tuvo que dibujar los trazos con precisión porque el candado no era demasiado grande y el espacio, reducido. Pero lo hizo, a la primera. Cuando recogió una piedra y la estrelló contra el candado, se rompió en pedazos de un solo golpe. Ni una palabra de apoyo por parte de Álex, ningún gesto de reconocimiento.

Él ya había estado dentro, claro, atravesando la pared. Le indicó lo que a Sara le pareció un sarcófago enorme, de piedra, antiguo, con figuras

esculpidas en los cuatro lados. Aquellas figuras estaban desgastadas por el paso de los siglos.

—¿Estás seguro de que dentro está Susana?

—Esta es la guarida de Sombra. Ábrelo.

La rastreadora suspiró y sacó de nuevo la estaca.

—No funcionará —dijo Álex—. Estará protegida para eso. Tendrás que empujar.

—¿Yo sola?

Era una pregunta retórica. La tapa también era de piedra y gruesa, y Sara no destacaba por su fuerza física.

—¿Algún problema?, —le increpó Álex.

—Deberíamos examinar el suelo, por si hay algún acceso subterráneo por el que pudiera entrar Sombra.

—No lo hay. El acceso está justo ahí, apoyado contra la pared opuesta.

Se refería a un espejo de cuerpo entero, cubierto de polvo y telarañas. Los centinelas utilizaban los espejos a modo de portales, un conocimiento que provenía de los ángeles. No se sabía cómo los vampiros gozaban de ese mismo conocimiento, si es que en realidad se basaban en las mismas runas y principios. A Sara no le hacía la menor gracia estar junto a una puerta de la que podía surgir un vampiro en cualquier momento.

—Aquí dentro hay luz, pero no es directa.

—Entonces, yo que tú me daría prisa.

—Tu compañía es muy alentadora —dijo la rastreadora—. ¿Qué haremos con Susana?

—Para ella la luz será mortal, incluso la indirecta. Es una recién nacida, como quien dice. Solo apártate y espera. No sobrevivirá. Luego saldremos antes de que llegue Sombra, porque ten por seguro que él, por lejos que se encuentre, notará su muerte.

Lo mejor era acabar cuanto antes. Un escalofrío le trepó por la espalda cuando apoyó las manos en la tapa del ataúd, sarcófago o lo que fuera aquella maldita caja de piedra. Se inclinó, cargó el peso del cuerpo hacia adelante, retrasó un poco el pie izquierdo. Y empujó.

La tapa resistió la fuerza de la rastreadora. Sara se empleó a fondo, agachó la cabeza y se concentró en canalizar todo su peso a través de los brazos, hasta las manos. Las piernas reventarían si seguía forzándolas de esa manera, pero no podía ceder.

De pronto la piedra crujió y la tapa se deslizó hacia delante sin resistencia. Cayó al otro lado con un estruendo que rebotó en las paredes del mausoleo mientras Sara se daba con el hombro contra la pared del sarcófago.

Ni siquiera notó el golpe. Rodó a un lado, retrocedió hasta la entrada y saltó fuera del mausoleo, bajo la luz del sol. Se preparó para escuchar aullidos y gorgoteos espeluznantes, los estertores agónicos de un vampiro cuando arde hasta la muerte. Pero solo escuchaba su respiración, agitada.

—¡Vuelve dentro, idiota! —Gruñó Álex desde el interior del mausoleo.

Sara regresó con pasos lentos y cautelosos, arrastrada por la curiosidad, no por la orden de Álex. Su compañero aguardaba junto al sarcófago, observaba. Debía de estar vacío. Álex se había equivocado y por eso tenía la expresión torcida.

La rastreadora se asomó al interior.

—¡Por Dios!

Dio un paso atrás involuntariamente. Sacudió la cabeza y se acercó de nuevo.

—¿Está muerta?

En ese instante reparó en el olor putrefacto que despedía. Le costó reconocer a la mujer que había visto al rastrear la habitación del hotel.

En la visión, Susana estaba llena de vida, resplandeciente. El cuerpo que yacía ante ella estaba amarillento, apergaminado, demacrado.

—Parece que Sombra no logró convertirla, después de todo —dijo Álex —. Por eso los vampiros se acabarán extinguiendo.

—Lo intentó con su propia cuñada —murmuró Sara—. Creía que Sombra amaba a su familia.

—¿Todavía crees que el amor puede con todo? La supervivencia es más importante.

—Si fuera solo cuestión de sobrevivir, podría haberlo intentado con cualquier otro.

—Lo habrá hecho —aseguró Álex—. Y no olvides que para que exista una mínima posibilidad de éxito en la conversión, Susana tenía que estar enamorada de él. Lo que Sombra sintiera por ella es irrelevante, pero dudo que le hiciera gracia que Susana engañara a su hermano. Luego buscas el lado positivo para sentirte mejor y que todo encaje con tu idea de un mundo feliz. Lo que es evidente es que Sombra mató a la madre de su querida sobrina y mujer de su hermano, y que todo fue posible gracias a que Susana no quería a su marido, el padre de su hija.

—Todo esto te alegra, ¿verdad?

—Por supuesto —repuso Álex—. Ya no tenemos que preocuparnos de que el Gris se las vea con dos vampiros a la vez. ¿Te parece mal?



7

Lo primero que se encontró Sara al regresar al cementerio fue el culo del Niño, que sobresalía detrás de una lápida resquebrajada y polvorienta. La rastreadora se acercó despacio, mirando dónde posaba los pies para no hacer ruido, controlando la respiración. El mayor esfuerzo consistía en contener la risa.

Logró su objetivo, se agachó, estiró la mano… y pellizcó.

—¡Uaaaaaaa!

Diego saltó de inmediato, se golpeó contra la lápida y cayó al suelo. Se levantó y se sacudió un montón de hojas secas y ramas que se le habían pegado a la ropa y a su pelo blanco recién teñido.

—¿Estás mal de la cabeza, tía?, —bufó—. ¡Casi me matas del susto! —Ahora era más complicado todavía aguantar la risa. El Niño se llevó dos dedos al cuello y desenfocó los ojos mientras contaba—. Qué mierda. Con las tiritas no me noto el pulso, pero seguro que se me han disparado las pulsaciones.

—¿Tan peligrosa te parezco, Niño? ¿Qué hacías acurrucado ahí?

—Ocultarme. Estoy jugando al escondite con Harley. ¿Lo has visto?

—Acabo de llegar.

A Sara seguía sin gustarle la idea de que un demonio los acompañara casi como un miembro más del grupo. Alguien que obedecía órdenes de un tercero no le parecía de fiar. Aunque, ahora que lo pensaba, en cierto sentido, podía

ser el compañero ideal para el Niño. Nadie más tendría la paciencia suficiente para seguir el ritmo de Diego. La aparente estupidez de Harley parecía inmunizarle contra las barbaridades del Niño. No se cansaba de él, tampoco se alteraba ni perdía la compostura. Desde ese punto de vista era como Plata, solo que no se ausentaba tanto porque no iba por ahí saltando de un cuerpo a otro.

—¿Y por qué sonríes? —Gruñó Diego—. ¿Ya vas de adulta, cachondeándote de que esté jugando con un demonio?

—Te aseguro que no.

La sonrisa era involuntaria, resultado de reflexionar sobre lo mucho que había cambiado su vida desde que el Gris la había visitado en la tienda de la feria. Ahora era una persona que reflexionaba, como si tal cosa, sobre la amistad que le convenía a un niño maldito.

Y hablando de Plata, ¿dónde se había metido? Todavía no había descubierto por qué ella era la única a la que no recordaba tras uno de sus saltos. Era una de las incógnitas que más la intrigaban, aunque no la única. Había otro detalle que le había contado el Gris sobre el Niño y que había decidido comprobar en cuanto tuviera la oportunidad.

—Me pregunto por qué Dios crearía los demonios —dijo con aire distraído.

Diego mordió el anzuelo a la primera.

—¡Que no fue Dios! ¿Cuántas veces tengo que explicártelo? Me avergüenzas, tía. Yo soy un profesor cojonudo, pero si tú, que eres mi alumna, vas soltando esas chorradas por ahí, vas a poner en duda mi reputación.

—Culpa mía. —Sara fingió avergonzarse—. Como Dios te maldijo, pensé que…

—¿Cómo? —Diego se llevó las manos a la cabeza—. Esto es la hostia. Dios no me maldijo. Dios es un tío de putísima madre, está claro. El mejor de todos. Se enrolla que no veas y me jode mucho que no te des cuenta. Como no puedes rastrearlo, no te lo crees, pero nadie lo conoce mejor que yo. ¡No vuelvas a hablar del jefe de esa manera o dejaré de darte clases!

Luego era cierto que el Niño adoraba a Dios. Era demasiado sencillo cabrear un poco a Diego para que soltara la lengua.

—Bueno, señor hipersensible. Tú eres el primero que va por ahí hablando mal de los ángeles, centinelas, incordiando a los curas… ¿Qué querías que pensara?

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? Los ángeles apestan, Mikael el que más, por cierto. Espero que un día el Gris le meta sus alas por el culo. Ese bastardo me jodió bien y me envió al Infierno. Así que yo le maldigo a él, por cabrón.

—Relájate, Niño, ahora sí que debes de tener las pulsaciones por las nubes. —Sara puso cara de inocente—. No te había entendido. O puede que…

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—A lo mejor la culpa es del profesor y no me lo has explicado bien.

La rastreadora puso una mueca triste y pestañeó.

—¿Será posible? —El Niño se rascó el lunar de la barbilla—. No puedo consentir que una alumna mía vaya por ahí soltando paridas. Las mujeres podrían pensar que no me responsabilizo de ellas…

—¿Por qué has dicho que nadie conoce a Dios, digo al jefe, mejor que tú?

—Hombre, pues porque… Ah, ya te he pillado. Eres buena, Sarita, pero no me la vas a pegar con tu interpretación de alumna inocente.

La rastreadora decidió cambiar su estrategia por una de las que Diego utilizaba más a menudo. Se arrojó de rodillas ante él.

—Por favor, dímelo. Me muero de curiosidad y ya nos conocemos lo suficiente, ¿no crees?

El Niño la miró con condescendencia, desde arriba, pero no aguantó. Su expresión se fue suavizando poco a poco.

—Soy un blando cuando las mujeres apelan a mis nobles sentimientos. Está bien, Sara, pero nada de ir contando chismes por ahí, ¿entendido? Que tienes una pinta de cotilla que lo flipas.

—Lo juro —dijo Sara alzando la mano derecha.

—Hummm… Otra vez.

—Lo juro.

—Vale, no seas pesadita. —Diego se sentó en una lápida y se aclaró la garganta—. Antes podía hablar con Dios, por eso lo conozco.

Sara esperó a las inevitables descargas que sacudirían el cuerpo del Niño por mentir de una forma tan descarada. Sin embargo, no ocurrió nada de eso.

—¿Antes? ¿Antes de qué?

—Antes de la maldición, claro, ¿qué iba a ser? Ya te lo he contado, ¿no? Venga, arreando que Harley me va a encontrar y luego me toca buscar a ese viejo gordo por el cementerio y…

—Espera. Quieto ahí, sentado. —Sara intentó pensar a toda velocidad, consciente de que no podría retener a Diego mucho tiempo—. Ya lo había pensado, por algunos detalles que me has ido contando, como cuando conociste al Gris en el colegio, que eras muy pequeño y ya tenías la maldición.

—¿Y qué?

—Así que Mikael te la tuvo que poner años antes. Eso no cuadra. Serías un bebé o un niño de pocos años.

—Ah, eso. Pensé que ya lo habrías deducido. La maldición me la pusieron siendo adulto. Mayor que tú, de hecho.

—No lo entiendo. ¿Quieres decir que retrocedes en el tiempo?

—Qué estupidez. ¿Alguien puede hacer eso? Ahora que lo pienso molaría un montón. Podría ver quién…

—¡Niño!

—¿Estás en esos días del mes? Ya sabes… Vale, vale, no quiero enfrentarme a las hormonas femeninas. A ver, tía, te dije que iba a ir al Infierno una temporada. El tiempo dependerá de cuánto use mi poder de curación, ¿no? Pues eso. ¿Lo pillas? Joder, si es evidente, si voy a estar allí una temporada, quiere decir que luego saldré. ¿Quién puede hacer eso? A parte de Plata, que hace lo que le da la gana.

—¡Y yo qué sé!

—He vuelto a nacer, Sara, en este cuerpo, pero no es mi primera vida. ¿Lo entiendes ya?

Solo había una explicación, que ella supiera, para alguien que vuelve a nacer y dice hablar con Dios.

—¿Eres un santo?

—Ahí lo llevas. Bueno, en realidad lo era. El cabrón de las alas me mangó la capacidad de charlar con el jefe cuando me maldijo. Pero algo recuerdo, como una sensación, y sé que Dios es la caña. Incluso mola más que el Gris, pero no se lo digas a él, que igual se pone celoso. Ya, ya, que no puede sentir celos y eso. Una mierda bien gorda. Todo el mundo siente celos de mí, con o sin alma.

—Querrás decir que sentiría celos de Dios.

—Eh, sí, claro, ¿qué he dicho? Bueno, pillas el concepto, ¿no? Pues no te pongas tan quisquillosa.

Así que el Niño era un santo… Un santo maldito. Por lo que la rastreadora sabía, eso implicaba que el Niño había existido desde siempre, que no podría morir aunque le cortaran la cabeza, dado que volvería a nacer, como pasó con el padre Jorge. A menos, claro, que después del Infierno ya no pudiera hacerlo. Si le habían privado de la capacidad de percibir a Dios, bien podrían privarle de esa especie de reencarnación perpetua.

Cada vez entendía más que detestara a los ángeles y a quienes guardaran relación con ellos. Un rasgo que debería compartir con los vampiros, a quienes también perjudicaron los ángeles. Aunque en el caso de estos últimos, había sido a toda la raza, no a un vampiro en concreto, y el motivo parecía ser la búsqueda de una especie de equilibrio entre todas las criaturas vivas. La razón para maldecir a un santo en concreto tenía que ser muy diferente. Claro que Diego también debía de ser diferente antes de la maldición. No imaginaba a un ser que renace desde los inicios de los tiempos con esa personalidad.

—Y antes…

—Apenas lo recuerdo. —Se adelantó el Niño—, que ya veo lo que vas a preguntar. Mi antigua vida solo son destellos, sensaciones. A veces me viene algún detalle, pero es confuso… Más bien es una mierda. Me hicieron algo en la cabeza, aunque conservo mi encanto natural.

—Entonces, en realidad no eres un niño sino un viejo. ¡Ja! Eres el mayor de todos.

—Pero qué graciosa eres cuando te esfuerzas. A lo mejor…

—¡No-luz!, —resonó la voz de Harley en la distancia—. ¡No-luz!

Sara y Diego se miraron.

—¿Qué le habrá pasado?, —preguntó la rastreadora.

—Estará cabreado porque no me encuentra. Ven, vamos a buscar al abuelo antes de que destroce el cementerio entero. Sonó por allí, ¿no?

Diego saltó entre las tumbas hacia la parte más llana del claro, la del centro, la que rodeaba el árbol muerto. La rastreadora le siguió.

—¿De dónde vino el berrido?, —preguntó el Niño.

Sara señaló lo que consideraba la zona noroeste del claro. Nunca se había orientado bien en aquel lugar como para ubicar los puntos cardinales, de modo que partiendo del árbol muerto, que se situaba en el centro, había establecido que el mausoleo en ruinas era el norte. Y así había estructurado en su mente el resto de aquella extensión. La zona a la que apuntaba era la más elevada, una colina que sobresalía, coronada por una estructura de piedra alargada y terminada en punta.

Diego coincidió con su criterio o lo aceptó como válido, dado que echó a andar de inmediato. En cuanto se alejaron un poco del árbol muerto, empezaron de nuevo las tumbas medio enterradas, las lápidas inclinadas o agrietadas, cubiertas de polvo y cortinas de telarañas, las cruces dispersas por el terreno de manera errática. En algunas piedras brillaban runas que aportaban algo de iluminación en aquella perpetua semioscuridad en que estaba sumido el claro. Un poco más allá regresó la vegetación, nada frondosa, no como el muro natural que rodeaba el claro, pero suficiente para enterrar diversas partes del cementerio en la oscuridad.

La vegetación era más densa al pie de la pendiente y había menos runas que despedían luz. El Niño se detuvo.

—Aquí huele a mierda.

—Niño, no empieces con…

—¡Mira! ¿Lo ves? Harley se ha cagado justo ahí. Menuda plasta ha soltado el demonio. Tía, ¿de verdad no lo hueles?

—Ahora sí —dijo Sara tapándose la nariz con la mano—. ¿Cómo sabes que ha sido él?

—Es un poco guarro, la verdad. Si dices que un sitio es guay, se saca el trabuco y se pone a mear. Además, ¿tú has visto el tamaño de esa mierda? O hay un elefante en alguna parte o ha sido Harley.

—¿Y eso qué es?

—Te lo he dicho. Es una mierda gigante. ¿También estás ciega?

—Digo lo de al lado, eso de otro color…

—No pienso acercarme a examinarlo. Pero, oye, si quieres rastrearlo, por mí no te cortes. Yo espero aquí, pero luego no me toques hasta que te laves las manos con lejía.

Sara no tenía intención de rastrear las deposiciones de nadie. Pero había algo más allí, un líquido. Descubrió un helecho cercano que también estaba manchado y pudo estudiarlo con más atención.

—Creo que es sangre.

—¿De Harley?

—Tú dijiste que la mierda era suya, ¿no? Lo lógico sería que la sangre también lo fuera, digo yo.

—¡Mira!

Diego se alejó unos pasos, se metió detrás de una palmera inclinada que obligó a Sara a saltar sobre su tronco. Al otro lado había una rueda abollada, pinchada, rodeada de piezas metálicas y trozos de neumático. Y manchada de sangre.

—La moto de Harley.

—Lo que queda de ella —matizó Diego.

El tono del Niño se había moderado. Sara ya conocía su reacción cuando el miedo se le metía en el cuerpo. Si empeoraba, pronto empezaría a hablar sin parar y se volvería impredecible.

—A lo mejor está bien. Es un demonio, Niño, quién sabe lo que le habrá pasado.

Mala señal que Diego no replicara. Se alejó hacia la derecha y encontró algo que no era fácil de describir. Retrocedió y se abrazó a la rastreadora. Sara se movió con dificultad debido a los temblores del Niño, que no la soltaba, hasta una roca sobre la que había… lo que parecían tripas, vísceras ensangrentadas, puede que un pedazo de intestino, órganos internos despedazados.

—Quizá deberíamos volver al mausoleo. Allí están Álex y el Gris.

Álex fue a informarle cuando regresamos y…

—¿Qué? ¿Qué pasa? No te quedes callada porque eso me da más miedo, coño.

—Se me ha ocurrido que tal vez el Gris haya matado a Harley.

—¿Por qué haría algo así?

—Ya le tiró por la ventana en una ocasión, ¿recuerdas? Y la primera vez que se vieron se pelearon aquí mismo.

—El Gris sabe que Harley es mi colega —gimió Diego.

—¿Tu colega? Niño, es un demonio. Y no le des más vueltas. Los demonios vuelven del Infierno con un cuerpo nuevo, ¿no? Pues ya regresará tu colega. Seguro que hasta trae una moto nueva.

—A menos que el Gris le haya cortado la cabeza. Entonces tendrían que crearlo de nuevo y suponiendo que se hiciera algo semejante, cosa que nunca he oído, sería un demonio nuevo, ya no me conocería ni sería mi amigo. No se iría meando por todas partes, y tendría que enseñarle de nuevo a conseguir pibitas y…

—Ya lo he pillado, Niño. Regresemos. Tenemos que hablar con el Gris para averiguar qué ha pasado.

—No es por ahí, que no te enteras. Anda, sígueme.

Sara no quería contradecirlo ahora que parecía menos asustado.

Fue un error. Diego equivocó el camino de vuelta al árbol muerto y se tropezaron con una bota de Harley. De la bota salía una masa de carne desgarrada, de la que asomaba un hueso astillado. Dos pasos más tarde pisaron los dedos de la mano del viejo motero. El Niño temblaba descontrolado para cuando encontraron restos de lo que debía ser el tórax colgando de una maraña de hiedra. De las hojas verdes chorreaban sangre y otros fluidos.

Un golpe seco resonó en algún punto más alto de la colina. Los arbustos se removieron, cada vez más cerca de ellos, algo se acercaba.

Un rastro de hojas y ramas se zarandearon sucesivamente, en línea, de arriba abajo, en su dirección. Al final algo salió de detrás de un árbol, rebotó varias veces y se detuvo tras chocar contra los pies del Niño.

Era la cabeza de Harley.

Diego se volvió loco y echó a correr sin dirección aparente.

Chillaba y berreaba, lanzaba maldiciones, gimoteaba. Sara lo persiguió tan rápido como pudo. Solo veía los arbustos removidos delante de ella, pero se guiaba por la voz del Niño, deformada por el pánico.

Hasta que todo quedó en silencio.

Sara se paró en seco. Nada, ni un solo ruido, salvo el susurro del viento entre la vegetación.

—¿Niño?

Habría jurado que estaba ella sola en el cementerio. Recordó que se había metido en una zona apartada de las más oscuras. Debía volver, pero no podía abandonar a Diego. Lo llamó de nuevo. Recibió la misma respuesta: silencio.

La única solución era rastrear las plantas de los alrededores para ver dónde se había metido. Dio dos pasos hacia adelante y advirtió dos pies entre la maleza. El Niño debía de haberse caído y… No, no eran las playeras del Niño.

Además, aquellas playeras eran de alguien que estaba de pie. Sara alzó la vista.

—¿Qué haces tú aquí?

Un puño se estrelló contra su sien y la dejó sin sentido.



El Gris aguardaba.

Se había retirado a una esquina desde la que observaba a Óscar.

No se movía, no hacía ruido, apenas era visible desde la oscuridad en la que se sumía aquella parte del mausoleo.

Óscar había convertido la estancia en un pequeño campo de batalla. Se movía de un lado a otro pintando runas por todas partes, tropezaba continuamente y maldecía el cuerpo de Ramsey que ahora ocupaba. Con el bastón había destrozado varios muebles y había aumentado el boquete de la pared norte tras un fuerte golpe.

—¿Dónde está la condenada página? Ah, sí, ahí. ¿La dejé yo? No, habrá sido ese vagabundo sin alma. Ven aquí, papelucho. Esta vez, pienso replicar… ¡Mierda! ¿Quién ha puesto ahí un armario? Bueno, una puerta nueva no le vendrá mal. ¿Por dónde iba?

Ni siquiera advertía la presencia del Gris. Estaba absorto en las runas de la página que el Gris le había entregado. Lo pintarrajeaba todo tratando de descifrar los símbolos. Y no debía de ser fácil, a juzgar por sus violentas reacciones.

—¡Eh! ¡Desalmado! ¿Dónde estás?

—Estoy aquí. —El Gris dio un paso adelante.

Óscar ni le miró.

—Dices que el original te lo robó un ángel, ¿no?

—Sí.

—Y también hay por ahí vampiros y hombres lobo. ¿Algo más?

—Brujos…

—Ah, sí, los niños esos. ¿Algo más?

—Magos.

—¿De verdad? ¿Y lanzan conjuros?

No era una burla. Óscar se había negado a aceptar la existencia de los pobladores del mundo oculto, hasta ahora. Era la primera vez que el Gris le oía preguntar por ellos con interés y no con desprecio. Algo había encontrado en la copia de la página de La Biblia de los Caídos que estudiaba con intenso fervor.

—Sus características no coinciden con las de la creencia popular. Son personas capaces de percibir su propia alma y de utilizarla.

También cuentan con un dominio extraordinario de su propio cuerpo y pueden vestir armaduras que…

—Entonces no me interesan. ¿Algo más que no me hayas contado?

—Los santos, tal vez.

—¿Y esos qué hacen?

—Se dice que perciben a Dios. Nadie, salvo yo, puede hablar en su presencia a menos que ellos lo hagan primero. Su número siempre es constante.

—¿Cómo es eso posible?

—Porque no pueden morir.

Óscar se incorporó y miró al Gris.

—¿Alguien les ha cortado la cabeza alguna vez?

—Sí. Y mueren, pero vuelven a renacer. Además, quien le mata también muere porque se consume su alma, a menos que sea la de un vampiro inmortal…

—Calla. Déjame pensar… Vamos, Óscar, se supone que eres un maldito genio… ¡Piensa! Estoy creyendo en tu palabra porque todo lo que yo daba por sentado no me ha servido hasta ahora. ¡Más te vale que todas esas historias sean ciertas!

—Lo son. Te puedo asegur…

—¡Que te calles! No me dejas pensar. Bien, el punto de partida es claro, así que vamos a proceder sin cometer errores. Si esto no sale bien, solo hay dos posibilidades: o la información del vagabundo es incorrecta o mi resurrección me ha robado facultades junto a mis recuerdos. A ver, con calma… ¿Dónde está la página? ¡Ay! ¿Esta silla estaba aquí?

El Gris se retiró de nuevo al rincón mientras Óscar retomaba sus investigaciones. Su paciencia era inagotable, así que eso no suponía un problema. Le preocupaban dos cosas. La primera, que se hiciera de noche, en cuyo caso tendría que ocuparse de Sombra; la segunda, el Niño. El Gris estaba sorprendido de que Diego no hubiera irrumpido ya protestando por alguna estupidez o quejándose de que se aburría.

Harley debía de estar entreteniéndolo. Con toda probabilidad, Diego estaría cosiéndolo a preguntas sobre el Infierno y puede que… En realidad no tenía ni idea. Por más tiempo que llevaran juntos, el Gris era muy prudente a la hora de adivinar qué podía desfilar por la mente del Niño.

—¡Desalmado!, —gritó Óscar.

El Gris interpretó que el hombre lo llamaba. Se acercó un par de pasos.

—¿Has estado ahí todo el rato? —Se asombró Óscar—. Eres silencioso, no molestas. Eso me gusta.

—¿Has averiguado algo?

Oscar compuso una mueca imprecisa.

—Puede, pero no estoy seguro. ¿Copiaste bien las runas de esta página?

—Lo mejor que pude.

—Esa respuesta es lamentable. Si has hecho lo que has podido, ¿quién podría quejarse sin parecer un capullo sin sentimientos? Claro que, si lo has copiado mal, mi investigación podría ser inútil, al cimentarse en premisas incorrectas desde el principio.

—Como no hay modo de saberlo, asumamos que no me equivoqué y veamos a qué conclusiones has llegado de todos modos.

Óscar parpadeó, sorprendido.

—Al fin dices algo que tiene sentido. Antes tengo que recapitular un poco para no volverme loco del todo. Esta página es la copia de otra que pertenecía a un libro por el que Dios y Satán se pelearon, ¿correcto?

—Correcto.

—Así que uno de los dos, o ambos, debió de dibujar las runas.

—Nadie puede grabar nuevas runas en las páginas originales. Es posible, pero no tienen el menor efecto, son fáciles de borrar y hasta yo, que veo mal, podría distinguir que no son originales. Sería como escribir con un rotulador fluorescente en un pergamino original del antiguo Egipto. Es decir, sí, tuvieron que ser Dios o Satán quienes grabaron las runas originales.

—¿Y no podías decir simplemente que sí, en vez de soltar todo ese rollo? A la vista de esa información, esta página tiene que ser falsa.

—Imposible. Mikael no me la habría robado.

—Cierto. —Óscar hizo amago de atizar el suelo con el bastón, pero logró contenerse—. No me acostumbro a que haya ángeles, y encima aquí, en nuestro mundo, metiendo las narices en nuestros asuntos.

—Créeme, yo tampoco me acostumbro a eso.

—¿Eso es una gracia? Ah, no, que tú no gastas bromas. Mejor, porque no es lo tuyo.

—¿Por qué crees que la página es falsa?

—Porque hay tres caligrafías distintas. Apostaría mi segunda vida a que estas runas las han grabado tres personas diferentes.

—Puedes quedarte la página. —El Gris pasó de largo, hacia la salida del mausoleo—. Tengo más copias. Ha sido un placer.

—¿Adónde vas? ¿Es que no me crees? ¡Alto ahí, maldita sea! No te atrevas a dejarme con la palabra en la boca, muchacho. Te he hecho una pregunta, no dos.

El Gris se volvió a medias.

—Tengo asuntos muy importantes que atender antes de que se ponga el sol. Respecto a la segunda pregunta, no es cuestión de que te crea o no. ¿De qué me sirve una información que no podemos verificar?

—Es que sí podemos. Es bastante fácil.

El Gris se volvió por completo.

—Solo hay que contrastar las caligrafías.

—¿Nada más?

—¿Puedes conseguir una runa que haya escrito Dios o El Gris?

Asintió.

—¿Y una de Satán?

El Gris asintió de nuevo.

—Bueno, pues ve a por ellas y comprobaremos si fueron ellos dos los autores de esta página.

—¿Crees que es fácil conseguir lo que me has pedido?

—¿No eres tú el que hace lo que nadie más puede conseguir?

—La gente dice muchas estupideces. No voy a embarcarme en esto.

—¡Espera! —Óscar se acercó al Gris—. Estamos hablando de un libro por el que se enfrentaron Dios y Satán. ¿No te intriga saber qué secreto se oculta en su interior?

—Tengo cosas mejores que hacer.

—Pero puedo demostrar que fueron ellos quienes lo escribieron, incluso averiguar la identidad del tercer autor. Si tú me ayudas, claro. Me lo debes. ¿Ya has olvidado lo que hice por ti?

El semblante del Gris se endureció.

—No has tardado en ser igual que todos los demás —le replicó—. Ahora me exiges ayuda porque piensas que estoy en deuda contigo. Yo no recuerdo lo que pasó entre nosotros y, por lo que me has contado, yo no te pedí la gabardina. Me la diste para realizar uno de tus experimentos.

—Es verdad. No me debes nada, pero esto es muy serio. Por favor, no me tomes por uno más, porque te aseguro que no es el caso. Podemos desentrañar el misterio más grande de…

—Solo es una página. ¿Y si luego encontramos otra y descubres más caligrafías diferentes? En verdad, sí eres igual que los demás. Ya ambicionas recuperar todas las páginas. Te deseo suerte, pero no cuentes conmigo. No querías estar a mi lado, ¿recuerdas? Porque soy un asesino y sabes que acabaré mal.

Óscar dio un paso adelante y alzó el bastón con gesto amenazador.

—¡Todo mi mundo ha desaparecido! ¡Mi familia! ¡Tengo derecho a encontrar respuestas! ¿Por qué eres tan cínico? Esto es más grande que tú y que yo, más importante. Es la mayor causa por la que luchar.

—No es mi causa. Y yo no soy la persona que necesitas. Aunque quisiera ayudarte, lo más probable es que muera esta noche. Y tú también morirás si continúas a mi lado. Vete. Lárgate antes de que se ponga el sol.

—¡No pienso irme a ninguna parte! —Óscar arremetió con el bastón—. ¡Este es mi mausoleo!

El Gris atrapó el bastón con la mano sin el menor esfuerzo.

—Te lo advertí.

Con la otra mano le dio un puñetazo en la cara. Óscar se desmoronó. El Gris lo agarró por el cuello del jersey y lo arrastró fuera del mausoleo. Óscar pataleaba.

—¡Suéltame! Maldito, imbécil. Pelea conmigo como un hombre.

El Gris tiró de él hasta un montón de lápidas junto a la pared de vegetación que delimitaba la zona del claro. Allí lo levantó por el pecho del jersey.

—Es la última vez que te lo digo. Lárgate por donde has venido o…

Le interrumpió un alarido lejano.

—¡Aaahhh! ¡Socorro! ¡Su puta madre! ¡Griiis!

Óscar y el Gris se habían quedado petrificados.

—¿Quién ha gritado?, —preguntó Óscar.

El Gris lo soltó.

—Demasiado tarde —dijo echando a correr—. Márchate o morirás de nuevo. Y dudo que puedas resucitar otra vez.



8

Sombra se encendió un puro. No le gustaba fumar, aunque el tabaco no le causara daño alguno. Simplemente, pensaba que era el momento adecuado, que quedaba bien, especialmente tumbado como estaba, con un brazo bajo la nuca y una pierna cruzada sobre la otra.

Miró el cigarro con curiosidad tras la primera calada. Ni siquiera recordaba de dónde lo había sacado.

—¡Eh, Gris! ¿Ya estás por aquí?, —exclamó—. ¿Estás planeando cómo atacar? Eso es bueno. Es lo que haría alguien prudente y con cerebro.

El vampiro expulsó el humo. Luego escupió, irritado. No lograba formar aros, tan solo una nube sin forma ni gracia. Por eso no le gustaba fumar.

—¡Estoy solo, por cierto! Te dije que soy un hombre de honor. —Sombra aguzaba el oído, pero el cementerio estaba en silencio a su alrededor. Sin embargo, sabía que el Gris andaba por allí, lo percibía. Percibía también su propia excitación ante el combate que se avecinaba—. Quizá te preguntes por qué estoy aquí expuesto, esperándote. ¿Te he sorprendido? ¿Desconcertado, tal vez? No importa, no es por eso. La verdad es que no te tengo miedo. Nuestro enfrentamiento nos dejó claro que no eres rival para mí.

Sombra consideró apagar el puro. Estaba asqueroso. Pero no tenía nada mejor que hacer mientras esperaba y le ayudaba a proyectar una imagen relajada. No engañaría al Gris, pero al menos le confería un aire dramático a la situación: un puro para celebrar que iba a acabar con su presa. No podía

evitarlo. A veces, Sombra se veía a sí mismo como si fuera el protagonista de una película que estuvieran filmando en ese instante.

—¿Te preguntas por qué te cuento todo esto? Fácil. Sé que tú tampoco me tienes miedo a mí. No se lo tienes a nada ni a nadie. ¿Ya te he dicho cuánto adoro esa cualidad tuya? —Sombra falló de nuevo al intentar formar aros con el humo—. ¡Me encanta este lugar! Un cementerio en el que nunca brilla el sol. ¿Podrías haber escogido un lugar más apropiado? Tienes que admitir que reúnes todos los requisitos para que te mate.

Un leve susurro entre las hojas, a la izquierda, a unos diez metros.

El Gris se acercaba por fin. El vampiro no dio muestras de haberlo oído. Se preparó, valoró la posibilidad de que el ataque viniera del lado opuesto. Había muchas formas de que el Gris provocara un sonido en el lugar que le conviniera. Después consideró el resto de direcciones. Trazó un mapa mental del espacio que había a su alrededor y que había memorizado a conciencia antes de sentarse allí.

Por último prestó atención a las alturas por si el Gris decidía intentarlo desde las ramas de algún árbol.

—Así que aquí estamos, tú y yo, otra vez. Sé que no te gusta hablar mucho, ni tampoco que hable yo, pero esto es tan aburrido mientras te decides… —Sombra se incorporó hasta quedar sentado—. Me gustaría que supieras que cuentas con mi más sincera admiración. No sería honesto si no admitiera que pensé que acabaría contigo la otra vez. Pero ese modo de escapar… Brillante, lo reconozco. —Sombra aplaudió—. No me lo esperaba. ¿Cómo sobreviviste a la caída? Espero que no estés malherido y puedas ofrecerme una pelea digna. Ah, qué tonto soy, ¿verdad? ¿Cómo ibas a estar herido si tienes al Niño para curarte? Aunque él no te habría podido resucitar si hubieras muerto al saltar desde un noveno piso. Fue tu gabardina, ¿a que sí? Una prenda muy interesante, sin duda.

El vampiro apagó el puro en la palma de la mano. Al contacto con la brasa, la piel se arrugó, y un olor a carne quemada flotó sobre las tumbas. En cuanto retiró el puro, la piel se estiró y recobró su anterior estado.

—¡Estoy perdiendo la paciencia, Gris! ¿Me habré equivocado contigo? Eso me molestaría mucho, ¿sabes? Detesto equivocarme. ¿A lo mejor te intriga saber cómo he llegado hasta tu cementerio? ¿O no? ¿Lo sabes? ¿Lo has deducido ya? Tú me cuentas lo de tu gabardina y cómo te sirvió para sobrevivir a la caída y yo te cuento cómo llegué hasta aquí. ¿Trato? —Sombra

se puso en pie—. ¿No? Bueno, lo he intentado, He tratado de matarte de forma civilizada, solo, sin trampas, pero parece que no me dejas opción. ¿De veras vas a obligarme a perseguirte?

La respuesta fue inmediata. Un silbido largo y rápido, por la derecha, directo hacia su posición. Sombra fue aún más rápido al cambiar el peso de una pierna a otra y doblar la cintura. El cuchillo del Gris pasó demasiado cerca. El vampiro pudo sentir que el filo casi rozó su brazo derecho.

El Gris apareció como una sombra desde la misma dirección que el puñal. La gabardina ondeaba sobre su figura como un manto de oscuridad. El vampiro escuchó por detrás un golpe de metal contra piedra, y luego sintió un pinchazo terrible en la espalda. Sombra bajó la cabeza y vio la punta del cuchillo asomándole por el pecho.

El puñal debía de haber rebotado, seguramente en una tumba en la que el Gris hubiera grabado una runa especialmente diseñada para el peso y las características de su arma. Muy astuto. Sombra estaba impresionado. Una estratagema semejante le habría supuesto horas y horas de entrenamiento. Ahora comprendía que mientras él hablaba, el Gris había estado buscando la localización exacta para arrojarle el puñal de modo que colisionara con la runa en el ángulo preciso, dado que contaba con que el vampiro lo esquivaría. Por tanto quería clavarle el cuchillo en la espalda, y Sombra no tardó en averiguar el motivo: para que no pudiera arrancárselo con las manos. Comprobarlo fue un error, un acto reflejo que debería haber reprimido, porque mientras él trataba de librarse del puñal el Gris cruzó la distancia que los separaba.

No podría evitar el siguiente golpe, así que, por puro instinto, se protegió el cuello, su vida, Perder la cabeza era la única herida que no podría curar.

El combate no comenzaba de un modo favorable.



El cementerio daba vueltas.

Diego se sujetó la cabeza con las manos para intentar detener aquella espiral de tumbas y árboles que giraban a su alrededor. Cerrar los ojos solo aumentó la sensación de mareo. Los abrió justo antes de vomitar. Dentro de su cabeza había un terremoto y los truenos retumbaban. Era una tortura casi semejante a las descargas que recibía cada vez que mentía.

Cuando por fin consiguió ponerse en pie, advirtió que lo que más le dolía era el pómulo izquierdo. Eso le recordó el puñetazo que Sombra le había dado. ¡El vampiro! Tenía que avisar al Gris cuanto antes o también le sorprendería.

Claro que hacerlo implicaba arriesgarse a tropezarse de nuevo con él, aunque por otro lado estaba claro que su propósito no era matarlo o ya lo habría hecho. Diego se ubicó. Miró la maleza a su izquierda y le asaltó la sensación más desagradable que había tenido nunca, una nueva, a la que no estaba acostumbrado: la vergüenza. Se había visto a sí mismo huyendo, poniéndose a salvo mientras el Gris se enfrentaba solo al vampiro. Todo su cuerpo le pedía que escapara ahora que podía.

De lo contrario acabaría muerto, como Harley, y se pudriría en el Infierno.

—¡Me das asco!, —se gritó a sí mismo.

El Niño conocía muy bien la vergüenza ajena, Se había topado con un número considerable de individuos ridículos.

Era normal, no todos podían reunir tantas cualidades en una misma persona como él. Pero sentirse avergonzado de sí mismo… Eso era una novedad, una que no le gustaba en absoluto.

—¿Cómo cojones hacen los tíos duros para no tener miedo?, —dijo temblando—. El Gris dice que los valientes dominan el miedo, no que no lo tengan. ¡Ja! Qué fácil es decir eso cuando eres una gabardina sin sentimientos, ¿eh? ¡Me gustaría verte en mi pellejo!

—¡Cierra la boca, Niño!

Álex se acercó por la izquierda.

—¡Álex! ¿Dónde te habías metido? Tío, el vampiro está aquí. Me ha zumbado una hostia en la cara, el muy…

—Lo sé. Tienes que irte, Niño. Ahora.

—¿Qué dices? Tenemos que advertir al Gris antes de que…

—El Gris ya lo sabe. Ha ido a enfrentarse a él.

—Bien, pues vamos…

Álex se acercó mucho y muy rápido. Diego dio un paso hacia atrás sin darse cuenta. Se quedó a medio palmo. Juraría que nunca había estado tan cerca de Álex.

—No puedes hacer nada para ayudarle, Niño. Si te quedas, será peor porque Sombra te utilizará. Amenazará con matarte y pondrás al Gris en un compromiso. Y si mueres, no lo podrás curar. Debes irte. Es la única manera de ayudarlo ahora. No seas un estorbo. No querrás vivir sabiendo que el Gris perdió esta pelea por tener que cuidarte.

Diego apretó los labios hasta que le dolieron.

—¡Mierda! ¡Me cago en la puta! Yo no… Tengo demasiado miedo para encontrar un argumento en contra.

—Porque no lo tienes. No es momento de empeorar la situación.

Algo se hundió en el interior del Niño. Siempre había sabido que era un cobarde, pero no lo había experimentado de verdad. Ni siquiera cuando huía de Silvia, la hijastra demonio de Mario Tancredo, o de cualquier otro enemigo al que se hubieran enfrentado. En aquellas ocasiones estaba convencido de que su reacción era la correcta porque algo le decía que el Gris superaría los obstáculos. Ahora, en cambio, no pensaba de ese modo. Algo indescriptible le decía que el Gris moriría si no lo ayudaba, pero ese algo chocaba frontalmente con cualquier mínimo destello de lógica. Diego carecía de

aptitudes físicas para el combate y no podría curar al Gris en medio de una pelea.

Sombra no lo consentiría.

Por mucho que le doliera, Álex estaba en lo cierto.

—Yo le salvaré, Niño —dijo Álex—. Somos un equipo. Esta vez yo me ocupo de protegerlo, confía en mí. Pero debes ponerte a salvo. Te llamaré cuando hayamos matado a Sombra. Seguro que el Gris necesitará que lo cures.

Eso le hizo sentir algo mejor. Eran un equipo. Y Álex, además de ser casi tan atractivo como él, solía tener razón.

—¿Me lo prometes?

—Te doy mi palabra —dijo Álex. Y se marchó por donde había venido.

Con Álex se fue aquel leve instante en el que se había sentido reconfortado. En cuanto estuvo solo de nuevo, el Niño se odió más de lo que nunca había creído posible.



Sombra se había inclinado hacia atrás, con el fin de alejar el cuello y la cabeza. El Gris, que venía corriendo a toda velocidad, aprovechó la inercia para descargarle una patada por encima de la cadera, El impacto fue en el momento exacto, ni antes ni después, a medio camino del arco que trazaba la bota, con el cuerpo inclinado hacia adelante y la rodilla a medio flexionar. El vampiro salió despedido. Destrozó varias lápidas, rodó, se empotró contra la base de un árbol y rebotó contra una roca que resistió el golpe. El árbol contra el que había chocado se quebró y cayó, justo después de que el Gris pasara por debajo.

Sombra, a gatas, le lanzó un zarpazo a la altura de las rodillas. El Gris lo esquivó saltando a un lado. El vampiro logró incorporarse y detener un puñetazo. La sangre corría desde la punta del cuchillo que asomaba en su pecho.

El puñal dificultaba sus movimientos y, tras un intercambio, el Gris le atizó un codazo en la cabeza cuando a Sombra le fallaron los músculos. Tener varias costillas rotas ralentizaba sus reacciones. El Gris amagó y, cuando Sombra se agachó, golpeó la empuñadura del cuchillo, que sobresalía por la espalda, lo que forzó que se girara hacia él. Estrelló una roca que había cogido del suelo contra su cabeza en sentido contrario al giro.

Sombra se desplomó, no había previsto algo así, pero en el suelo aprovechó para alejarse, rodando, esperando no tropezar con ninguna tumba. El Gris comprendió la maniobra del vampiro; pero, como no la había anticipado, no pudo evitar que saliera de su alcance. Se resistía a perder la iniciativa, de modo que fue a por él.

El vampiro tuvo tiempo de levantarse. De la parte derecha de la cabeza brotaba un chorro de sangre que pronto se cortó, al tiempo que se soldó la fractura del cráneo y la cabeza recobró su forma. Pero el Gris ya lo había alcanzado sin darle tiempo de reacción. Sombra se dejó caer hacia atrás con mucha fuerza y la espalda recta.

Del pecho le salió el resto del cuchillo en una explosión de sangre y costillas astilladas. Sombra arrojó a un lado el puñal clavado en un pedazo de pulmón. El Gris trató de pisarlo para que no volviera a levantarse, pero falló. El vampiro rodó y se incorporó.

—Ah, mucho mejor —sonrió aliviado, mientras su pecho se recomponía —. No podía moverme bien. Veamos qué tal ahora.

Acabó la frase con un puñetazo en el estómago del Gris. Aún no había recobrado toda su fuerza, pero era cuestión de segundos que su cuerpo terminara de regenerarse ahora que se había librado del cuchillo. El Gris absorbió el golpe, a pesar de que le dejó sin aliento y se combó hacia adelante, suficiente para asestarle a su vez un puñetazo en la barbilla, con menos fuerza, pero bastante para no cederle la iniciativa. Sombra tampoco estaba dispuesto a renunciar a ella.



Sonaban golpes, crujido de piedras, árboles que se partían y derribaban a otros en su caída. Y Sonaban cerca.

Diego se asomó con cuidado, a tiempo de ver a Sombra en el suelo y al Gris encima, sosteniendo por encima de la cabeza una cruz de piedra enorme. La cruz estalló en fragmentos cuando la descargó sobre la espalda del vampiro.

—¡Sí! De esa hostia no se recupera ni…

El pie de Sombra salió disparado al estómago del Gris y lo lanzó lejos, fuera del campo de visión de Diego. Sombra se incorporó y se extrajo un fragmento de piedra que se le había incrustado en las costillas. La herida se cerró en unos segundos.

—El Gris lo tiene jodido. ¡Putos vampiros!

De la rabia, resbaló. Cayó por la pendiente dando botes, en dirección al lugar donde se libraba la pelea. Se le aceleró el corazón por el miedo. El Niño consiguió aferrarse a un matorral y frenar su atropellado descenso. Se levantó magullado.

La suerte no estaba de su parte porque Sombra y el Gris parecían venir en su dirección. Intercambiaban golpes, se esquivaban, amagaban y saltaban de un lado a otro. Diego vio caer otro árbol a menos de diez pasos cuando el Gris lo atravesó como consecuencia de un puñetazo del vampiro.

El Niño corrió, sorteando las tumbas, sin volver la vista atrás. El sonido de la lucha le llegaba con total claridad y solo quería alejarse tanto como pudiera. Pero se olvidó de un pequeño desnivel, con el que ya había tropezado unas mil veces a lo largo de los años, y sumó una más a la lista de caídas sufridas justo en aquel sitio. El hombro chocó contra la tierra. Blasfemó.

Por suerte no había tumbas en la zona en la que… Y tampoco había hierba ni plantas… El Niño, sin querer, había huido hacia el centro del claro, a la parte más alejada de la periferia y, por tanto, de la salida. Alzó la vista y se topó con el árbol muerto y sus ramas retorcidas. Nunca le había gustado aquel árbol, le parecía tétrico, pero estaba situado en el centro de un área despejada que resultaba idónea para las reuniones. Era muy alto y… Había algo entre las ramas.

Diego lo conocía lo suficiente como para saber que ese bulto no debía estar ahí. Se acercó. El bulto pendía de una de las ramas más altas y oscilaba ligeramente. La parte más baja se agitó al pasar una ráfaga de viento. Era cabello, largo. El Niño se asustó al reconocer aquel pelo castaño.

Sombra había colgado a Sara boca abajo. Y no se movía.



Sombra notó que el Gris era más fuerte ahora que en su último enfrentamiento. Sus puños hacían más daño, sus golpes lo arrojaban más lejos. Debía de haberse grabado runas de fuerza en todo el cuerpo a cambio de renunciar a la agilidad o la velocidad. Era una apuesta arriesgada.

Sombra tendría que medir mejor los golpes que encajaba y reservar más energía para soportar las acometidas. Tampoco debía ceder al intercambio con tanta ligereza porque el castigo al que el Gris lo sometía cada vez que le atizaba era más duro de lo esperado. No haber contado con esa posibilidad le iba a retrasar. Bueno, tampoco tenía prisa por acabar. Estaba disfrutando. Nunca se había medido con un rival tan capacitado, ni tan famoso. Su triunfo le granjearía un nombre en el mundo oculto, y, dado que era inmortal, podría enarbolar el trofeo de aquella batalla por siempre.

—Diría que jadeas —observó el vampiro mientras se agachaba para evitar una patada alta—. ¿Cansado? Vamos, tú puedes resistir más. Lo estás

haciendo bien, Gris. Por cierto, si esperas a la caballería, me temo que no vendrá. Antes de empezar descuarticé a tu nuevo amigo, el viejo de la moto. Tenía una cuenta pendiente con él.

El Gris le rozó en el hombro con el cuchillo. Un corte de nada, pero que le desequilibró y evitó que Sombra pudiera contraatacar con el rodillazo que tenía preparado. Arqueó la espalda hasta apoyarse sobre una mano y levantó los pies buscando la mandíbula del Gris. Falló por mucho. El Gris se había alejado de un salto de varios metros, hasta una rama en la que tomó impulso y saltó detrás del vampiro.

Aquella maniobra no debería haber funcionado porque la rama era demasiado frágil para sostener el peso del Gris. Sin embargo, no se había quebrado. Sombra entendió que, además de resistir, la rama le había servido al Gris de trampolín. La clave debía de radicar en el entorno. Era terreno del Gris, lo había preparado para un posible combate, seguramente desde hacía mucho tiempo, como previsión. Por eso empleaba solo runas de fuerza, La agilidad y la rapidez las compensaba con su dominio del escenario. Sabía dónde pisar, a qué árboles recurrir, y a saber cuántas localizaciones más que habría marcado con runas.

Sombra supo que estaba en desventaja.

Casi mejor, eso redoblaría su gloria al vencer al hombre sin alma en su propio terreno.

En fin, ya había tenido suficientes juegos. Era hora de matar.

Sombra forzó el cuerpo a cuerpo. El Gris preparó su puñal de modo que al vampiro no le fuera posible evitarlo. Sombra aceptó el desafío. Saltó directamente sobre él. El cuchillo le atravesó el pecho y le salió por la espalda, desencajándole el omóplato derecho. El vampiro le enterró los colmillos entre el cuello y el hombro.

Se tenían el uno al otro. Si el Gris retorcía el cuchillo, el vampiro clavaría más los colmillos. Siguieron así, en un abrazo retador, sangrando. Sombra decidió esperar porque se curaría en cuanto se soltaran. Que la situación se prolongara le beneficiaba.

—Dejemos a los demás al margen —dijo el Gris. Su voz sonaba mucho más templada de lo que Sombra esperaba—. Esto es entre tú y yo.

Una proposición que sorprendió al vampiro. No podía contestar sin liberar los colmillos del hombro del Gris, así que…

No lo vio venir. El Gris se agachó muy rápido, se libró del mordisco del vampiro y volvió a subir deprisa, destrozando la nariz de Sombra con la cabeza. La propuesta solo había sido un ardid para que perdiera la concentración durante un instante. Luego recibió un impacto demoledor en el pecho que lo lanzó lejos, dejando un surco en la tierra.

Se le quebraron varias vértebras al estrellarse contra una roca. La sangre de la nariz se mezcló con la tierra del cementerio. Se levantó tan rápido como pudo, limpiándose la costra de barro que se le había formado en la cara mientras se regeneraban sus heridas.

Allí no había nada ni nadie. El Gris había desaparecido.



Diego apiló varias piedras en la base del árbol muerto. Se subió al montículo y estiró el brazo al límite.

—¡Mierda! ¡Odio este árbol!

También detestaba su corta estatura, pero era más satisfactorio liberar sus frustraciones contra cualquier otra cosa que no fuera él mismo. Bajó refunfuñando y trajo más piedras para ganar altura.

—¡Te voy a salvar, Sara! ¡Lo juro!

La rastreadora seguía inconsciente porque no respondió. Una gota de agua le cayó a Diego en el rostro.

—Lo que me faltaba, que se ponga a llover ahora… Pero el cielo está despejado…

Al limpiarse la gota vio que no era agua, sino sangre. Sara estaba herida.

El Niño subió tan rápido sobre las piedras que el montón se deshizo bajo su ímpetu. Se palpó el culo, dolorido, después de rebotar en el suelo. Lo

volvió a intentar. Seguía sin llegar a la rama más baja del árbol, así que saltó. Se sorprendió mucho de alcanzarla al primer intento. Se sorprendió mucho más al darse cuenta de que se había agarrado y estaba colgando. Casi ni se lo podía creer cuando logró alzar su cuerpo, pasar la pierna y estabilizarse sobre la rama.

—No mires abajo, Niño —se dijo—. Ya voy, Sara. Prefería no pensar en qué le habría hecho ese chupasangre. Porque estaba viva. No cabía otra posibilidad. Otra gota de sangre le cayó en la frente.



Sombra estaba perdiendo la paciencia.

Si el Gris había huido de nuevo, le mataría de la forma más retorcida que se le ocurriera en cuanto lo atrapara. No obstante, no le creía capaz de abandonar su preciado cementerio, por tanto, debía de haberse escondido para recuperarse del mordisco.

No le quedaba más remedio que buscarlo. Sus heridas ya se habían curado, pero el proceso de sanación había tardado más de lo habitual por culpa del agotamiento. Ya era hora de terminar con…

Un hombre le miraba a menos de cinco pasos de distancia. Un hombre que hacía un segundo no estaba allí. Nadie era tan sigiloso.

—Álex, ¿me equivoco? El amigo inseparable del Gris. Me preguntaba dónde te habías metido.

—Estoy aquí para negociar una tregua.

—¿No querrás decir una rendición? Lo siento, no puedo creerte, digas lo que digas. Normalmente, soy un hombre que disfruta de una buena charla,

pero no puedo permitir que ganes tiempo para tu amigo con ofertas que sé que el Gris no aceptaría jamás.

Sombra avanzó en dirección a Álex. Dispuesto a cortarle la cabeza al menor gesto sospechoso.

—Te diré lo que quieres saber —dijo Álex—. Yo sé qué te han encargado los vampiros: averiguar el secreto de cómo matar a un ángel.

Sombra se detuvo.

—De modo que hablas en serio.

—Por supuesto.

El tal Álex era valiente. Se mantenía inmóvil y no daba muestras de tener miedo. Sombra podía cubrir los tres pasos que los separaban en una fracción de segundo y matarlo. Y sin duda Álex era consciente de ello. Sin embargo, no titubeaba.

—Adelante. —Sombra le invitó a hablar con un gesto—. Soy todo oídos.

—Te lo diré cuando abandonemos el claro.

El vampiro sonrió.

—¿Tengo que explicarte por qué esa idea no puede ser más absurda? ¿Has venido a salvar a tu amigo con la esperanza de que me marche contigo por una supuesta información? No, tiene que haber más. Dime que ese no es tu plan. No me obligues a considerarte un completo idiota. Te iba a dejar con vida, pero…

—Te lo diré aquí, ahora. Y me darás tu palabra de que te irás.

—¿Y te fiarías de mi palabra?

—Sí —aseguró Álex—. Eres un hombre de honor.

—Ahora sí me has cautivado. —Sombra compuso un gesto de esfuerzo—. Bah, no puedo resistirme a alguien que tiene tan buen concepto de mí. El honor está injustamente infravalorado en los tiempos que corren. Dime, Álex, tú, que comprendes bien este concepto tan en desuso, ¿qué haría un hombre de honor con alguien que amenaza a su familia? Pongamos, solo como ejemplo, a su sobrina, justo después de tenderle una trampa para intentar matarlo en un cementerio. Me pregunto cómo actuaría una persona honorable. No lo sé, la verdad. ¿Y tú?

—Haces mal en llevarlo al plano personal. Mi oferta es completamente honesta. Es tu última oportunidad de aceptarla y acabar con esto.

Sombra ladeó la cabeza, pensativo.

—Es muy desagradable que alguien me amenace después de decirme que no hago bien mi trabajo. Supongo que no encajo bien las críticas… Creo que es un rasgo de los genios. En fin, tampoco negaré que me han acusado en alguna ocasión, injustamente por supuesto, de tener un ego excesivo. Podría ser. Pero viéndote ahí plantado, sin mostrar miedo por tu vida… No puedo evitarlo, creo que deberías estar asustado, pero no… Eso me hace pensar en cierta tumba con la que me he topado viniendo hacia aquí. Una tumba que parecía oculta. ¿Te suena? Buen autocontrol, sigues sin temblar. No puedo quedarme sin satisfacer mi curiosidad, lo siento. Aunque intentaré ser justo y de paso enseñarte a proferir una amenaza. Ahora voy a matarte de un zarpazo, a menos que mi teoría sea cierta. Tienes menos de un segundo para esfumarte porque, aunque no lo creas, no mato más de lo necesario. ¿No? Tú mismo.

El vampiro dio el paso que lo separaba de Álex en medio segundo y lanzó un zarpazo en ángulo, con las uñas extendidas. Su mano atravesó el cuerpo de Álex desde el hombro derecho y salió por el lado izquierdo. De haber estado vivo lo habría partido en dos. Su teoría quedó confirmada.

El impulso lo llevó hacia adelante de tal modo que su cuerpo atravesó el de Álex. Pisó una piedra que se resquebrajó bajo su peso y le hizo perder el equilibrio. Mientras caía, supo que aquella piedra era una trampa, una runa, tal vez. Giró para aterrizar sobre la espalda y levantarse de inmediato. Pero, justo al entrar en contacto con el suelo, una sombra ondeó sobre él y un cuchillo le atravesó la clavícula derecha.

El Gris extrajo el puñal y lo enterró entre las costillas del vampiro cuando se revolvió para evitar que le cortara el cuello. Esta vez el Gris arrastró el cuchillo hacia abajo, hasta la tripa y luego de nuevo hacia afuera. Las costillas se quebraron una a una y se doblaron hacia el exterior esparciendo sangre y astillas. Sombra poco podía hacer en esta postura. Levantó los pies con la intención de sacárselo de encima, pero el Gris se anticipó. Agachó la cabeza a un lado, le aplastó la cara con el codo y le atravesó el brazo izquierdo, todo a la vez con un movimiento fluido. No se detuvo. No podía darle un segundo o se le cerrarían las heridas.

El cuchillo subía y bajaba, el vampiro se revolvía con furia, pero el Gris evitaba sus zarpas y los colmillos estaban fuera de alcance porque no le

dejaba levantar la cabeza.

Ni aun así lograba acertarle en el cuello.

Interceptó la mano de Sombra con una puñalada en la muñeca, que atravesó. Al tratar de seccionarle la mano, quedaron a la vista tendones y huesos, y un chorro de sangre salió disparado. Sombra forzó la postura, y el cuchillo se hundió más, hacia el codo. El Gris intentó liberarlo, temiendo que fuera una artimaña del vampiro para desarmarlo, pero no era ese su propósito. La sangre que brotaba del brazo le dio en la cara y le cegó.

El vampiro aprovechó para arquearse. El Gris cayó hacia atrás.

Cuando retiró la sangre con la manga de la gabardina, Sombra estaba levantando una lápida. Sucedió muy rápido, el Gris solo tuvo tiempo de cruzar los brazos para cubrirse. La piedra reventó sobre el Gris y la sacudida le recorrió todo el cuerpo mientras llovían cascotes alrededor.

Durante unos segundos pensó que iba a perder la consciencia.

—¡Levántate! —Álex gritaba a su lado—. Se ha escapado. Tienes que perseguirlo ahora.

El Gris se apoyó en las manos para incorporarse.

—¿Por dónde?, —dijo tambaleándose.

Álex lo miró con preocupación:

—Vamos, tienes que darle caza, ¿me has entendido? Ya no se cura tan rápido, está agotado y puede que algunas de las heridas que le has causado tarden bastante en sanar. Tienes que seguir la pelea, ¿me oyes? ¡No puedes rendirte!

El Gris asintió, aturdido.

—Ya no puedes ayudarme más. Protege tu tumba, por si acaso.



Diego aún no se había caído del árbol, lo que era un auténtico milagro. En cambio, tardó un tiempo considerable en ascender entre las ramas, y eso que estaban bastante juntas unas con otras. Habría sido fácil proseguir la escalada de no ser por el temblor de cada una de sus extremidades.

Sara colgaba delante de él con los ojos cerrados. Respiraba.

Estaba viva, como él pensaba. Pero todavía tenía que subir un poco más para llegar hasta la cuerda atada a sus tobillos. Tener la meta tan cerca le insufló el ánimo suficiente para trepar las siguientes ramas con solo un desgarrón en la sudadera.

Ahora se enfrentaba a dos problemas en los que no había reparado antes. Uno: cómo cortar la cuerda, de un grosor nada despreciable; y dos: cómo sujetar a Sara para que no cayera y se abriera la cabeza.

Debía relajarse y pensar, no dejarse llevar por el miedo. Había solventado dificultades peores que cortar una estúpida cuerda. El Niño respiró hondo un par de veces y recobró las fuerzas que había consumido al trepar por el árbol. Se sintió mejor. Pero luego, al abrir los ojos, el corazón casi le explotó.

Sombra estaba abajo. Arrastraba un poco la pierna izquierda y dejaba un rastro de sangre a su paso. Su aspecto era lamentable. El vampiro flexionó las rodillas y, con facilidad pasmosa, se posó sobre una rama algo por debajo de Diego. El Niño se asustó y resbaló.

En la caída, se golpeó la espalda contra una rama, luego el hombro; por último, perdió el aliento al aterrizar sobre el montón de piedras que había apilado. Se quedó allí tirado y dolorido. Por encima de él, Sombra alargaba el brazo y agarraba a Sara, para después acercársela a la boca.

Diego quería gritarle que la soltara, amenazarlo con cualquier cosa que se le ocurriera. Podría haber cerrado los ojos, debería haberlo hecho. Ahora recordaría toda su vida cómo Sombra hundió los colmillos en el cuello de Sara sin que él pudiera hacer nada por evitarlo.

Al Niño se le revolvieron las tripas. Se giró y vomitó. El vampiro sorbía con avidez, haciendo un sonido grotesco de lo más desagradable. Cuando el Niño terminó de vaciar el estómago no pudo evitar mirar de nuevo hacia la copa del árbol. Sombra seguía enganchado al cuello de Sara. La piel de su amiga perdió el color hasta quedar completamente pálida.



Todavía chorreaba sangre del árbol cuando se acercó el Gris.

Desde arriba le llegaban sorbidos y una manera de tragar ávida y asquerosa.

Se desplazó sin hacer ruido a donde aguardaba el Niño, que miraba hacia arriba con estupor. Para evitar que chillara, le puso una mano en la boca, lo que le atizó el miedo e hizo que se pusiera a patalear hasta que reconoció al Gris. Le condujo a un recoveco oscuro.

—¡Gris! ¡Lo he visto! ¡Ha matado a Harley y se ha chupado a Sara! ¡Allí! ¡Detrás!

El Gris volvió a taparle la boca.

—Lo sé, Niño.

Diego se liberó de un manotazo.

—¿Dónde te habías metido? ¿Por qué no te lo cargaste? ¿Qué pasa? Está en el árbol. ¡Ve y salva a Sara antes de que sea tarde, coño!

—Sara está muerta, Niño. Es culpa mía. No pude detenerlo.

—¡No! ¡No es verdad! ¡Todavía puedo curarla!

El Gris le sacudió un poco, con firmeza.

—Asúmelo.

Diego se agarró al Gris y lloró.

—Todavía puedo… curarla… Es lo que yo… —susurró entre gimoteos.

—Tienes que curarme a mí, Niño, y luego marcharte del cementerio. Si no lo haces, moriremos todos.

El Niño se separó para sorberse los mocos.

—¿Eh? Sí, claro, ahora mismo. Odio a los putos vampiros.

—Vete, Niño, ahora.

—¿Pero si todavía no…?

El Gris lo cogió por los hombros y lo arrojó lejos, esperando que cayera sobre un arbusto.

Sombra estaba frente a él. Tenía la ropa destrozada y manchada de sangre, pero él lucía impecable, ileso. El Gris sacó el cuchillo.

El vampiro saltó por encima del Gris y lo golpeó con el talón antes de tocar el suelo. Sus movimientos eran incluso más rápidos que al iniciar la pelea.

—Esto se acabó, Gris. No tienes la menor posibilidad, aunque entiendo que no te rindas.

Las heridas del Gris lo ralentizaban y le impedían seguir el ritmo del vampiro, que danzaba alrededor desplegando un amplio repertorio de acrobacias y golpes. El Gris encajaba un golpe aquí y otro allá mientras intentaba apuñalarlo. No eran golpes demasiado fuertes y lograba evitar que le mordiera. Pero su dominio del entorno ya no bastaba para igualar a Sombra, que se había adaptado y ahora rehuía el cuerpo a cuerpo.

El Gris trató de aprovechar las runas que había grabado en diferentes lugares para cambiar de dirección o prolongar un salto, para realizar movimientos que no eran posibles y que no se podían prever.

Funcionaba a medias, porque le mantenía en la pelea, pero no le hacía progresar. En cambio, el vampiro acertaba cada vez más. Los golpes llovían sobre el Gris con una fuerza moderada, pero sin cesar, casi con una cadencia

fija, como una melodía musical. El Gris acusaba la acumulación del cansancio y el dolor y perdía velocidad y precisión.

El tiempo jugaba en su contra y ambos lo sabían.

Un rodillazo del vampiro en el estómago lo dobló. El Gris aprovechó ese ataque cuerpo a cuerpo para atravesar la pierna del vampiro y rajarle el gemelo y la tibia. Pretendía mantenerse pegado al vampiro, pero Sombra no lo consintió. Lo agarró por el cuello de la gabardina y lo lanzó lejos. El Gris destrozó una cruz de piedra mientras volaba hacia atrás. Al menos dos costillas se quebraron dentro de él, detalle que no pasó desapercibido para el vampiro, que estrelló su puño justo en ese punto en cuanto aterrizó sobre él. Las costillas le perforaron un pulmón al Gris.

Sombra había aprendido de la primera parte de la pelea y no esperó para atacar de nuevo. Apuntó al mismo sitio. El Gris ni siquiera supo cómo logró esquivar un golpe que le habría hundido el pecho del todo. Por instinto tal vez, se inclinó a un lado y levantó el brazo, extendiendo la gabardina. El puño de sombra desapareció en un pliegue, seguido del antebrazo y el codo. El vampiro frenó su movimiento al comprender el peligro que corría. El Gris entrelazó las manos sobre su cabeza y las descargó con todas sus fuerzas sobre el brazo de Sombra.

El asesino retrocedió estupefacto con un muñón donde antes tenía un brazo. Las piernas se empaparon de la cascada de sangre que vomitaba la carne que le colgaba del hombro. La otra parte se había quedado dentro de la gabardina. El Gris giró, ondeó la gabardina a su espalda, estrelló el pie contra la cara del vampiro y lo derribó. Levantó una lápida de piedra que le rompió en la cabeza. Descargó todo lo que tenía en forma puñetazos y patadas, rodillazos, cualquier parte de su cuerpo capaz de moverse era dirigida contra Sombra. Hasta que el vampiro ya no se movió. Solo era una masa de carne ensangrentada que yacía en el cementerio. El Gris sacó un cuchillo.

Se fijó tarde en que el muñón del vampiro había dejado de sangrar y la carne crecía alrededor del hueso. Se regeneraba, una vez más.

Sombra estrelló la cabeza contra el pecho del Gris, en las costillas rotas. Un puñetazo demoledor dejó al Gris sin respiración. Siguieron una patada por un lado, un rodillazo por el otro. Sombra le mordió el muslo. El Gris le descargó un puño en la cabeza pero ya no le quedaban fuerzas.

El siguiente golpe se lo dio el vampiro con el brazo casi regenerado. Si el Gris no cayó fue porque su espalda dio contra un árbol. Le falló la pierna

mordida cuando Sombra le machacó el hombro. El Gris, postrado sobre una rodilla, lanzó el puño hacia delante. Sombra lo desvió con el revés de la mano sin el menor esfuerzo. Luego le cruzó la cara, y otra vez en sentido opuesto. El Gris escupió sangre.

Sombra le agarró del pelo y tiró para levantarle la cabeza.

—¡No lo hagas! —El Niño se acercó temblando de miedo—. Por favor, no lo mates.

El vampiro miró a Diego. Después pateó al Gris en la cara.

—Te he dejado vivir dos veces a pesar de la trampa que me tendiste. No tienes derecho a pedirme nada.

El Gris tosió y escupió algo. Con una rama gruesa del suelo, Sombra le atizó en la espalda. Después le levantó de una patada en la cadera. Sujetó al Gris por el cuello contra una roca, bien fuerte; estaba tan débil, que se desmoronaría como un títere.

—¡Basta! —Rogó el Niño—. Mátame a mí en su lugar, por favor.

Sombra flexionó el brazo, sosteniendo al Gris en el aire, le empotró de vuelta contra la roca y lo dejó caer. Le pisó la cara y sin aflojar la presión miró a Diego.

—Aquí estáis, un niño maldito y un hombre sin alma, a los que acompaña un ser que cambia de cuerpo. Todos únicos, especiales. Pero a la hora de la verdad, la de encarar la muerte no os diferenciáis de cualquier otro. Vaya chasco. Las personas se retratan cuando les llega el final, es algo que un asesino competente sabe muy bien tras una serie de trabajos. Hay reacciones de toda clase, aunque muy pocas sorprenden. Esperaba algo más de vosotros que la más decepcionante de todas: la súplica. ¿Sabes cuántas veces me han implorado clemencia? —Sombra le dio otra patada al Gris en la cabeza y volvió a pisarle la cara—. ¡Eso me cabrea! Es un insulto a la profesionalidad de un asesino. A ver, si un asesino cediera a una súplica… No, ni siquiera soy capaz de contemplar esa posibilidad.

El Niño se arrodilló y rompió a llorar.

—¡No puedes culparme por ser un cobarde! ¡Siempre lo he sido!

El vampiro esperó a que el llanto de Diego se calmara lo suficiente como para que pudiera escucharle.

—Cierto, no es culpa tuya. Los ángeles te hicieron como eres ahora. Igual que a mí y a los míos. Por eso no te he matado. Quiero ayudarte, Niño.

—¿De verdad?, —preguntó Diego esperanzado.

—Te enseñaré a suplicar de verdad —aseguró el asesino—. Debes pedirme que lo mate ya, ahora. Eso te lo concederé. Tómalo como un gesto de alguien que comparte contigo tu odio hacia los ángeles.

El Niño miró al Gris, a lo que quedaba de él.

—No puedo… No puedo pedir eso…

—Entonces le verás sufrir.

—¡No! No puedes ser así de verdad. No te creo.

—Mírame a los ojos, Niño. Mírame bien. No mienten, al igual que tú. El Gris habría aceptado su derrota de estar en tu lugar y no querría que lloriquearas. Ha perdido. Y sin embargo ha ganado porque estará mejor muerto. Solo es un infeliz que sufre y yo le voy a conceder el privilegio de descansar. Además, todo esto te vendrá bien. Aprenderás a valerte por ti mismo y te librarás de la dependencia que tenías de él. Su muerte te hará mejor, Niño, más fuerte. Ahora no lo entiendes por el dolor, pero con el tiempo me lo agradecerás.

Diego se incorporó despacio, luchando contra el temblor de sus piernas.

—No te dejaré matarlo, vampiro de mierda. —Logró decir, a pesar del nudo en la garganta—. Sí, me has oído de puta madre. —Dio un paso hacia el asesino—. No me creo ni una sola de las gilipolleces que has dicho y no te tengo ningún miedo. Puedo partirte la boca cuando quiera. ¡Au! —Una sacudida recorrió el cuerpo de Diego de arriba abajo—. ¡Soy más fuerte que todos los vampiros juntos! —Otra descarga le obligó a dar un salto—. ¡Ay! ¡Aaaay!

Se acercaba a Sombra mientras los calambres descoordinaban sus movimientos.

—¡Puedo acabar contigo! ¡Aaau! ¡Ay! El Gris viste bien…

¡Aaarrrggg!

Los brazos saltaban descontrolados, el cuerpo del Niño ya no era más que un borrón intermitente que encadenaba mentira tras mentira.

Gritaba y babeaba; y conforme se aproximaba, dejaba un rastro de orina y heces.

—Soy más feo que tú… ¡aaauudxhgt! Me gustan las chicas altas… ¡Uaaahhh!

Sombra ya ni siquiera entendía sus palabras. Aquella forma imprecisa que aullaba y no podía controlar los fluidos de su cuerpo llegó hasta donde se encontraba. Debía de ser una forma de suicidarse muy dolorosa. La perspectiva de perder al Gris le había vuelto loco.

Lo que quedaba del Niño se desplomó a los pies del vampiro sin dejar de moverse con espasmos y sacudidas brutales. Una convulsión particularmente fuerte levantó el brazo de Diego tan rápido que Sombra no tuvo tiempo de apartarse. La mano del Niño le agarró el tobillo.

Los calambres se extendieron al cuerpo de Sombra. Los músculos se contraían y se relajaban, los huesos le crujían, castañeteaban los dientes. Tenía que librarse del Niño, cortarle la mano, pero no podía dominar su cuerpo. Sombra nunca había estado tan indefenso.

No pudo hacer absolutamente nada al contemplar una sombra que se alzaba ante él y un destello metálico en forma de punta. Sintió el cuchillo del Gris atravesándole el cuello, la sangre que brotaba y la punta que salía por la nuca.

Lo último de lo que tuvo consciencia fue de la fuerza de una de esas sacudidas, que terminó de rebanarle el cuello.



Una brisa suave arrastraba el murmullo de un motor en el cementerio. Las ruedas aplastaban hojas y raíces mientras el motorista sufría impasible los arañazos de las ramas. Las lianas se le enredaban en la melena gris y en los manillares de la Harley Davidson.

Al llegar al claro, tras un salto de varios metros para evitar el tronco de un árbol derribado, la moto pasó sobre un charco de sangre y salpicó las tumbas cercanas. Harley rodeó el árbol muerto y ascendió por el camino que llevaba al terraplén en el que se asentaba el mausoleo. Frenó con un derrape que levantó una ola de tierra.

El viejo motorista entró en el mausoleo. En el centro, sobre una estructura de piedra, descansaba el cuerpo de Brad Pitt. Harley se arrodilló con gesto preocupado.

—¿Buscamos pibitas?

Brad Pitt no se movió, no abrió los ojos. Aquello no era habitual en su mejor amigo, quien jamás estaba quieto ni callado. Se temió la peor de las situaciones concebibles: Brad Pitt se había enfadado con él y por eso no le hacía caso. Se marchó triste y abatido.

No había nadie más por los alrededores con quien pudiera consultar el mejor modo de disculparse con Brad Pitt y recobrar su amistad. La idea de perder a su amigo le destrozaba por dentro. Se había imaginado que siempre estarían juntos, especialmente desde que Brad Pitt le dijo que un día visitaría su hogar. Nadie más había mencionado nunca a Harley la intención de acompañarlo a su país de fuego. Brad Pitt, en cambio, le había asegurado que iría en cuanto muriera. Harley no podía esperar a que eso ocurriese. Él ya había muerto en varias ocasiones, pero Brad Pitt todavía no.

Le llegó el susurro de una voz desde la maleza. Harley avanzó con sus contundentes pisadas entre los arbustos, removiendo todo a su paso. Enseguida llegó a una zona pequeña y despejada. Hombre Vacío y No-cuerpo volvieron el rostro para mirarlo. No-cuerpo estaba igual que siempre, sin cambios; Hombre Vacío tenía el labio inferior roto, manchas de sangre por todas partes, una postura encogida y tambaleante y una pierna que no parecía sostener bien su peso. Harley recordó que acabó de modo parecido la primera vez que ambos jugaron juntos.

—¿Brad Pitt?, —preguntó el motero.

—Ahora no, Harley —dijo No-cuerpo—. Estamos ocupados, así que no molestes.

Hombre Vacío sostenía una pala con evidentes dificultades y arrojaba tierra en un agujero que había a su lado. Harley echó un vistazo dentro en el instante en que una paletada de tierra cubría parte del rostro de una mujer. Era la pibita de Brad Pitt, la que tocaba cosas para leer. Al motero no le gustaba porque le miraba mal y decía cosas que no entendía pero que sabía no eran buenas para Harley.

Parecía muerta, como debía ser para cumplir con el orden natural.

Ojalá hubiera muerto Brad Pitt y estuvieran juntos jugando entre las llamas de su casa.

—Siempre supe que esto sucedería —dijo No-cuerpo—. Desde el primer momento, pero nunca me haces caso. Sabes que eres culpable de esto, Gris, tú la reclutaste.

A Hombre Vacío le falló la pierna y tuvo que agacharse. Jadeaba.

Se palpó las costillas con una mueca de dolor. Clavó la pala y se apoyó en ella para levantarse y continuar con el trabajo de echar tierra.

—Voy a enterrarla aquí —dijo—. Creo que a ella le habría gustado.

—¿Por qué lo haces? —Se enfadó No-cuerpo—. No puedes sentir el dolor, aunque quieras. Esto no te ayuda. Estás impidiendo que sanen tus heridas con el esfuerzo. No va a resucitar y las sensiblerías no sirven de nada. ¿Por qué tratas de engañarte a ti mismo?

—Porque no quiero ser como tú, Álex.

—No lo eres y lo sabes muy bien. El vacío de tu interior te impide llorarla como se merece.

—También lo hago por el Niño. La quería y creo que le gustaría que la enterráramos en lugar de dejar su cadáver tirado en cualquier parte.

Seguía echando tierra pese a que los brazos le temblaban cada vez más.

—Pues entiérrala cuando esto haya concluido. Va a morir más gente, siempre pasa. Sara no es la primera y no será la última. Apúntalo en tu lista de cuentas pendientes que saldar cuando recuperemos tu alma. Pero no dejes que te afecte o tú serás el siguiente.

—Mi lista es cada vez más larga. Y yo debería haber sido el siguiente. Fracasamos, Álex, tú y yo. De no haber sido por el Niño, yo también estaría bajo tierra.

—Fracasaste tú. Yo nunca quise que te enfrentaras a Sombra, pero no me hiciste caso. Te negaste a esconderte o huir porque no aceptas que no puedes ganar siempre. Te recomendé que le tuvieras miedo. Aprende de esto, Gris, porque nuestro camino no ha acabado. Y no llegaremos al final si sigues siendo tan temerario. Ahora debemos…

—Voy a salvar al Niño. No puedo dejarlo así.

—Sabes que no es posible…

—Voy a sacarlo del coma de un modo u otro. Me da lo mismo que tú creas que no es posible. No te interpongas, Álex.

—¿Piensas que no quiero que se recupere el Niño?, ¿tu sanador personal? Me refería a que ahora tenemos problemas peores de los que ocuparnos. Con los demás vampiros.

—El Niño es la prioridad. No lo perderé a él también y no voy a discutirlo.

No-cuerpo se marchó en silencio. Harley dudó si seguirlo o quedarse con Hombre Vacío. Decidió permanecer allí porque Hombre Vacío parecía apreciar más a Brad Pitt y podría asesorarlo sobre cómo retomar su amistad.

Lo malo era que seguía ocupado y no debía molestar, le habían dicho. Se preguntó cuánto tiempo seguiría así. Y entonces lo vio claro.

Harley se acercó al montón de tierra que había junto al agujero.

Colocó su enorme pierna justo al lado y la arrastró, arrojando dentro una buena cantidad de tierra. Hombre Vacío asintió. Tres patadas más tarde, Harley había enterrado por completo a la pibita de Brad Pitt.

—Yo debería estar muerto —dijo Hombre Vacío—, no ella.

—¿Pibita no gustaba muerte?, —preguntó Harley.

El viejo motero tenía serios problemas para entender a algunas personas, sobre todo cuando se trataba de la muerte. Cuando su cuerpo se estropeaba y moría, volvía al país del fuego y le daban uno nuevo y reparado. ¿Por qué no iba a gustarle a alguien la muerte? Hombre Vacío, en cambio, sí parecía valorar los beneficios de morir.

—Ahora eres parte del grupo, Harley.

—¡El grupo de Brad Pitt! Pero no hice bien. Brad enfadado.

—No fue culpa tuya, sino mía. No te preocupes porque voy a solucionarlo.

Harley abrazó a Hombre Vacío para agradecerle que le ayudara con Brad Pitt. Hombre Vacío se encogió y soltó un gemido muy raro.

—Pero necesito que hagas algo por mí, Harley, ¿me entiendes?

—¿Quieres pibitas?

—No se trata de eso. Me interesa tu amo, tu dueño.

Harley dio un paso atrás.

—¿Jefe?

—Sí, tu jefe.

—¡No! Órdenes. No puedo.

—Sé que no puedes revelarme su identidad. Tienes que obedecer, lo entiendo. —Hombre Vacío se le acercó—. Solo quiero que le entregues un mensaje de mi parte. Dile quién soy. Dile también que tú y yo vamos a morir si no hace lo que le pido. ¿De acuerdo? Te contaré los detalles y tú se los transmitirás a tu jefe. Necesito su respuesta lo antes posible.



—Y no consentiremos en modo alguno que se altere por ningún medio nuestro equilibrio natural. Espero ser absolutamente clara en este punto o…

Mario Tancredo alzó la mano. A Circe le molestó que la interrumpieran con un gesto tan altivo.

—Tenemos una visita inesperada. —Mario se levantó de mala gana.

Circe se irritó tanto como se extrañó. No había olido a nadie.

—Creía que nadie podía penetrar tus nuevas defensas —le recriminó a Mario.

—Solo se me ocurre una persona capaz de lograrlo. La misma que no podrías percibir con tu afinado sentido del olfato.

Oyeron pasos que se acercaban desde el otro lado de la puerta, desiguales, como si uno de los pies se arrastrara un poco. La puerta se vino abajo con un estruendo.

—Te estás convirtiendo en una molestia intolerable, Gris —saludó Mario Tancredo—. No hace falta que te explique que no eres bienvenido en esta casa.

El Gris cojeó hasta el centro de la estancia, uno de los salones privados del sótano del político. Su aspecto no podía ser más patético.

Le fallaba una pierna y mostraba señales evidentes de haber participado en una pelea complicada.

Circe no estaba acostumbrada a ver al Gris tan demacrado. Por más líos en los que se metiera, el Niño siempre lo curaba. Luego, o el Niño estaba muerto o lo habían secuestrado.

—No necesito tu bienvenida —dijo el Gris. Tampoco su voz sonaba tan firme como de costumbre—. Te recuerdo que tú irrumpiste en mi cementerio sin que nadie te invitara.

Mario se obligó a mostrar un gesto relajado.

—Es justo —asintió—. Espero que recuerdes los términos en los que acabó nuestra última conversación. Tienes dos minutos por mi intromisión en tu cementerio. Luego te irás o te echaré.

Circe decidió no involucrarse en la evidente hostilidad que flotaba entre Mario y el Gris. No era asunto suyo.

—Me marcharé en diez segundos —replicó el Gris—. En cuanto me acompañes a curar al Niño.

—Creo que no te he oído bien. ¿Me estás pidiendo ayuda? —El millonario se arrellanó en la butaca—. Admito que esto no lo esperaba tan pronto. No hace ni dos días que me escupiste a la cara cuando me ofrecí a ayudaros a todos. Ya te advertí que acabaríais mal. Imagino que fue Sombra.

—Imaginas bien.

—Debería felicitarte. Si estás aquí es que lo mataste. ¿El Niño ha pagado el precio? Suerte que no te quitará el sueño, ¿verdad? De todos modos, no es tu culpa, sino de él, por seguir a tu lado. Gracias por las noticias. Ahora lárgate.

El Gris no se movió.

—Tú curaste a Sombra y le enseñaste a llegar al cementerio. No me importa, pero el Niño no estaría en coma de no ser por tu culpa. Vas a remediarlo.

—No sé con quién crees que estás hablando. A lo mejor se te han olvidado los cambios recientes que me han afectado y piensas que todavía estás ante el hombre asustadizo e ingenuo que te contrató para un exorcismo. —Mario le señaló con el dedo—. Te ayudé con Sombra y rompiste nuestro acuerdo, y luego me rechazaste. No tomé represalias, pero desde luego no te debo nada, ni a ti ni a nadie. Solo he recibido desprecio por tu parte. ¡Por parte de todo el mundo! Así que agradece que no sea rencoroso. Tú no eres nada, Gris. Si el Niño muere, será por tu culpa y la de nadie más. Ve a llorar a alguien a quien le importes, porque tú mismo me cerraste la puerta.

—Lo que dices es cierto —convino el Gris—. Pero no puedo aceptarlo.

Dio un paso adelante. Circe se interpuso entre el Gris y Mario.

—No puedo dejar que lo hagas.

El Gris la miró de reojo.

—¿Te has unido a Mario? ¿Tú o toda la manada?

—No es algo de lo que pueda hablar —contestó Circe.

—Sin embargo, es suficiente. ¿Sabéis con quién os estáis asociando? Acabas de comprobar que no le importa la vida de un inocente.

—Desconozco los detalles de vuestra enemistad y sabes que no le deseo al Niño ningún mal.

—Entonces, apártate.

—Estoy aquí en representación de los licántropos —aclaró Circe—. Si dejo que nuestros asuntos con Mario se malogren, perjudicaré los intereses de todos los míos.

—No son mis intereses.

—No te mataré, Gris, pero en tu estado ni siquiera necesito convertirme. Por favor, no me obligues a hacerte más daño. No conseguirás nada de Mario, de todos modos. Vete, si me fuerzas, no saldrás bien parado y no podrás ayudar al Niño.

El Gris permaneció inmóvil. Circe se mantuvo firme ante él, esperó. Pelearse con él era lo último que deseaba.

Circe se relajó cuando el Gris comenzó a darse la vuelta.

—Cometéis un error al aliaros con él —dijo—. Si el Niño muere, volveré a por ti, Mario, y no habrá nada capaz de detenerme.



Dos centinelas se apostaban a ambos lados del obispo, quien dominaba el centro del altar. Dos pasos por delante se arrodillaba Edgar. También se encontraba allí una representante de los santos.

—No puedes mentirme, hijo —dijo el obispo—. Conoces el código y las consecuencias de quebrantarlo. Mi voz es la de los ángeles y no debe ser tomada en vano. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo —contestó Edgar.

—Solo te lo preguntaré una vez. ¿Te llevaste al padre Jorge?

—No.

El obispo se volvió a la santa con expresión ceñuda.

—La conducta de Edgar está salpicada por alguna sombra últimamente. Pero no tengo dudas acerca de su lealtad. Si él asegura no ser el responsable, tengo que creerlo.

La santa negó con la cabeza.

—El padre Jorge es asunto nuestro y no tenéis autoridad para inmiscuiros. Edgar se ha relacionado con el Gris, con Sombra, con Mario Tancredo y a saber cuántos más. Expresó su disconformidad con nuestra decisión respecto al padre Jorge públicamente.

—Fue amonestado por ello —replicó el obispo—. Respecto al resto de insinuaciones, tú te encargas de confesar al Gris y no por eso dudamos de tu palabra.

No era la respuesta que esperaba la santa.

—Cuando informes a Mikael, asegúrate de transmitirle nuestra disconformidad.

—Así lo haré, madre.

—Ahora pregúntale si sabe quién se ha llevado al padre Jorge.

—Yo te contestaré a esa pregunta. —El Gris se acercó arrastrando una pierna.

Un cura salió a su encuentro mientras se aproximaba.

—No puedes estar aquí…

El Gris lo miró de reojo sin detenerse. El cura retrocedió y se perdió entre las columnas. El Gris se detuvo unos pasos antes de llegar a donde se

arrodillaba Edgar.

—Yo me llevé al padre Jorge —declaró.

—¿Cómo te atreves?, —estalló el obispo—. ¿Crees que puedes…?

—Tampoco esta vez he venido a hablar contigo —le cortó el Gris—. Ya has oído a la madre, no es asunto vuestro. Ve a contárselo a Mikael y déjanos en paz.

Edgar se levantó y se acercó al Gris.

—¿Por qué lo has hecho?, —susurró—. Dijiste que no me ayudarías.

—Tal vez sea hora de tener un amigo —contestó el Gris. Apoyó la mano en el hombro de Edgar para que se hiciera a un lado—. Madre, tenemos que hablar.



—No he venido para que me confieses.

—Por tu aspecto diría que lo necesitas.

—Estoy bien.

—Si has herido a alguien al secuestrar al padre Jorge…

—Querrás decir al salvarlo. No temas, mis heridas son por enfrentarme a quien mató al padre Jorge. ¿No me lo agradeces?

—Lo has matado, ¿verdad? Es el único modo en el que resuelves tus problemas. ¿Crees que voy a agradecerte que sigas provocando violencia y muerte por dónde pasas?

—No me hables de eso. No lo aceptaré de alguien que vive cómodamente en una iglesia gracias a que otros ejercen la violencia por ellos y los protegen.

Vosotros renacéis en cualquier caso, aunque os corten la cabeza. Un privilegio del que nadie más goza. Yo vengo de enterrar a una persona que me importaba y que no resucitará, así que mide tus palabras. ¿Qué sabrás tú, madre, lo que se siente al perder a alguien?

—¿Y tú?

—Lo sé. No puedo sentirlo, pero lo sé, que es más de lo que podéis decir vosotros. He visto morir a mucha gente que me acompañaba y no todos los que siguen a mi lado llegarán al final del camino conmigo. Pero no puedes entenderlo ni yo explicártelo. No puedes entenderme a mí. No tienes respuestas para lo que soy y por eso me temes.

—Yo no siento temor por ti, sino lástima. He tratado de ayudarte aunque no te des cuenta. Te pedí que intentaras abrirte porque puedes recorrer ese camino de muchas maneras, pero te niegas a…

—Lo intenté. Hablé con ella, me esforcé por sentir algo, por ser como los demás…, por ser humano. ¡Ahora ella está muerta! No quiero tu ayuda, ¿me oyes? ¡No sirve de nada! Quieres convertirme en algo que no soy. Pero antes de eso tendrías que comprenderme y no puedes. Yo tampoco puedo, así que no es culpa tuya. Tendrás que aprender a tolerarme.

—Pensaba que no venías a confesarte.

—No he tomado ningún alma prestada, no serviría de nada.

—Puede que en eso te equivoques. Hay beneficios que no son inmediatos y no se ven, pero están ahí. Puedo aceptar que no sé quién eres, Gris, pero ¿qué me pides exactamente? ¿Que ignore tus actos? ¿Que te considere amoral? ¿Alguien que puede hacer cuanto quiera porque nadie puede comprenderlo?

—Nunca me ha preocupado lo que otros piensen de mí.

—¿Y si te digo que puedo intentarlo?

—Me costaría creerte.

—No bromeo. Me esforzaré si tú haces lo mismo a cambio.

—¿Hacer qué?

—Poner de tu parte. No sabemos quién eres, ni tú ni yo. Déjame ayudarte a descubrirlo. Confía en mí. Ábrete conmigo.

—Es absurdo…

—¿Tienes miedo de mí?

—Ojalá. Ojalá tuviera miedo de alguien.

—Solo te pido un poco de tiempo y sinceridad cuando vengas a confesarte.

—No te meterás en mis asuntos, te cuente lo que te cuente.

—De acuerdo.

—Si logras averiguar algo sobre mí, no me culparás cuando te decepcione o te arrepientas de haberte mezclado conmigo.

—No sabes si eso llegará a suceder.

—Hay cosas que sí sé, madre.

—El tiempo dirá.

—No hará falta mucho. Empezaremos ahora mismo para que te hagas una idea. No voy a entregaros al padre Jorge porque no apruebo vuestra decisión.

—¿Acaso la comprendes?

—Comprendo que no me gustáis. Ninguno de vosotros. Abandonasteis al Niño cuando lo maldijeron y soy yo quien se ocupa de él.

—No sabes qué hizo para merecer la maldición.

—¿Y tú sí? No importa, porque no me lo dirás. Repudiáis al Niño porque entró en conflicto con los ángeles y eso os causó problemas. No os importó el fondo de la cuestión, sino las repercusiones negativas para vosotros. Sois unos cobardes que se han escudado en rechazar la violencia para justificar sus miedos. El Niño está mejor conmigo.

—En lo último estamos de acuerdo. Está mejor contigo. El padre Jorge no, es un caso diferente. Reflexiona sobre por qué te los has llevado y verás que no hay una buena razón.

—No vayas por ahí. No lo hice porque le apreciara o me sintiera en deuda con él. Me parecía incluso más molesto que tú, madre.

—Yo me refería a Edgar. Lo hiciste para evitar el castigo al que le habrían sometido de haberse llevado él al padre Jorge. Y ambos sabemos que lo habría hecho. A quien querías salvar es a Edgar.

—Tiene que ser agotador buscar constantemente una justificación para mis actos que encaje con vuestro sentido del bien.

—¿Niegas que Edgar te importe?

—He dicho que me abriría a ti, madre, y lo estoy haciendo. Me he llevado al padre Jorge porque necesito que me ayude a conseguir una runa que haya pintado Dios.

—¡Eso es…!

—Es el único de vosotros que me ayudará.

—¿Qué pretendes con esa runa?

—La verdad es que no estoy seguro. Me había negado en un principio a echarle una mano a… alguien. Supongo que he cambiado de opinión a pesar de que sigo pensando que es un error. ¿Puedes ayudarme a entender esa contradicción?

—No, si no me dices quién es ese alguien que busca una runa de Dios.

—No puedo hacerlo. Es esa persona quien debe decidir, no yo.

—¿Y todavía aseguras que no te importa nadie? ¿Que no hay impulsos nobles dentro de ti?

—Si los hubiera, lamentaría la muerte de mis enemigos o al menos de sus familiares. Acabo de matar a alguien que tenía un hermano y una sobrina que ahora serán más desgraciados porque yo les arrebaté a un ser querido.

—No tienes remordimientos. ¿Cómo te hace sentir eso?

—Desamparado. Es doloroso no sentir dolor.

—Sin embargo, hay una explicación para…

—Búscala tú, madre. A mí no me interesa. Se acabó la terapia por hoy. Yo he cumplido con mi parte. Ahora el padre Jorge está conmigo y, si os entrometéis, ya no me contendré más.

—¿Por qué nos odias, Gris? Está claro que no valoras que te confesemos y te mantengamos con vida. ¿Es porque no apoyamos al Niño? No, hay algo más.

—¿Dónde os metisteis cuando os necesité? El padre Jorge se quedó solo porque os reunisteis todos. ¿Qué asunto tan transcendental se discutió en aquella ocasión memorable? Es secreto, ¿verdad? Menuda sorpresa. No asumís vuestra implicación y vuestra parte de responsabilidad en todo lo que sucede. Y tramáis algo.

—Sentir a Dios ofrece una claridad de…

—Necesitáis una excusa nueva conmigo. ¿Sientes a Dios, madre? ¿Ahora? Demuéstralo o cállate. Puede que engañéis al resto, pero yo sé que sois tan egoístas como cualquiera y que eso que os traéis entre manos no es nada bueno.

—Te agradezco que clarifiques tu opinión respecto a nosotros.

—Un placer. Deja que te aclare algo más. Un día volveré y me confesarás. Tendremos otra charla, si es lo que quieres, y podrás psicoanalizarme cuanto te apetezca. Luego seguiréis a lo vuestro y yo a lo mío. Así será nuestra relación. De esa manera, cuando llegue el momento en que necesitéis mi ayuda, podrás pedírmela y yo tendré cierta disposición a brindárosla. Pero no negociarás, no tratarás de presionarme sacando a relucir todas las veces que me has confesado porque sabemos que no es un acto desinteresado.

—Lamento que esa sea la idea que tienes de nosotros.

—Y yo que ese sea tu único argumento para rebatirme.

—No sabes tanto como crees, Gris. Y, en este caso, te estás equivocando.

—Yo no tendré inconveniente en admitir mis errores cuando llegue el día que te he mencionado. Veremos si tú, madre, puedes decir lo mismo.



La runa se encendió cuando Vela se acicalaba.

Tenía una cita con otro incauto al que había encandilado y a quien pensaba morder en unas horas. No le importaba si llegaba a convertirlo o no. Vela estaba furiosa por la muerte de Sombra y quería desahogarse. Y también tenía algo de apetito.

Una espiral se iluminó en el techo, una runa que se grabó hacía siglos y que era la piedra angular del castillo. Vela ni siquiera sabía si la runa aún funcionaba porque le costaba recordar la última vez que se activó. Esa runa estaba replicada en los techos de cada estancia con el fin de que ningún vampiro la obviara.

La enorme puerta doble de su aposento se abrió. Entraron tres vampiros, uno de ellos joven, de menos de doscientos años.

—Tenemos un intruso, Vela asintió.

—¿Solo uno?

—Un demonio —confirmó el vampiro joven.

—No lo matéis. Traedlo ante mí. Tenemos que averiguar cómo ha logrado encontrar este lugar.

—No ha opuesto resistencia. Se ha entregado, más bien se ha dejado capturar. Con franqueza, diría que no es normal. Usa el cuerpo de un hombre de avanzada edad y de un tamaño considerable, y lo único que ha dicho es algo sobre encontrar pibitas.

La descripción era un poco desconcertante, pero el hecho de que un demonio hubiera irrumpido allí acarreaba consecuencias que ni siquiera ella podía calcular. El único modo de que lo hubiera logrado era que un ángel caído le hubiera enseñado a neutralizar las runas con las que los vampiros protegían la entrada a sus dominios. No había precedentes. Los caídos tenían su guerra personal con los ángeles y solo en raras y contadas ocasiones mostraban interés por los asuntos del resto de razas.

Hubo un tiempo en que los demonios y los vampiros estuvieron enfrentados. Pero, después del castigo que les impidió volver a salir bajo el sol y su consiguiente merma de poder, las tensiones se relajaron entre ellos. En los últimos tiempos incluso habían colaborado indirectamente de manera esporádica. A los caídos les convenía que los vampiros causaran problemas a los ángeles.

—Aseguraos de que ha venido solo —ordenó Vela—. Y traédmelo. Si no se resiste, no le causéis daño.

El vampiro joven, que estaba en medio de los veteranos, inclinó la cabeza hacia atrás y escupió sangre. Una punta de hierro asomó por su cuello,

destrozando la nuez y provocando que se derramara una pequeña cascada roja sobre el pecho. Los veteranos retrocedieron, extendiendo los colmillos.

Detrás del joven había un hombre de cabellos plateados enfundado en una gabardina negra. Aquel hombre sostenía la empuñadura del cuchillo que atravesaba el cuello del vampiro joven.

—Un solo movimiento y le cortaré la cabeza —advirtió el Gris—. Os han dado una orden. Cumplidla.

Los veteranos interrogaron a Vela con la mirada. Ella asintió y se marcharon.

El Gris extrajo el cuchillo. Agarró al vampiro, que trataba de detener la hemorragia con las manos, y lo arrojó fuera de los aposentos de Vela.

—Dile que no nos interrumpa cuando se cure o la próxima vez perderá la cabeza.

Vela le repitió las órdenes al vampiro joven y cerró la puerta.

Volvió caminando despacio sobre el suelo de piedra hasta donde se encontraba el Gris.

—¿El demonio era solo una distracción?

Él agitó el lado derecho de la gabardina. La cabeza de Sombra rebotó en el suelo ante los pies de Vela.

—Imagino que percibiste su muerte a través de vuestro vínculo.

—¿Cuántos más han venido contigo?, —preguntó ella—. Más te vale que sean muchos porque, si has venido solo con ese demonio, no saldrás vivo de aquí.

—He venido solo con Harley. Y he venido a entregarte un mensaje.

Sombra era un vampiro excelente en lo que a peleas se refería, y el Gris le había derrotado. Tenía que haber recibido alguna clase de ayuda, pero no dejaba de ser una proeza que ella no se esperaba. Hacía justicia a su fama de triunfar donde otros habían fracasado. Alguien así habría previsto las posibles consecuencias de venir hasta aquí para hablar con ella en sus propios dominios.

—Muy bien. Entrega tu mensaje.

El Gris le dio una patada a la cabeza de Sombra.

—Acabo de hacerlo.

Vela dejó que su fascinación se reflejara en su expresión.

—Eres un hombre excepcional, Gris. Estoy muy impresionada con todo lo que has logrado. Pero no debiste haber venido. Has matado a un vampiro y no te permitirán salir de aquí con vida.

—Ese es mi problema. Solo me interesa tu opinión al respecto. ¿Qué pensabas que pasaría si enviabas a Sombra a por un hombre que ha matado a un ángel?

—Solo debía llamar tu atención. No le ordené que te matara.

El Gris hizo una pausa. Tal vez calibraba si era cierto lo que ella le había confesado. Vela aguardó. Se sentía en parte responsable por lo sucedido, dado que no había logrado que Sombra obedeciera.

—Intentó matarte, ¿verdad?, —dijo Vela—. Nunca tuvo intención de limitarse a hablar contigo, como le pedí.

—Yo tampoco le puse las cosas fáciles. Todos hemos perdido mucho, pero ya es tarde para lamentar las consecuencias. La peor de todas ellas ha sido Mario Tancredo. Tanto Sombra como yo somos culpables de en lo que se ha convertido.

—Solo es un humano más. No te guardo rencor por lo de Sombra…, no mucho. Era un mocoso engreído que no supe controlar. Lo importante es el fondo de la cuestión, que aún está sin resolver.

—Yo no maté al ángel.

Vela chasqueó la lengua, molesta.

—Estoy siendo comprensiva contigo, cariño. Pero mentir no te conviene.

—Los ángeles hicieron creer que fui yo para que nadie pensara que es posible acabar con ellos. Porque yo soy único. Tan solo es una cortina de humo. Así que vais por buen camino, se puede matar a un ángel. Es cuanto te puedo decir.

—Que es tanto como no decir nada. Como mínimo, estabas presente cuando murió. Sabes más de lo que me has contado.

El Gris hizo una pausa.

—Mikael tiene algo que me pertenece. Si te ayudo a acabar con él, ¿me lo entregaréis?

—Poco a poco, cielo. Primero sé bueno y dime lo que sabes.

—Te pondré sobre la pista para averiguarlo. Yo también tengo que cubrirme. Mikael bendijo a Mario Tancredo. Habla con él.

—Es un comienzo.

—Falta un detalle. Eva, la sobrina de Sombra, está bajo mi protección. Nadie la tocará. Y tampoco a su padre, el hermano de Sombra.

—Fallas a tu reputación. Se dice que no eres precisamente un sentimental.

—La chica es asunto mío —dijo el Gris—. Al padre lo necesitaré más adelante. No tiene nada que ver con los vampiros, así que no os supone ningún problema dejarlos en paz. De lo contrario, iré a por vosotros.

—¿Nos amenazas? Qué encanto.

—Llevo más de un día en vuestro castillo sin que lo supierais y he podido matar a otro vampiro delante de ti. Ponedme a prueba y os cazaré uno a uno. Y no terminaré ahí. Haré público vuestro secreto.

—¿Te refieres al acceso a través de los espejos?, —se mofó Vela.

—No hablo de eso, sino de vuestro verdadero secreto. Sombra fracasó al convertir a su cuñada y la mató. Os estáis extinguiendo.

—Eso es de dominio público.

—Quedan menos de cien vampiros en todo el mundo. Esa cifra no es tan pública. Si se supiera… Creo que perderíais mucha fuerza para negociar con los magos. Incluso los humanos podrían matar unas decenas de vampiros si se lo propusieran.

—¿Cómo lo has descubierto?

—Ahora entenderás por qué no revelo el secreto de los ángeles. No intervengo en vuestras disputas. ¡Solo quiero que me dejéis en paz! Mantén esta conversación entre nosotros y seguid vuestro camino. Entiendo que queráis perdurar, pero dejadme a mí al margen. Es todo lo que pido.

Vela le creía. Se preguntó cuántos secretos más conocía aquel que no tenía alma. Tal vez supiera algo de los magos o de los hombres lobo que a ellos les ayudara a afrontar su complicada situación. Aunque, de ser así, el

Gris no lo contaría. No confiaba del todo en su amenaza, pensaba que era más un farol para aparentar estar en mejor posición que ellos. Vela podía reconocer la desesperación en el semblante de un hombre, aunque no tuviera alma. De todos modos, había aprendido que no era buena idea tratar de manipular al Gris.

—Me parece un buen acuerdo al que hemos llegado —dijo con sinceridad—. Creo que nos entendemos mejor de lo que ambos pensábamos. En lo que a mí respecta, esta conversación no ha existido. Pero no puedo hablar por todos los vampiros.

—Lo sé.

—Tienes que entender a la perfección por qué no podemos consentir que maten a uno de los nuestros.

—Lo entiendo.

—Están justo ahí, detrás de la puerta, esperando a que la abra, y no te dejarán salir con vida. Yo no puedo hacer nada al respecto. Con tiempo, podría, pero ahora mismo, en caliente… No debiste venir tan pronto.

—He perdido la cuenta de las cosas que no debería haber hecho —dijo el Gris—. Abre la puerta.

El demonio, en efecto, era grande y viejo, con una melena de un tono similar al cabello del Gris. Tenía las muñecas encadenadas. No había signos de que le hubieran maltratado. Escoltaban al demonio quince vampiros que atravesaron al Gris con la mirada mientras iban formando un círculo a su alrededor. Empujaron al demonio al centro.

—Gracias, Harley —le dijo el Gris al anciano.

Vela no entendió el gesto.

—Hay muchas formas de morir —dijo el vampiro joven al que el Gris había apuñalado en el cuello, ahora completamente restablecido—. Podéis hablar, contestar a nuestras preguntas y será rápido.

Los vampiros extendieron los colmillos al mismo tiempo.

El tal Harley levantó las manos y agitó las cadenas que le apresaban.

—¡Quiero pibitas!

El desconcierto se propagó entre los presentes, que no supieron reaccionar ante semejante declaración completamente fuera de lugar.

El único que no se extrañó fue el Gris. Puso una mano en el brazo del demonio para que se tranquilizara. Harley bajó los brazos.

—No tenemos nada que deciros —anunció el Gris—. He matado a un ángel, también a vuestro vampiro más joven, y he podido matar a otro hace un instante, aquí mismo. Os conviene cerrar la boca antes de que os haga tragar los colmillos a todos.

Esa provocación no era lo más inteligente que podía haber hecho el Gris, en opinión de Vela.

El primero en saltar a por ellos fue el joven, claro. Los demás vampiros no tardarían ni medio segundo en seguirlo. Aquello era el fin del Gris. Vela casi sintió algo de lástima; no cabía posibilidad alguna de que sobreviviera.

Lo último que vio del Gris fue que se agarraba al brazo del demonio. Después, solo había una nube apestosa.

Los vampiros tropezaron entre ellos y se miraron sorprendidos.



Un callejón oscuro y apartado se llenó de humo. El viento tardó en disiparlo más de lo normal. Cuando por fin aquella nube negra se deshizo en jirones cada vez más alargados, quedaron a la vista dos figuras.

El Gris se derrumbó en el suelo, incapaz de sostenerse por más tiempo sobre la pierna herida. El demonio señaló la Harley Davidson aparcada unos pasos más allá.

—Todavía no, Harley. Necesito descansar y puede que no me venga mal sentarme a pensar un rato.

Se arrastró hasta apoyar la espalda contra la pared. Harley le imitó y se sentó a su lado. Transcurrió un rato largo sin que ninguno de los dos se

moviera, en silencio.

—Dale las gracias a tu jefe de mi parte, Harley. Ha cumplido su palabra y te ha invocado como le pedí.

—Yo digo a jefe.

—Es importante para mí que lo sepa, Harley. No estoy acostumbrado a que nadie me ayude sin pedir nada a cambio. Todos me rechazaron: ángeles, magos, licántropos… Pero un demonio estuvo a mi lado. No lo olvidaré.

De nuevo un largo silencio.

—Perdóname, Sara —murmuró el Gris.

—¿Pibita?

—No creo que a ella le gustara que me juntase con demonios, pero estoy harto de todos los demás. Quizá sea culpa mía, como dice Edgar. O puede que tenga más en común con los demonios que con cualquier otra facción. ¿Sabes? Un demonio me enseñó a tomar almas para sobrevivir… Sara no lo aprobaría, pero cada vez me cuesta más encontrar desventajas a entenderme con ellos.

—¿Irnos?

—Solo espera un poco más. Necesito pensar. Se supone que debo aprender de lo sucedido… Harley, tengo que pedirte otro favor. No sé por qué estás aquí ni qué te han ordenado, pero tienes voluntad propia y no puedo arriesgarme de nuevo. Quiero que pienses en Brad Pitt.

—¡Brad Pitt!, —dijo muy contento Harley.

—Sí, eso es. Lo demás no me importa, pero quiero saber si tienes alguna intención de matarlo en algún momento.

—Amigo mío.

—Te creo, pero son tus órdenes las que me preocupan. No puedo consentir…

—Yo defiendo. Brad Pitt y yo conseguiremos pibitas.

El Gris asintió.

—Gracias, Harley.

—¿Brad Pitt?

—Lo curaré, aunque sea lo último que haga. —El Gris tuvo que apoyarse en la pared para ponerse en pie—. He fallado a mucha gente y a mí mismo al no encontrar mi alma. Pero no le fallaré al Niño. Vámonos, Harley, tengo un nuevo objetivo. Tal vez el único que a Sara le gustaría… Ojalá a ella no le hubiera fallado.





FERNANDO TRUJILLO Sanz (Madrid, España, 1973). Escritor madrileño, que comenzó su carrera literaria como un pasatiempo en que entretener las horas de insomnio. El año 2010 supuso una vuelta de tuerca en su trayectoria, ya que empezó a publicar sus historias en el mercado digital.

En poco tiempo, *El secreto del tío Óscar* (junio 2010) y *La última jugada* (julio 2010) escalaron puestos hasta encabezar las listas de Amazon en la categoría de suspense y misterio. También ha publicado *El secreto de Tedd y Todd* (agosto 2010), *La Biblia de los caídos* (mayo 2011) y, en colaboración con César García Muñoz, *La prisión de Black Rock* (octubre 2010) y *La guerra de los cielos* (diciembre 2010).